

BASILIO VADILLO

La sortija del enco- mendero

Secretaría de Cultura ~ Jalisco

La sortija
del enco-
mendero

BASILIO VADILLO

La sortija del enco- mendero

Secretaría de Cultura ~ Jalisco

2014

D.R. © Herederos de Basilio Vadillo, 2014

Primera edición, 2014

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Avenida de la Paz 875, zona Centro

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN: 978-607-734-017-1

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

La verticalidad de Basilio Vadillo

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ BARAJAS

Don Jesús Ibarra menciona que el general Álvaro Obregón citó al maestro Basilio Vadillo en su domicilio particular para invitarlo a su gabinete en la cartera de educación. Sin embargo, lo que Vadillo encontró fue el cadáver del presidente electo. De ser cierto eso, México se privó de la sapiencia del nacido en Zapotitlán. Y no es exagerado afirmarlo. Basta echar un vistazo a las facetas que tanto en la política, la literatura, el periodismo, la docencia, y la diplomacia incursionó, para darnos cuenta de la capacidad del profesor.

Basilio Vadillo nace en la población de Zapotitlán, Jalisco, el 15 de julio de 1885, estando en el poder el dictador Porfirio Díaz Mori. Esta circunstancia será determinante para la formación del futuro político, ya que él mismo, al igual que sus coterráneos, padecerá los abusos cometidos por la dictadura. A muy temprana edad se muda a la ciudad de Colima a seguir sus estudios elementales, pasando por el Seminario Tridentino, que abandonó en 1902. Tiempo después es nombrado director de la escuela primaria de su pueblo, en donde funda su primer periódico *El Discípulo*. En 1906 ingresa a la Sección Normal de Varones en la capital colimense, pero la tenacidad que siempre lo caracterizó lo impulsa a seguir su preparación en la Escuela Normal de Maestros de la ciudad de México, en 1908, y es gracias a sus dotes de

orador como se convierte en el representante del estudiantado ante el Primer Congreso Nacional de Maestros. Fue en ese periodo cuando crea la Junta Revolucionaria Estudiantil, por cierto, muy ligada al obregonismo. Hombre de acción, se une a las filas revolucionarias desembarcando en el puerto de Mazatlán en 1914 bajo las órdenes del general Obregón.

Metido de lleno en la Revolución, el entonces gobernador de Colima lo invita a dirigir la Dirección de Educación. Comprometido con la clase trabajadora, abre en esa ciudad la Casa del Obrero Mundial y funda el periódico *El Baluarte*.

En su estado, Jalisco, las circunstancias históricas se dan para que el joven político gobierne un breve periodo: 1921-1922. Su postura revolucionaria y su verticalidad, darán resultados rápidos. Indudablemente su formación de educador pesa en él a tal grado que una de las obras educativas realizadas es la apertura de la Universidad Popular de Guadalajara. No sólo eso, Othón Villela Larralde señala en su libro *Basilio Vadillo: la inconformidad creadora*, otro de sus logros: haber iniciado en nuestro estado las cruzadas educativas, que posteriormente la Secretaría de Educación le llamó «misiones culturales», además de realizar cuatro congresos regionales de maestros. Sabedor de la importancia de crear carreteras y abonar al progreso, crea las Juntas de Caminos, en donde los interesados pusieron la mano de obra y el gobierno los ingenieros y los materiales necesarios. Así y en poco tiempo logra conectar a varios municipios del estado.

Continuando con la anécdota de don Jesús, diremos que la muerte del sonoreense marca el rumbo en la carrera política del profesor Vadillo. Debido a las nuevas circunstancias históricas, en las que se empieza a gestar lo que fue la Guerra Fría, se designa al profesor como primer embajador de México ante la URSS. El haber tenido contacto directo con políticos e intelectuales de la Unión Soviética, haber estudiado su historia, aprender su lengua y sobre todo estudiar las tesis marxistas-leninistas, le servirían años después

para la elaboración de los estatutos del naciente PNR. Al dar un vistazo a dicho documento encontramos con que los lineamientos más progresistas se deben al maestro.

Pero gracias a su «inconformidad creadora» como dijo Othón Villela, jamás se aleja de su gran pasión: la literatura. Es aquí precisamente donde encontramos los ideales revolucionarios del sureño nacido en Zapotitlán. En su obra *El campanario*, de corte costumbrista, nos revela de qué manera la dictadura oprime mediante los caciques locales a los indígenas. Se ve a las claras en dicha novela la preocupación agraria del maestro. Su producción poética aunque breve, no deja de sorprendernos por su gran compromiso revolucionario. En *La sortija del encomendero*, obra inédita que el lector posee en sus manos, trata acerca de un joven provinciano que se inicia en el periodismo con la nota de la misteriosa muerte de una dama. Poco a poco irá descubriendo cómo la Iglesia y el ala conservadora del gobierno traman la muerte del general Álvaro Obregón. El resto de la historia es bastante conocida con el fusilamiento de José de León Toral.

Basilio Vadillo muere el 26 de julio de 1935 estando en funciones de embajador en la república de Uruguay. Sus restos descansan en la Rotonda de Hijos Ilustres en la ciudad de México. A casi ochenta años de su muerte, el prócer jalisciense sigue estando injustamente olvidado a pesar de sus aportaciones al desarrollo de nuestro país. Finalmente cierro con parte de un texto escrito por Roberto García Correa donde señala el olvido en el que se encuentra el profesor Basilio Vadillo:

Zapotitlán, aun en pleno siglo XXI, municipalidad marginada a causa de la Ley del desarrollo desigual de las condiciones sociales, de sus implicaciones económicas y por tanto geográficas, de los intereses de las clases sociales y grupos de poder. De Zapotitlán a Noruega. De Zapotitlán a Suecia. De Zapotitlán a la Unión Soviética. Y finalmente de Zapotitlán a el Uruguay. Así el profesor Basilio Vadillo con sus alas

resultado de sus convicciones revolucionarias, no sólo acortó los pasos sino que se elevó a la altura de los grandes ideólogos; ministro plenipotenciario, embajador, diplomático y en todo momento dispuesto a contribuir al proceso de la Revolución Mexicana, en cualquier trinchera, en cualquier tiempo y desenvolviéndose en todos y cada uno de los espacios de transformación posible.

De Zapotitlán al profesor Vadillo existe la grandiosa coincidencia, marginalidad y el desconocimiento histórico de ambos. Pero ahí queda como testamento *El campanario*, producción que revela la calidad literaria del profesor. Pero más importante que la forma, sus profundas consideraciones ideológicas al proceso revolucionario mexicano. Esa coincidencia entre Zapotitlán y el profesor Basilio Vadillo, son sólo el resultado de la modernizante negación de la historia y la ideología.

BASILIO VADILLO

La sortija del encomendero

Nota: La ortografía y sintaxis de *La sortija del encomendero* fue adecuada a los usos actuales, con la finalidad de facilitar su lectura. En el proceso no se realizó ningún cambio que pudiera modificar el sentido de lo escrito por don Basilio Vadillo.

Viví un poco disipado durante los primeros ocho días de mis estudios en la capital y, cuando los recursos empezaron a faltarme, me determiné a visitar a mi tío Justo. Me vestí de modo de impresionarle a mi favor, y, a las cuatro, salí de mi departamento de Bucareli. Observé con mayor atención esta calle que iba a ser, por mucho tiempo, la mía, a manera de prolongación de mi morada de soltero: el Palacio de Gobernación, la torrecilla china, el bronce de Carlos I V. Ante la fachada del diario que ahí se edita, me detuve más tiempo, alta la vista por sobre las letras doradas, para localizar mi simpatía en una altura conveniente, en devoción al periódico favorito de mi abuelo Jesús.

Mi tío vivía en la calle del Eliseo, y desde entrar en ella, me sorprendió la quietud del ambiente. Estrecho cañón entre Alvarado y el Palacio Legislativo, los ruidos se pierden pronto, como aspirados por puertas y ventanas de grandes casas. La número 208 es severa, con balcones coloniales de celosías corridas. Se esquivo por detrás de su jardín y de los altos hierros de la verja, hostiles con sus picos de lanza, y parece dar la espalda, con menosprecio, al corazón de la ciudad.

Me abrió Timoteo, con una sonrisa muerta cuando me identifiqué como sobrino de su amo, y me condujo al recibidor, a la derecha de la entrada. El patio largo, enlosado de canteras, frío entre dos muros altos; lo vi de prisa, apenas para distinguir al fondo un garaje, en donde brillaban como ojos turbios los faroles de un solemne automóvil.

La antesala me pareció de las que imponen sobriedad y prontitud en el trato de los negocios. Pocos muebles, finos y antiguos. Un bronce de Mefistófeles hablando al oído de Margarita estaba junto al perchero, y un óleo de nudismo, al lado de un reloj de péndulo, atraía necesariamente la atención hacia la lívida carátula, cuyo instantero marcaba el tiempo de modo tan visible, que parecía insolente. Mientras estuve sentado, conjeturé acerca del régimen interno de aquel hogar, a cuya intimidad, en lo alto de una escalera

estrecha de varas retorcidas, pintadas de negro y moteadas de oro, tal vez no entraría nadie. Arriba seguro había un ama de llaves, una recamarera y una cocinera, todas viejas.

Timoteo, el encanecido sirviente, sería el portero, el jardinero, el chofer y el mensajero general. A la izquierda del recibidor, había aquel salón grande, previo al comedor, que había visto una sola vez mi abuelo Jesús.

A los pocos momentos, mi tío en persona abrió una puertecilla silenciosa y entramos en una amplia biblioteca, que recibía la luz del patio a través de una vidriera de color.

Por primera vez veía a mi tío, que era de buena estatura, de pelo blanco y escaso, rasurada la cara marchita. Vestía de negro, y, por la tira corrida del cuello y su corbata oscura, me dio la impresión fugaz de un sacerdote viejo. Me entregó toda su mano larga, flaca y floja, y me regaló con una sonrisa de confianza al decirme su saludo:

—¿Cómo te va, muchacho?

Sentados en dos sillones de felpa roja, le trasmití, de corrido, los saludos de mi abuelo y le dije los motivos del viaje. Que estando por concluir mis estudios de médico, deseaba obtener el título en México y prepararme buenas relaciones y que a mi edad, visto el estado de fortuna de mi abuelo, aspiraba a trabajar en alguna ocupación que me diera tiempo y recursos propios para rematar mis estudios.

Me escuchó con gentileza y, al fin, me declaró que estaba en antecedentes y que adelantándose a mi visita, me había obtenido una plaza en la redacción de un diario. Me ofreció su casa y me pidió que fuera a ella con la confianza de que sería tratado como estimado miembro de la familia: «Esta biblioteca —me reiteró— te puede servir para ampliar tus trabajos, porque contiene muchas obras modernas sobre variados asuntos».

Ambos llevamos la vista por los grandes estantes, que cubrían buena parte de tres muros. En la penumbra cintilaban los guiones de oro de los

títulos, sobre los lomos de encuadernaciones de lujo. Me pareció que embargaba a mi tío un sentimiento de familia cuando me confesó que entre mi abuelo y él, años antes, habían ocurrido incidentes de intereses, y más que todo, discrepancias en ideas, pero que aquello se había borrado por completo.

—En Guadalajara discutíamos frecuentemente —me dijo—. Él era conservador y yo liberal. Pero los años nos han moderado a ambos, acercándonos otra vez. ¿Cómo va de sus males?

Le recordé que sufría de ataques reumáticos, a veces persistentes.

—Son los años —exclamó sonriendo—, lo mismo que en mí. Mi pretexto es una excedida tensión arterial, otro nombre que dan a la vejez. Deseo que conozcas la casa —añadió, levantándose—, que te conozca la servidumbre, para que vengas cuando quieras y a toda hora.

De la biblioteca pasamos a una sala, al lado, con ventanas a un jardín interior muy hermoso, de césped recortado, adornado con mármoles y un violento toque de solferino por el montón de flores de una bugambilia. De la sala fuimos a un comedor lujoso, decorado con maderas y con una lámpara surtida de globos de cristal. De ahí, al gran salón donde había un piano, óleos en las paredes y un espléndido mueble de vistoso estilo. Y volvimos al recibidor para remontar la escalera de hierro, al segundo piso.

Allá fui presentado a Mariana, el ama de llaves. Ya entrada en años, bonachona, derramándosele en grasa y por todos lados, la placidez de su alma sin problemas. Y a Elena, la recamarera, cuarentona, mestiza, de ojos profundos y de duros músculos de obrera.

—¿Y Abigail? —pregunto mi tío—. Que venga acá...

Estábamos en el corazón mismo del hogar. Una pieza amplia, regada de butacas, con tapetes, cuadros, chucherías, vasos con flores y una chimenea de ladrillo al fondo. Era el lindero a los extraños frente a los departamentos de más intimidad.

Me había quedado sonando en el oído el nombre judío y ambiguo de Abigaíl y esperaba con curiosidad la tercera presentación.

Vino una joven muy bella, que vestía de luto. Blanca y fresca, de ojos grandes y negros. Del momento breve del saludo, me quedaron fijas la curva abierta de las cejas y la línea tenue que le partía en dos lados la cabeza, para separar el pelo, apretado en trenzas que se le enroscaban, con gracia indefinible, llenándole las sienes. Debí parecer amanerado y ella debió notarlo, su mano pasó ligera entre la mía y su mirada apenas si llegó a mis ojos. Todos la veían con tierna complacencia y yo, admirado e interrogante, busqué la cara de mi tío.

—Es mi ahijada —me dijo—, hija de Ramírez, el último administrador que tuve en la hacienda. Estudia en una escuela de religiosas que clausuró el gobierno, y vive mientras con nosotros. Dibuja, pinta y toca el piano como una maestra. ¡Has de oírla!

—Gracias padrino —interrumpió Abigaíl—, pero no valdría la pena... —era virginal el timbre de la voz y graciosa la sonrisa de su modestia.

Cuando me despedí y bajamos a la biblioteca, mi tío continuaba hablándome de su ahijada.

—Su padre, a poco de enviudar, se casó nuevamente y hubo dificultades de familia. Tiene un hermano grande, Manuel. Vino a México de sólo diez años y últimamente estuvo de media interna en Tacubaya. No puede irse con su padre por la revuelta que hay por allá. Es muy inteligente —concluyó mi tío— y hasta idiomas conoce. Me sirve de secretaria para mi correspondencia, y tanto me he habituado a tratarla, que me siento como su padre.

Ya con luz la biblioteca me pareció majestuosa, y por lo visto arriba, mis sentimientos de simpatía para la casa habían crecido. Mi tío fue a su escritorio y trazó unas líneas en una tarjeta, que me entregó diciéndome:

—Te presentas en la dirección misma del diario, en donde ya están advertidos, y te recibirán enseguida como reportero —y atrayéndome a los

sillones de felpa roja, se sentó para hacerme algunas observaciones—. Ese periódico es una empresa quebrada, sin dejar de ser uno de los mejores negocios de la capital... —levanté la cabeza ante aquella paradoja y mi tío prosiguió—: es porque sus accionistas tienen otras muchas inversiones. Uno de ellos, el principal, que maneja dinero mío, se sirve del diario como medio de relación con el gobierno. Se mantiene en una posición de conservador y opositor moderado. Su arte está en eso, porque a un gobierno radical; le agrada, sobre todo, el apoyo de los reaccionarios y viceversa. Mi socio decide por completo el asunto de la publicidad y se entrega a sus sociedades anónimas de construcciones, de abastecimientos, de transportes, de maquinaria. Por sus relaciones y sus buenas amistades todas las puertas se le abren fácilmente, y sus balances anuales son excelentes. Pero su diario debe mantenerse en quiebra, para que no se le venga abajo todo un sutil mecanismo de inteligencias mutuas... Porque un periódico muy leído y popular es como un partido político latente, y mi socio no trata de hacer partidos, sino negocios. Lo que pierde por un lado en el diarismo, lo gana con creces por el lado de las amistades útiles.

Sin saber a dónde iba a parar mi tío con tales referencias, le seguía con gusto el aire burlón de sus palabras.

—Conozco a un político que sigue método semejante en su carrera y con resultados también óptimos —prosiguió—. Cuando todos buscan al hombre que va a salir de presidente, él busca con ardor al que no ha de salir nunca. Le forma el partido, le escribe al periódico, lucha y ataca... ¡y pierde! Entonces, se viste de etiqueta, reúne a su mesa directiva y solicita audiencia de su rival triunfante. Al victorioso le halaga la adhesión del vencido, porque ella confirma y purifica la victoria. ¡Y todas las victorias políticas necesitan de purificación...! Así mi amigo obtiene beneficios con mayor seguridad que los fieles partidarios del ungido por las masas...

Entonces nos reímos los dos, sonoramente.

—Te cuento esto —continuó mi tío—, como un dato de lo cambiada que está la vida mexicana a causa de la larga revolución, y para que estés al tanto, al entrar en la lucha por la vida. El instinto de superación muy excitado ha influido en la ética y las tácticas de las relaciones y se han difundido por la sociedad expresiones inversas, actitudes sesgadas y senderos a contra viento, para la persecución de los éxitos.

Después de que habló algunos minutos en esta dirección de su tema, mi tío concretó más sus explicaciones.

—Te he buscado una colocación en el diario, con deliberado deseo de ayudar a tu carrera de profesionista. El periodismo es la industria de la noticia, y el periodista es un intencionado relator del suceso interesante. Me parece que el temperamento del periodista se revela en el arte de la entrevista, en el genio de interrogar a quienes dicen lo que saben como quien regala una moneda, y en el don de interpretar a quienes buscan divulgarse, para los cuales el hablar es una estrategia. En los círculos activos e interesados de la inteligencia, lo que cada quien sabe es un caudal guardado cuya caja fuerte es el silencio, y semejante tesoro por igual se reserva o se arriesga por algunos como en una mesa de juego. El que frecuenta a tales gentes llega a adquirir la perspicacia, la doble vista del hombre atento y prevenido, oportuno en la acción, astuto en la retirada, circunspecto en la neutralidad. En el periodismo, no creas al pie de la letra lo que se escribe, ni que se entregue nunca desnuda la verdad. Por lo general, las gentes llevan la palabra a su espalda, y todavía detrás de la palabra debes buscar la sombra de la intención. Ármate de desconfianza. *Homo homini lupus...*

Con aquel latinajo y su dedo largo hacia arriba, mi tío dio fin a sus consejos, un tanto pesimistas, y que me agradaron por su cortante precisión y su giro filosófico.

Nos despedimos como buenos parientes y por la acera me fui pensando en mi tío Justo. Rico y de ascendencia de ricos. Al comenzar la revolución

de Madero, vendió su hacienda y sus fincas en Jalisco y liquidó todos sus negocios para trasladarse a México, a aquella casa de donde no se había movido en dieciocho años. Se decía que todo su capital primitivo fue enviado al extranjero para asegurarlo en buenos bancos y que, cuando en el país se desorganizaron los créditos, la moneda y toda la economía, él se ganó grandes sumas en el tráfico de dinero; sumas que después triplicó, al cerrarse el paréntesis del desorden y aparecer las nuevas empresas y los nuevos hombres de negocios. En compras de terrenos que luego fueron urbanizados y fincados, se hizo en sociedad con otros toda una fortuna. Sin embargo, siguió en su retiro de capitalista disimulado, como otros ricos, nuevos y viejos, temeroso de una agresión cualquiera.

Mi tío fue el hijo mayor y mi padre el menor de una familia numerosa. Yo soy huérfano desde mi infancia y crecí al lado de mi abuelo materno, quien tuvo diferencias, tal vez graves, con mi tío durante muchos años, y me sentía especialmente satisfecho al notar un estado de reconciliación entre aquellos dos sexagenarios que rivalizaban en ayudarme en mis estudios.

Aquella misma noche ingresé en la redacción, habilitado como noticiero de la sección de policía, juzgada la más elemental. Desde las ocho, la actividad se fue acelerando en diez o doce máquinas de escribir y, en un esfuerzo inmenso que duró como dos horas, la edición quedó casi terminada en mi departamento. Los compañeros entregaban sus notas a un jefe inmediato, quien las revisaba atentamente, para separar, en un cajón, las más importantes y enviar directamente a las máquinas las de menor cuantía. En su mesa acumulaba los redactores gráficos, fotografías y dibujos, que eran juzgados con una frase y rectificados con una seña de las del lenguaje diario del trabajo. El redactor de cables llegó más noche, provisto de una botella termo, y se dispuso a la labor en mangas de camisa, puesta la americana en el respaldo de una silla, como una bandera. El secretario de redacción, mano derecha del director, tenía una oficina formal. Era un hombre alto, que trabajaba zum-

bando como una abeja hablando a gotas con todo el que se le acercaba. Un lapicero diminuto, de plata, prolongaba su dedo índice que se iba a lo primero de las cuartillas, a poner los encabezados de las planas principales. A su lado, casi entre sus rodillas, la máquina se le ofrecía sonriendo, y a ella se aplicaba por intermitencias, para redactar, también él, algunas notas de carácter especial. El director era una entidad semioculta, responsable del tono general del diario en cuanto a la política y la intención de algunas informaciones, y el gerente, pieza suprema del engranaje, trabajaba durante el día en la vida material de la empresa, consultando de vez en cuando, en los casos urgentes o graves.

Desde aquella noche comprendí que el diario debía de ser, sobre todo, una atenta y pronta repercusión de la vida de la metrópoli; por reflejo de todo el país y por extensión de todo el mundo. El éxito de cada número debía de consistir en relatar sucesos de relieve, llegados indistintamente de los centros de exploración de los reporteros de sociedad, de deportes, de policía o del extranjero...

Después comprobé que cuando la noticia cálida falta, había entre diez y doce de la noche, un disimulado pánico por la competencia.

Hice algunos amigos desde mi primera conversación con periodistas. El redactor principal me dio muy útiles consejos y revisó con delicadeza mis primeras notas, banales gacetillas sobre ciertas truhanerías ocurridas en la tercera demarcación. Le agradó mi estilo y me auguró fortuna en la carrera. Luego, me dijo mis deberes de todos los días y me explicó los medios de recolección del material para cada noche.

Recuerdo con cariño la primera vez que me sentí obrero de la inteligencia y la doble emulación de mi espíritu, desenvuelto en creación, dueño de fuerzas internas propias antes desconocidas.

Ya en mi alojamiento, en el pisito de la calle Bucareli, decidí no acostarme sin antes escribir a mi abuelo Jesús, informándole de mi acomodo y de

mis proyectos en la capital. Pero cuando me dirigía a mi pequeño escritorio, vino a interrumpirme la patrona, quien pasó a mi pieza para entregarme en persona mi correo de la tarde. La señora remontaría los cuarenta y era de opulentas formas, con cabellera pomposa que llevaba corta y rizada. Por un ángulo de encaje de su bata, se podía juzgar de la blancura de su pecho, un tanto repolludo. En la pensión había otros solteros, y desde a poco de mi ingreso, me percataba de marcadas preferencias que para mí tenía aquella viuda madrileña. La recibí fríamente y le agradecí mis cartas con sequedad tan mal disimulada, que se marchó taconeando, y casi sobre sus espaldas cerré mi puerta con llave. ¡Nada de intimidaciones con las patronas! —pensé, creo que en voz alta— un poco de benevolencia para que no me envenene con el café con leche... ¡Pero nada más!

Después, para empezar mi carta, procuré ordenar mis impresiones de aquel día. Fue caso notable que lo primero que apareció en mi mente, fue el recuerdo de Abigaíl. Como si en el orden de mis ideas todo partiera de ahí y todo girara en su derredor. Me sorprendía yo mismo y, con la pluma lista, la mirada en lo alto, no miraba sino a la ahijada de mi tío. Ahí estaba ella con el contraste de su mano blanca y el puño negro de una seda opaca, con su frente tersa, con sus ojos grandes, de ceja abierta y los labios frescos, rosados, vírgenes todavía de un solo beso; y me sonaba en los oídos la voz armoniosa con que dijo que «no valdría la pena» escucharla al piano. Tuve que hablar de ella en mi carta, en una posdata larga y cuando pegaba el timbre, sonreía de lo que iba a pensar mi abuelo al leer tan calurosa relación de la muchacha.

Ya metido en cama y apagada la luz, acudieron a mi memoria otros nombres y otras caras de mujeres. Mi tesoro emotivo a los veinticuatro años era muy modesto. Desde que pude conocerme un poco, me calificué como un vástago depauperado, al extremo de una familia decadente. Mi condición de huérfano me formalizó desde niño, los intensos estudios disciplinaron las rebeldías más hermosas de la naciente virilidad. A los diecisiete años padecí

desfallecimientos de mi salud, de los cuales me levantó mi abuelo mediante los deportes de la natación, el caballo y, sobre todo, el volante del coche, en viajes locos que hice de Guadalajara a Chapala. Y pasados los 20 años, por poco caigo en la literatura modernista tentado por unos compañeros que publicaban *Umbrales*, una revista quincenal de versos. Mi abuelo, entonces, muy alarmado me condenó a un año de residencia en su hacienda La Encumbra, confiándome a los vaqueros con la consigna de endurecerme los músculos, los nervios y el alma.

Cuando volví a la ciudad a reanudar mis estudios, Rosario, mi primer amor, se había comprometido con el dependiente de una tienda. Después siguieron Esther y Amanda, sombras sonrientes que también, a poco, me dejaron atrás.

«¡Ah! —pensaba ahora, con los ojos abiertos en la oscuridad—, ¡si una pasión robusta sacudiera a mi espíritu ahora, que es cuando me siento empezar a vivir, empezar a luchar!»

Y era la cara de Abigaíl la que me respondía en las sombras, como una luz.

II

A principios de aquel año, la metrópoli estuvo azotada por una ola de crimen. La larga lucha entre el clero y el gobierno y la campaña electoral en manos de bandas frenéticas percutían rudamente en los nervios de regulación de la gran capital, fatigándolos y aflojando los frenos naturales de continencia de los malos instintos. Cuando los periodistas acudíamos a la inspección general, en busca de material para la plana de policía, se nos entregaban relatos de tragedias, venidos de todas las demarcaciones, que escurrían su horrible contingente hacia nuestro centro común de información. Yo escribía diariamente detalles sanguinarios que me repugnaban por su crudeza y por su

constante semejanza, como si por la urbe anduviera suelto un solo demonio, con una sola arma y con una sola manera de verter la sangre. Mis compañeros se quejaban de lo mismo y el bajo público lector, ávido, que en todas partes desea literatura masoquista, llegó a mostrarse ahíto. Los cronistas iniciamos entonces una tácita tregua con la competencia sobre la página roja, y aquella moderación perdura aún, como adelanto moral del periodismo de México.

Sin embargo, los noticieros exceptuamos de común acuerdo el caso de Rosa Pinzón, una muchacha asesinada en la calle Luis Moya y, en aquel drama de crueldad, apuramos todos los medios de su gestión para que se hiciera luz y se aplicara justicia.

Se trataba de una joven recientemente llegada de Guadalajara, que ocupó una pieza de vecindad en el número 27. El 20 de febrero apareció muerta junto a su lecho, con una sola herida en el corazón, y resultaban inútiles todos los esfuerzos que hacían los agentes policiacos para identificar al criminal. Creo que nunca delito alguno fue perpetrado en mayor misterio y nunca la investigación judicial se encontró con sombras más densas durante las 72 horas siguientes al suceso fatal. La infortunada muchacha pasó de la mesa de prácticas del hospital al panteón, sin dejar una esperanza fundada de su propia venganza e identificada apenas por relatos vagos acerca de su efímero paso por la ciudad.

Cuanto se habló de ella, se reducía a afirmar que el día anterior al de su muerte, había regresado de la provincia a donde había hecho otros viajes antes, en el curso de un mes, y a donde se disponía a volver. Que se le había visto en lugares públicos, algunas veces sola, pretendiendo calificarla como a neófito de la vida alegre. Su alojamiento, medianamente lujoso, que tenía una ventana a la calle, fue rigurosamente registrado, sin notarse otras circunstancias que la posibilidad de entrada por el pequeño balcón e imprecisas huellas digitales en el respaldo de una silla, de las dos que aparecieron próximas, como si al crimen hubiera precedido una última conversación. Y en cuan-

to al móvil del delito, se le buscaba de acuerdo con las reglas generales, sin fundamentos objetivos, dividiéndose las opiniones entre el robo y la locura pasional. Contra la teoría del robo se alzaba la evidencia de que las joyas de la muerta, cuya lista fue publicada repetidas veces, aparecieron intactas; cierta suma de dinero dentro de una cómoda no tentó la codicia del victimario, ni las ropas, ni los demás objetos de Rosa, cuya bolsa de mano apareció en el piso del cuarto a dos pasos de cadáver. La explicación pasional se apoyaba en la fácil presunción de un arranque de celos furiosos, o de la feroz venganza de algún antiguo amor despechado, según las tradiciones ordinarias de los conflictos sexuales.

Los cronistas no estábamos satisfechos de la labor policial, y aquel medio día interrogamos de nuevo a los altos empleados de la inspección acerca de los progresos consignados en el acta de aquel caso en que habíamos excitado tan vivamente la opinión pública. El empleado, en el centro de grupo que le hacíamos, acabó por cruzarse de brazos para decirnos:

—¿Qué más quieren que yo haga? He dado las órdenes, he enviado a los agentes mejor escogidos. Este asunto nos ha interesado de modo muy especial y doy la seguridad de que se trabajará sin descanso hasta agotar nuestra capacidad e investigación. Entre tanto —agregó, mostrando los legajos—, no ha de faltarles material para sus crónicas de sangre.

Aquella salida nos pareció de mal gusto y nos retiramos asombrados. Y al bajar la escalinata, ya en el patio, hicimos nuestro breve corrillo habitual.

—¡Qué desfachatez la de estos polizontes! —exclamó Villafaña, uno de los compañeros—. He aquí el final de este asunto. El final del eterno misterio por incapacidad policiaca, ¡infeliz Gioconda!

Villafaña apodaba así, en sus crónicas, a Rosa Pinzón, desde el día que sobre la mesa de identificaciones la había visto, blanca, bella a pesar de la muerte, y con una sonrisa, leve y enigmática, que su fantasía le había colocado sobre los labios yertos.

A poco nos despedimos desalentados y yo seguí por la avenida, rumbo a Carlos IV, presa de una creciente desazón de periodista nuevo, por primera vez en descubierto ante mis lectores, a quienes había ofrecido sensacionales revelaciones en la tragedia de la calle de Luis Moya. Bajo los árboles de la Alameda, me detuve perplejo, viendo, sin pensamiento alguno definido, el bullicio del mediodía metropolitano. Los automóviles elegantes que llenaban de charolados reflejos y de malos tufo la rúa, y los tranvías, cargados de gente, desgranándose cada minuto de la esquina, como los dedos de un puño que soltara las cuentas alargadas y amarillas de todos los circuitos del oeste.

De súbito, se me ocurrió la idea de hacer una investigación directa en la casa de la calle Luis Moya, cerca de ahí, llevado por un honrado impulso de mi trabajo.

Pronto estuve frente a un zaguán, con habitaciones a uno y otro lado, entre las cuales noté la ventana cerrada, con los sellos policíacos en la pieza de la víctima. Adentro, al fondo de un patio largo, di con la portera, que lavaba una olla negra junto al pozo de brocal de ladrillos y de bomba enmohecida. La mujer era indígena y un niño pequeño, moreno y vivo, se le pegó a las faldas en cuanto ella se puso de pie para atenderme.

—Oye —le dije—, soy primo hermano de Rosa Pinzón y su familia me mandó desde Guadalajara a recoger sus cosas. Dime dónde vivía y qué muebles le pertenecieron.

La india me miró de soslayo y le advertí la intención de meterse en el silencio preventivo de la raza. Por lo tanto, agregué:

—Vengo también a pagar sus cuentas: la renta, los servicios que debía, todo... ¿Dónde fue el hecho?

—Allá —me dijo, levantando solamente la recia mandíbula y señalándome la esquina de la derecha.

Me encaminé en aquella dirección y noté que la portera iba lentamente detrás de mí, vigilándome. De la doble fila de cuartos, asomaron varias cabe-

zas de inquilinos curiosos y, sin duda, los oídos de toda la vecindad estaban atentos a nuestra conversación. En la esquina había también sellos en una puerta y en una ventanilla, sellos judiciales, de lacre y tinta negra. Confuso e impresionado, guardaba silencio ante aquellas marcas severas y la india debió de interpretar aquella actitud como la de un sentimiento de pena por la prima. Bruscamente, me volví hacia ella con unas monedas que saqué del bolsillo y la interpele:

—Toma —le dije—, y dime algo de mi prima, ¿cómo fue esto?, ¿quién pudo haber sacrificado a aquella inocente muchacha?

—Todo se dijo en los papeles —respondió la mujer—, vino la policía y todo salió en los periódicos.

De aquella frase constante, tuve que sacarla con lentitud preguntándole los mismos datos de mis crónicas, que fui confirmando para darle valor a las respuestas de aquella portera desconfiada. Pero no me informaba nada nuevo.

Acudí a otro recurso. Como olvidado por un instante de mi asunto, reparé en su niño, interesándome por su nombre, su edad y su salud. Intenté levantarlo en alto y el chiquillo se me escabulló, para asirse de las ropas de la madre. Hasta entonces vi por primera vez los dientes de la india que sonreía, amansándose poco a poco. Luego hice una retirada falsa, lenta, hacia la calle. De sorpresa le pregunté otra vez:

—¿De modo que no recuerdas si mi prima tenía algún conocido, alguna amiga o amigo, que pudiera darme informes de sus últimos días de por acá?

La portera pareció vacilar y, al fin, entre reticencias, me reveló que la tarde misma de la noche del crimen, había venido a la casa una mujer en busca de Rosa, y al no encontrarla, dejó razón de que la llamara por teléfono, dando el nombre de Juana. Que esta mujer, Juana, había estado ya en otra ocasión, cuando Rosa y ella, vinieron a ver la habitación para rentarla.

—Juana... ¿Juana de qué? —le inquirí, disimulando mi sumo interés.

—No sé —replicó la india—, dejó dicho que cuando llegara la señorita le hablara por teléfono a Juana, que hablara luego.

—Pero, ¿a qué número de teléfono?

—No sé, no lo dijo.

—¿Y hay teléfono en esta casa?

—No, señor.

—Pero en fin, ¿a dónde se va de aquí para hablar por teléfono cuando algún inquilino lo necesita?

—¡Quién sabe! —remató la portera la conversación—, el más cercano está allá, en el estanquillo de La Guadalupana. Y con la quijada en alto me señaló hacia la Alameda, del lado opuesto de la calle.

Como de aquella visita de la amiga no se había hablado en los diarios ni se decía nada de la inspección, tuve la certeza de haber logrado un dato nuevo propio y, para confirmarlo, hice una última y suprema pregunta: «¿Y la policía supo de esa visita y del recado de Juana?»

—No sé —respondió la portera—, a mí nada me preguntaron de eso.

Entonces, varió en mi juicio el valor moral de aquella india analfabeta. Me pareció que, sin decirlo, nos habíamos entendido acerca de una condición de reserva, al huir de los oídos del patio hacia el zaguán, para aquella confidencia que me entregaba exclusivamente a mí.

Me despedí ofreciendo volver por las cosas de la muerta y de ahí, directamente me fui a buscar el estanquillo de La Guadalupana, a más de dos cuadras de distancia.

Estanquillo típico aquel. Pequeñito, surtido hasta no caberle más, para responder a su misión de auxiliar de los grandes almacenes en cuanto a compras de minucias de frecuente uso para las familias que hay en el radio corto de dos calles. Lo atendía una viejecita de pelo blanco y mejillas sonrosadas, de antiparras, que tenía una muñeca entre las manos. Por encima de ella, a lo largo de la tiendita, había hilos tensos, también cargados de muñequitos de

trapo, entre papelillos de colores. La dueña misma me pareció una muñeca grande, colocada entre piezas de estambre, por detrás de las vitrinas de los dulces y las mermeladas.

Me pareció un placer conversar con aquella estanquillera.

—Perdone —le dije—, soy pariente de Rosa, la joven asesinada hace cuatro días en esta calle. He venido desde Guadalajara al saber su muerte y me informan que solía concurrir a este teléfono para hablar con una amiga llamada Juana. Deseo buscar a esa Juana para pedirle unas noticias, pero resulta que no conozco el número de su teléfono. ¿Podría usted recordar a cuál número hablaba frecuentemente mi prima, desde aquí?

La viejecita, que me había estado mirando por encima de sus antiparras, se las quitó cuidadosamente con las dos manos, para responderme:

—¡Cómo no! ¡Qué horror! Recuerdo mucho a aquella hermosa joven. Hablaba al número 16-32.

No pude menos de elogiar aquella excelente memoria, a pesar de sus años.

—Es muy fácil —me dijo—, el teléfono de aquí es número 15-31; y desde que ella vino la primera vez, me hizo notar la pequeña diferencia de las dos cifras en el modo de llamar a la central. La muchacha parecía del interior...

Cuando me apliqué la bocinilla me latía el corazón y temía por la claridad de mi voz.

—¡Bueno! ¿Quién habla? —me avisó, desde el otro extremo, una voz hombruna.

—Un conocido de la señorita Juana —respondí ahogándome—, ¿se le puede hablar?

Hubo una pausa y luego un habla más lejana llamando a Juana. A poco, percibí un taconeo vivo, acercándose, sobre un piso de madera. Me imaginé, por aquel rumor, una pieza grande, sonora, de duela lustrosa. El diálogo se reanudó:

—¿Quién habla?

—Jesús Fernández Cortina, de Guadalajara —dije, soltando al azar mi nombre—, deseo verla para un asunto de Rosa.

—¡Ah...! —le oí exclamar con indefinible acento—, sí, puede venir... entre seis y ocho... hoy si gusta. Calle Teherán número 12...

Aún hubiera querido retenerme la estanquillera para comentar el asesinato de Rosa, pero yo no estaba para más conversaciones en aquel momento. Le pagué el servicio telefónico y me salí a la calle intentando ordenar mis pensamientos. Iba poseído de la emoción reporteril por excelencia: la de estar sobre el rastro de una revelación sensacional en un hecho que intrigaba al público, a la policía y a los periodistas, mis compañeros.

Rumbo a mi pensión de Bucareli, iba muy intrigado haciendo conjeturas: «He aquí una Juana —me decía—, amiga de la muerta, que vive en un barrio elegante, con teléfono, sirvientas y una buena casa, y que recibe de seis a ocho, como una aristócrata... ¿Qué lío es éste?»

Estuve puntualmente a las seis, en el número 12 de la calle Teherán. Al sonar el timbre, una sirvienta vino a darme paso y a conducirme directamente a un salón sin ceremonial de ninguna clase. Luego, oí la voz hombruna que ya me era conocida, llamando a Juanita y, a poco, Juana misma vino a sentarse frente a mí.

Hasta entonces, al verle su bata roja y sus ojos pintados, comprendí el lugar en donde me encontraba y el infeliz trabajo de aquella joven a quien iba a entrevistar. Comprendí el recato de la casa, los espejos ahumados, el lujo recargado, el salón de bailar... Nos tuteamos desde la primera frase.

—Me sonó conocido tu nombre —dijo Juana—, porque yo también soy de Guadalajara, y por ello te di la dirección. Con nadie quiero hablar de la muerte de Rosa.

—Cuéntame lo que sepas —le rogué—, pues tengo interés por su familia.

Y me dijo cuanto sabía, a veces conmovida hasta las lágrimas. Se conocían mucho, porque fueron compañeras de escuela en su barrio, durante años. Juana después de un amor infortunado, desvió el sendero de su vida y vivía en México hacía bastante tiempo. Un día recibió la visita inesperada de Rosa, quien le pidió guiarla por la ciudad en busca de una vivienda cómoda, segura, céntrica, para ella sola. Se encontraron la de Luis Moya, a algunas calles de la Alameda y le agradó por el aspecto tranquilo. Allí vivía un poco misteriosamente. Llegó a pensar Juana que la amiga, como algunas otras jóvenes desdichadas, huía de la provincia a la capital para disimular algún revés de la suerte, o para buscarse la vida por sí misma, mediante el trabajo honrado. La acompañó por la ciudad y la llevó a algunos sitios de diversión. En varias ocasiones, efectivamente, Rosa fue en viaje rápido, de dos días, a Guadalajara, pero acerca del objeto de aquellas idas, Rosa se obstinaba en no hacer confidencias. «Trabajo», fue lo único que llegó a decir a su mejor amiga. La segunda vez que fue a la calle Luis Moya, cuando dejó recado a la portera de que se le hablara por teléfono, se trataba de encargos para la capital de Jalisco, puesto que Rosa había de salir para allá, precisamente en el tren del día siguiente.

—¿Y no crees que Rosa había empezado a últimas fechas una vida de libertad? —le pregunté.

—Te juro que no —me respondió prontamente—, los periódicos la calumnian en eso. Era mujer honrada que tenía su novio, con quien se iba a casar.

—¿Iba a casarse? ¿Conoces entonces a su prometido, o a lo menos su nombre?

—No, eso no, yo salí hace más de un año de Guadalajara. Pero ella me lo dijo.

—Tú has leído las crónicas de los diarios. Dime la impresión que te dejaron.

—Desde luego me han causado horror con sus relatos y creo que la policía no ha hecho lo debido para buscar al delincuente. Además, la lista de los objetos de Rosa no está completa...

—¿Qué falta? —le pregunté anhelante.

—Falta la alhaja principal: un anillo que ella traía la víspera de ser asesinada. Una serpiente de oro labrada, con una piedra azul por cabeza. Una joya preciosa, que tenía por dentro marcadas una cruz y unas letras chinas.

Mi sorpresa subió de punto ante aquel anillo del que nadie había sabido nada antes.

—A ver, cuéntame todo eso —le dije.

—Lo vi solamente dos veces y ella me dio a entender que provenía de persona muy estimada. Nunca he visto anillos semejantes y parecía ser una joya antigua. Rosa lo llevaba como si se tratara de una reliquia.

—¿No te figuras que por robarle tal sortija la hallan asesinado?

—Es posible —me dijo pensativa—, la ciudad es tan mala, que por un anillo pueden matar a una...

—Porque si no fue por venganza —le dije lentamente, buscando en sus pensamientos e intenciones— o por despecho de algún antiguo amor, ofuscado ante la idea que Rosa iba a casarse...

—También puede ser —dijo Juana, ensombrecida la voz—, aunque yo creo que Rosa no tuvo enredos con nadie. Era muchacha buena, buena y de familia muy católica.

—Y en los últimos días que la viste, ¿no le notaste algo especial, alguna nerviosidad, inquietud o temor por algo?

—Sí —me dijo Juana, recordando—, cuando salíamos, parecía precaverse. Volvía la cara. No quería andar por la calle pasadas las ocho de la noche. Y a mí me rogó no ir a verla, sino esperar a su llamado telefónico.

Todo aquello era profundamente interesante para mí, pero no me daba una hilación definida para mis conjeturas como periodista.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamé—, y dime, por final, ¿cómo juzgas tú misma este hecho?, ¿crees que se pueda dar con el criminal?

—Para mí —me dijo—, es una terrible desgracia y ojalá que se encuentre al criminal y sea castigado. ¡Pobre Rosa! ¡Lo que habrá sentido su familia, su mamá, doña Luisa...! Yo he llorado como si se tratara de una hermana y creo que es un aviso del cielo por la vida que llevo...

Juanita, de fino perfil, morenita y graciosa, cayó en un silencio hondo y largo, que me contagié de verdadera pena.

Entonces, en un impensado rasgo de sinceridad de mi parte, le revelé mi verdadero trabajo de periodista y los fines que perseguía al procurar esclarecer la muerte de su amiga y buscar el castigo del asesino.

Juana se llenó de sobresalto.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ahora me voy a ver envuelta en esto! ¡Nombrada en la prensa, llevada ante la policía para que se sepa mi vida íntima y acabar de matar de vergüenza a mi madre...! ¡Nomás eso me faltaba!

Empezó a llorar, a recriminarme por el engaño, y a pedirme, por favor, que dejara en paz a la muerta, ya que no había de resucitar porque se la siguiera mencionando en los diarios. Me conmovió y me obligó a prometerle, bajo mi palabra de honor, que no diría nada que le ocasionara citas o molestias. Y, como amigos, hablamos brevemente de cosas sin importancia.

Al despedirme, me pidió que telefonara en caso de saberse algo importante, y que preguntara por Adela y no por Juana.

—Aquí —me dijo la cuitada, ruborizándose bajo el colorete— me llamo Adela Martínez y no Juana.

Salí con el corazón un poco oprimido.

En la noche, en la redacción, frente a la máquina, preferí guardar en secreto los datos que había recogido en la mañana. «Mi silencio —pensé—, protege la tranquilidad de varias personas inocentes y hay otras maneras de que la justicia opere con las noticias que tengo».

Me acordé de mi tío Justo, en su primera conversación, cuando me advirtió que no toda la verdad está siempre en los escritos de los diarios, y en aquel caso justifiqué la conducta de los periódicos, en la labor de dar ciertas informaciones.

Al día siguiente, por la tarde, corrí a la calle del Eliseo y referí todas aquellas novedades a mi tío, pues él y yo, seguíamos aquel caso de policía con idéntico apasionamiento, releendo los diarios, conjeturando y planeando, como dos detectives profesionales.

Cuando en la biblioteca, sentados en los dos sillones rojos, acabé de contarle punto por punto mi trabajo del día anterior, me preguntó sobre algunos hechos y, después de reflexionar, me sorprendió con una opinión extraña, que cambiaba por completo el punto de vista de mis conjeturas de reportero.

—¿Qué te parece —me preguntó—, si te encontraras con un caso político de espionaje, de complotismo o de conspiración?

—Sería increíble —exclamé—, una muchacha inexperta... En el país, una mujer en tales extravíos es un absurdo.

—En cuanto a mujeres conspiradoras, no te olvides de que estamos en una guerra civil, de las más enconadas, y que son precisamente las mujeres los enemigos activos del gobierno.

A poco, agregó con más precisión:

—El ir y venir de Rosa entre México y Guadalajara me sugiere esta suposición. Las dos capitales son los focos de esta desgraciada lucha. Aquí se colectan fondos, se compran armas, municiones y vestuario, y hasta se reclutan contingentes. Pero el centro inmediato de dirección está en Jalisco, y sin duda, en Guadalajara. Imagínate ahora a una joven audaz, como suelen serlo las ingenuas, a quien se da una comisión secreta de traslado de fondos o de simple correo entre jefes, la cual, robada o descubierta, aparece muerta en su propia casa.

Tal hipótesis me pareció inaceptable por muchas razones en contra que me acudieron al punto, pero mi tío, adelantándose, continuó:

—Los detectives tienen el deber de comprobar estrictamente sus inducciones, fundadas en datos concretos y en análisis, lo más correctos posible, en vista de las sanciones a criminales definidos, y los reporteros no pueden aventurar informaciones perjudiciales a la reputación de las gentes o del diario mismo en que sirven. Por eso ocurre siempre en los asuntos graves que la opinión del común de las gentes se anticipa a la policía y a la prensa, como olfateando el rumbo de origen o de finalidad de los sucesos espectaculares. Así se crea el rumor, que para el reportero debía ser la filosofía de la noticia. Lo que hago ahora es concurrir a acrecentar una sospecha pública o rumor general, que existe desde que empezó la guerra religiosa. Señoras graves, sacerdotes, caballeros católicos, caudillos regionales y campesinos fanáticos son las clases que están contra el gobierno. A mi casa han venido altas damas a pedirme subsidios, que yo les he rehusado. Se sabe que emisarios van y emisarios vienen entre los campos sublevados y los centros de aprovisionamiento y dirección de las ciudades. Suponte que Rosa Pinzón era un correo de éstos, con la misión de conducir, por ejemplo, una suma importante de dinero. Que un cómplice traidor o un ladrón de la ciudad la despojaron del caudal, asesinándola para cubrirle la retirada...

Aquellas fantasías me parecieron tan personales de mi tío, que resolví respetárselas, pero no pude contenerme ante uno de los detalles que apoyaban mi punto de vista propio, dentro de la delincuencia común de la metrópoli. Por lo tanto, le repliqué:

—¿Y el anillo, tío?

—Habría que buscarlo —me contestó vivamente—, cuando me contabas tu entrevista con Juana en la calle Teherán, esa joya fue calificada como reliquia, según la apreciaba la muerta. Sortija rara, fuera de los recursos de una joven pobre y de los de su posible prometido. Debió ser una prenda ajena, un

signo de identificación entre personas ligadas por un secreto muy grave en una obra común y peligrosa. Si yo fuera detective, buscaría en Guadalajara o en esta capital a la persona que conoce o guarda ese extraño anillo de zafiro y serpiente. ¿Lo llevaba la muerta en el momento de ser sacrificada?, ¿había pasado, cumplida ya su misión, a otras manos que la guardarán como un talismán valioso y terrible? La circunstancia de que en la inspección de policía no se sepa nada de esa sortija notable, me demuestra que Rosa Pinzón, en todo caso, no fue asesinada por agentes del gobierno, lo que llegué a sospechar antes. Porque en tal caso, ya se hablaría de un complot terrible y ya se tendría en prisión a muchos individuos, con lo que se hubiera arrancado en confesión a la infeliz muchacha. No, a Rosa le robaron algo muy importante los ladrones de la ciudad o algún ladrón venido tras de ella, desde el campo, sabedor de los efectos que debía trasladar en secreto. Hasta me parece que tal asesino debió ser conocido de ella, quizás su auxiliar, supuesto que pudo entrar en su cuarto en silencio, hablar con ella y, por fin, matarla sin luchar, para escapar tranquilamente a la hora que le pareció más de su agrado.

Estas últimas palabras me dejaron confuso. Empezaba a vacilar en mis pareceres, que juzgaba más humanos y realistas. Empecé a caer en fantaseos audaces sobre las escenas nuevas de un dramatismo nacional, tan desconocido como emocionante. Me imaginaba a la hermosa Gioconda tapatía, haciendo su viaje sigiloso a Guadalajara, recibiendo, de algún personaje misterioso, por toda orden, una sortija exótica; llegando a México a un departamento aislado y concurrir después, recatándose, a un palacio de ricos, para saludar, sencillamente a una dama linajuda, de severa elegancia de continente devoto, la cual le reconocería al punto, al observar el dedo anular de la envidia y entregaría, sin una palabra, fuerte suma destinada al pago de tropas y vituallas, recogiendo rápidamente el santo y seña del mensajero... Pero, ¿era aquello posible en México, donde el arte de conspirar es tan elemental que todos los complots han sido descubiertos, porque al mexicano le resulta

más fácil dejarse fusilar que buscar las precauciones y refrenar la lengua? Más bien, me parecía aquella hipótesis de mi tío un argumento de novela, o localizaciones de actos de otras gentes de otras razas, de otros mundos.

Y cavilando, ambos guardábamos silencio.

En ello estábamos, cuando oímos el piano de Abigaíl, filtrándose a través de las dos puertas, desde el salón, a donde había bajado a sus estudios habituales. Primero, sus dedos corrieron por el campo de marfil, en una fantasía de agilidad y entonamiento. Luego se formalizó en una gavota, entonces de moda, y que gustaba particularmente a mi tío, quien empezó a mover la cabeza y a tamborilear con los dedos en el brazo del sillón de felpa, llevando el compás, ya olvidado totalmente del crimen de la calle Luis Moya y de cualquier otro asunto. Yo también me abandoné, por largo tiempo, al pensamiento de Abigaíl, cambiando con mi tío, a veces, frases y signos de aprobación. Ella se entró, a poco, por sus autores favoritos, en tarea tenaz de estudio y de interpretación, y la casa toda pareció llenarse de vida, afinándose el ambiente, inspirando el alma a la luz misma.

Abigaíl, a los dos meses de conocerla, había entrado ya en el círculo de mi propio destino. Mis repetidas visitas a la casa nos habían llevado a una grata confianza, como de buenos parientes; luego, aquella se trocó en una viva simpatía, que siguió rápidamente su ciclo, hasta ser el amor, el amor viril que crece en los cauces hondos y serios de la vida. Ahí se había hecho una pausa, antes de una confesión y de un compromiso irresoluto ante mi tío, que parecía confundirse entre un egoísmo de padre viejo para su ahijada y una infantil alegría de tío solterón para conmigo. Me había deslizado su propósito de escribir a su antiguo administrador, Ramírez, a fin de ahuyentar sus escrúpulos de tutor. Entre tanto, yo paladeaba la delectación capitosa de mi pasión inconfesa, de antemano correspondida, con ligero sabor a furtiva y que embrollaba el corazón de la tierna mujer, cuya alma toda se vivía atisbando todos mis sentimientos, todas mis palabras, todos mis gustos y todos

mis gestos, como si esperara la llegada, por todos los caminos, del mensaje anhelado y a la vez temido del primer amor.

Por aquellos días, Abigaíl se afanaba mucho en la ejecución de la música de Grieg y prefería la «Danza de Anitra». Desde una semana antes, la casa se llenaba todas las tardes, durante breves momentos, de las armonías exaltadas y frenéticas de la fantástica danzarina escandinava, por lo cual yo pugnaba en vano por representármela, en escenarios de contraste, de campos de nieve sin horizontes, de montañas heladas, con bosques de papel, de lluvias quietas del plumón de las nubes, desmenuzadas en un lento llover de cenizas muertas. Una tarde le pregunté la impresión que podía darle aquella música exótica, y me respondió, con un hermoso mohín de maestra de escuela, que la bella música nunca es exótica en ninguna parte. Luego me confesó que la «Danza de Anitra», le hacía ensoñar un gran palacio blanco, bloqueado de escarchas, solo y remoto. En su interior una sola hoguera, inquieta, grande, al pie de la cara impassible de un pirata vuelto hacia el lejano horizonte, que miraba a través del rasgado ventanal y que la flama se volvía cabellera, sedas, cuerpo de mujer para llevar el compás, en una danza violenta, que se extenuaba a poco a los pies del personaje de piedra...

Mi tío, a quien conté la respuesta y que creía todavía en las teorías freudianas para la explicación de los sueños, me dijo que las jóvenes padecen verdaderos sueños estando despiertas, y que la manera de decirlos es en todo semejante a las fórmulas con que suelen recordarse ciertos devaneos nocturnos. A su juicio, el método de interpretación de los sueños debía aplicarse también a la investigación de los caprichos, las divagaciones y los fantaseos de las doncellas enamoradas. Porque todo es la misma actividad de la subconsciencia. De acuerdo con sus teorías, mi tío interpretó la contestación de Abigaíl como una necesidad de claridad en mis sentimientos hacia ella, que debía tenerme por un insensible, por un ofuscado de egoísmo, por un ciego a la luz de su cariño.

Y aquella noche, escuchando de nuevo la danza, me pareció muy natural oírle decir a mi tío, al levantar la cabeza:

—Ya he escrito a Ramírez... pero con la revuelta que hay por allá, ni el correo ha de funcionar. No me ha contestado nada.

Abigaíl se llevó mi respuesta, ahogándola en algunas melodías mexicanas, particularmente jaliscienses, que solía tocar en obsequio mío para purificarme los oídos, como me decía en broma, por mi antiextranjerismo musical de profano, de inculto casi, en materia de arte.

Aquella noche nos reservaba la sorpresa de una canción de provincia, que se había buscado por las tiendas y que empezó a cantar, en voz baja, tan suave y tan dulce, que la escuchamos extasiados:

¡Al cabo es cierto que nos quisimos!

¡Al cabo es cierto que me querías!

¡Dímelo de veras

y con el alma herida yo te perdono

todas tus deslealtades y tus falsías!

¡Dímelo de veras...!

¡Dímelo de veras como lo hacías!

Entonces, yo no pude más. Sentí dolor de oírle acudir a frases del impuro arrabal, para llegarse a las puertas de mi corazón, tan estúpidamente cerradas. Y exclamé, levantándome:

—¡Vamos a hablarle, tío!

Ambos nos dirigimos al salón, y mi tío, al paso por el recibidor, recogió de la mesa el diario de la noche que no habíamos visto aún y me detuvo rudamente por un brazo, al ver en la primera plana, a grandes títulos, una nueva referencia al crimen de la calle Luis Moya. Me volví hacia él, y como él, quedé petrificado de asombro ante la ilustración que acompañaba al breve reporta-

je. Una gran sortija cubría el ancho de dos columnas, por encima y al lado se veían como detalles de la joya, la cruz latina y las letras chinas que tanto nos habían intrigado en la conversación de aquella tarde.

Devoramos el texto que no era largo y que se concretaba a denunciar que entre las pertenencias de Rosa Pinzón, debía incluirse una sortija como la dibujada, no anotada por las investigaciones policiacas y que podía servir de pista para la segura identificación del asesino. Pero entre líneas, y de modo muy comprensible, aludía el noticiero al posible carácter político de la tragedia, confirmando, casi por completo, las deducciones de mi tío, quien golpeaba el periódico con el dorso de sus dedos, mirándome en silencio, a la cara.

—¿No te lo dije? —exclamó a poco.

Vivamente intrigados penetramos en el salón, tibio y prendido de sedas, lleno de luz, en donde Abigaíl, en el banco del piano, nos había sentido venir y nos esperaba para la conversación que solíamos tener antes de la colación nocturna que acostumbraba mi tío. Pero viéndonos tan preocupados con el diario, Abigaíl se nos acercó y acabó por fijarse en el dibujo, y yo sentí una sorpresa casi angustiada cuando la muchacha, al pasar la vista por la hoja, prorrumpió con sencillez:

—¡Ah, ves...! ¡Pero si esta sortija se parece a la mía!

Nos volvimos hacia ella rápidamente.

—¿Qué dices? —le preguntó, azorado, mi tío.

—Que yo tengo un anillo con una cruz y unas letras como ésas —repitió tranquilamente Abigaíl.

Mi tío repuso, con severidad, pero un tanto temblorosa su voz:

—Se trata del anillo que llevaba una joven asesinada hace unos cuantos días en una vecindad... Y, ¿qué anillo es ese del que hablas, que nunca me has contado de él?

La joven pareció querer disculparse, tocada por el acento de voz del padrino.

—No se ha presentado la ocasión —dijo—, además, nada tiene de extraño. Entre los recuerdos dejados por mi madre y que Manuel me trajo el año pasado, guardo una sortija, que en el interior tiene grabadas una cruz y unas letras chinas...

Entonces, mi tío se dirigió al estrado y nos indicó los asientos.

—Cuéntenos eso, ahijada.

Comprendí la intensa ansiedad que dominaba a mi tío y su táctica para obtener claros informes acerca de aquella misteriosa joya que parecía acercarse a nosotros, amenazarnos con insospechadas participaciones en un grave asunto que antes examinábamos como críticos y como periodistas inclinados al detectivismo de afición.

Abigaíl nos refirió, con su voz apacible tan bellamente timbrada, una hermosa leyenda de su familia. A veces accionada con sus manos, blancas y finas, que parecían bendecir el tesoro de sus propios senos. En algunos pasajes, al hablar de su madre, que murió joven, se conmovió la narradora, lo mismo que cuando pasó ligera por el nuevo casamiento y la separación que ello ocasionó entre Ramírez y sus dos hijos:

—Muchos años atrás, muchísimos, un remoto bisabuelo de Abigaíl, llamado Teodomiro Ordaz, vivía en el lugarejo de Talpa, que sería cabeza de una misión de frailes evangelizadores. Ordaz poseía tierras de repartimiento y tal vez fue encomendero de algunos grupos de indios. Y ocurrió que, cierto año, unos viajeros llegaron al punto, viniendo desde el puerto de San Blas, a pagar una manda a la Virgen aparecida según la tradición en el sitio de su iglesia. Pasajeros y tripulantes, en impresionante romería, llegaron a pie y cumplieron, con rezos y alabanzas, su deber de reconocimiento y gratitud con la imagen. Era gente que volvía de Asia rumbo a Acapulco, y que había sido batida durante días y noches por una tempestad. El buque cargado de valiosas mercaderías desvióse de su ruta, desmantelado casi, y estaba a punto de hundirse, perdidos los elementos de control y de defensa. Y por milagro patente

tuvieron todos el súbito sosiego de los elementos después de la invocación que encabezó el capitán mismo, a la Virgen de Talpa. Los atribulados viajeros habían ofrecido, además de la peregrinación en masa, costear una peana de oro macizo para la milagrosa imagen, y para reunir las cuotas algunos se despojaron hasta de prendas personales de valor. Fue un matrimonio joven, según la leyenda, el que ofreció en venta una sortija extraña, que Ordaz adquirió al precio de diez onzas de oro.

Abigaíl usaba giros y frases del pueblo, como si el relato viniera de lejos y lo hubiera oído desde la niñez, como un cuento al que se le guarda cándida devoción y respeto en sus mismas palabras.

—Este anillo —continuó—, ha pasado de generación en generación, de madre a hija, y lo han llevado a la iglesia al contraer matrimonio todas las mujeres de nuestra familia, no sólo por devoción, sino por la creencia de que trae la felicidad a los hogares. Así llegó a mi madre y, a su muerte, Manuel logró conservarla con otros recuerdos por la enemistad que hubo con la segunda mujer de nuestro padre. Manuel me trajo la sortija el año pasado en una caja, junto con otros recuerdos de familia, por temor de la revolución que hay por aquellos rumbos.

Mi tío en una pausa pidió:

—Haz favor de mostrarnos esa sortija.

—La tiene guardada la madre superiora —respondió Abigaíl, excusándose—. Cuando vino Manuel, yo estaba de media interna y allá dejé todas aquellas cosas. La madre vio desde principio el anillo y, al saber su historia, me rogó que se la diera a guardar, por estimarlo como un objeto realmente religioso.

En aquel punto mi tío y yo nos miramos alarmados. Y Abigaíl continuó el relato:

—Al clausurarse el colegio y dispersarse rápidamente la comunidad, se hizo tal confusión que apenas pudimos recoger los objetos más inmediatos.

Me traje el cofrecillo de mi madre, pero la madre superiora se guardó mi sortija y la conserva aún, por no haber tenido ocasión de restituírmela.

—¡Qué imprudencia! —exclamó mi tío—, ¿por qué no se la has pedido?, ¿o por qué no me lo habías dicho, tratándose de una joya tan íntima de tu casa?

Abigaíl se puso a disculpar a su directora. La pobre después del cierre del colegio, había andado a salto de mata, escondiéndose en distintas casas de las alumnas, porque se decía que era perseguida por el gobierno.

—Hará un mes, ¿lo recuerda usted, padrino?, estuvo aquí y me informó de su domicilio y me dio noticias de las compañeras. Traía en el dedo el anillo y al despedirse me dijo: «Está muy seguro conmigo. Me trae la bendición del cielo y te lo devolveré cunado abramos de nuevo nuestra escuela». Y se lo ha guardado hasta hoy —concluyó Abigaíl—. Para mí tal joya, que he visto toda mi vida, es tan familiar que no me llama especialmente la atención y, quizás por ello hablo poco de ella, o tal vez le he contado sin atraer la atención de usted.

Mi tío, que parecía concentrado en el relato, disimulaba mal sus pensamientos, que yo seguía con toda claridad. Luego dijo, subrayando sus frases:

—Es preciso que esa sortija vuelva inmediatamente a tu poder. Hoy mismo vamos tú y yo a buscar a esa monja —agregó, dirigiéndose a mí.

Abigaíl abrió mucho sus hermosos ojos y de mí pasó su vista al diario, que blanqueaba la silla, sospechando tardíamente alguna relación entre el dibujo y su sortija, concordantes ambos a groseros rasgos. Pero la frase cortante de mi tío debió de alejarle cualquier sospecha.

—No quiero —agregó—, que cosas de tu propiedad, tan íntimas, anden en manos extrañas.

Mi tío sufrió una caída de sus nervios, porque entró en la biblioteca y volvió de allá sin razón ni objeto; menospreció la colación de la noche que anunció Elena, y me invitó por fin, a salir con él a la calle.

Antes de irnos me propuse indagar el origen de la información del diario de la noche. Era cierto que se trataba de un trabajo de Villafaña, por ser reportero de policía de aquella hoja, y por el apodo de Gioconda que volvía a dar a Rosa Pinzón y que le respetábamos todos, como a privilegio de su pluma. Pero antes llamé por teléfono a la calle Teherán, a Adela Martínez o Juana, por si acaso ella había hecho al compañero revelaciones como las que me había hecho a mí, y que, en caso afirmativo, me dejarían mal parado en la competencia de nuestros periódicos. Allá me dieron la sorprendente información de que Juana había abandonado la casa unas horas antes, sin decir los motivos, sin dejar la dirección, sin hablar con nadie. E infería de ello que aquella infeliz, enterada de la información del diario de la noche y temerosa de las complicaciones, habría huido, tal vez segura de que yo la había traicionado divulgando un secreto de su amiga muerta.

A Villafaña pude localizarlo en el bar de Segismundo, a donde por lo general acudía después del trabajo a tomar el aperitivo y a la diaria partida del billar. Me dejó muy alarmado al decirme, en la confianza que es habitual entre reporteros, que la noticia le había venido por el correo, en una denuncia anónima que ya había entregado a la policía para que la examinasen, siempre deseoso de ayudar a la venganza de la hermosa mujer asesinada. Todo se lo conté a mi tío y ello aumentó su inquietud en grado sumo. «Esto se pone horrible —me dijo casi en secreto, en la biblioteca, ya con el sombrero puesto y en la mano el bastón—. Si la sortija de Abigaíl ha servido para fines de conspiración y la monja anda en ello, según lo temo, la policía puede llegar en cualquier momento a tomarnos prisioneros. A Abigaíl, a mí, a ti, ¡a todos...! Es preciso buscar y recuperar esa vieja joya cuanto antes».

Todavía habló con su ahijada para confirmar el domicilio de la monja, que era calle Bolitario número 100, en la colonia de Santa María de la Ribera y, cuando salíamos, le dio a Timoteo severas instrucciones:

—Que Elena cierre todas las puertas y ventanas de la casa —le dijo—, no

estoy para nadie. Y tú, saca el auto para que lleves inmediatamente a Abigail a casa de mi notario, el licenciado González. Dile que me espere allí para ir al cine. Que vuelvo pronto a buscarla.

Mi tío, que contaba ya con sesenta años, marchaba con energía un poco cómica en otras circunstancias, con el ala del sombrero mal echada y el abrigo abierto. Preocupadísimo...

Tomamos el camino más corto, según las indicaciones de Timoteo, y, bajo los arbolillos de frente a las Estaciones, mi tío resumió sus pensamientos en una frase sarcástica y amarga:

—¡Uno que se cree de estas benditas monjas! —dijo.

Y apretamos el paso.

III

Pronto llegamos a un barrio sin tránsito de vehículos, de calles empedradas y casas modestas. Por las indicaciones de Timoteo, desembocamos en una calle cerrada, de alumbrado escaso. Cuando encontramos el número 100, mi tío siguió adelante por la malísima acera al hilo de una barda baja, hasta un caedizo con una puerta vieja. Exploramos por todas partes y mi tío llamó con cinco golpes discretos. Adentro una voz de mujer nos preguntó:

—¿Quién?

—Cristo reina...

La voz de adentro concluyó:

—... en el cielo y en la tierra.

La puerta se abrió sigilosamente.

Nos daba paso una figura ancha de cara, de abultado vientre, con tres niños pequeños que se disponían a cenar junto a un pretil del sotechado, a la entrada de un rincón negro que debía ser la alcoba. Cuando dijimos que queríamos ver a la madre superiora, la niña mayor se fue a descolgar el mechero

de petróleo que pendía de un clavo y nos guió por un caminito hasta el fondo de un terreno inculto, donde había materiales de construcción abandonados, pilas blancas donde se trabajaba la cal, pastos secos y matas de jardín descuidadas. De un lazo en honda floja colgaban ropas de triste apariencia. De la esquina más alejada, al cruzar otra puertecilla, nos llegó el rumor inconfundible de los rezos en grupo. Nos detuvimos y la niña nos informó:

—Todavía no termina la Hora Santa.

Patio y jardín se metían hacia los tres corredores que tenía la finca y de una de las piezas, la más alejada de la calle, salían dos franjas de luz fuerte; en la esquina derecha había otra habitación con luz más suave.

Nos detuvimos. Indecisos, comprendimos que se trataba de un acto de culto privado, como lo practicaban por aquellos días muchos católicos solidarios del clero, que se habían retirado de los templos a causa del conflicto con el gobierno. Cuando en tales cultos del hogar intervenía un eclesiástico, equivalía a una protesta contra las autoridades, y se daban frecuentes casos de sanciones policíacas, que divulgadas y comentadas, aparecían con aspectos persecutorios y enconaban más y más la guerra civil.

Al acercarnos, poco a poco vimos la improvisada capilla llena de gente de clase media, las caras vueltas hacia un punto con una intensa devoción. Primero, la voz tranquila del guía recitaba la oración del rosario y, en un solo aliento, todo el concurso respondía a la alabanza. Los rezos alternos parecían repentinos soplos de un viento cálido, vibrantes en la luz, con tono de petición y de urgencia, que trabajando en el movimiento del alma, atan con el lazo místico al grupo, entrenando, en suma, fuerzas ciegas de muchedumbre para el grito secreto de Dios...

Sin saber qué hacer, acabamos por ponernos de rodillas también, fuera y junto a una puerta, hasta poder ver el altar, que era simplemente una mesa larga, de blanco mantel con jarrones de flores y con seis velas que se consumían en lagrimones largos. En medio, sobre una grada blanca, brillaba el oro

de la Custodia, con el relicario central incrustado de pedrería multicolor. Al pie del altar, el sacerdote se destacaba por su traje negro y guiaba los rezos. Acabados los misterios se entró por la letanía, que enfervorizó más a los fieles, con las imprecaciones en lengua extraña:

*Kyrie eleison,
Christe eleison,
Kyrie eleison,
Christe eleison...*

En eso se iba cuando me hizo volver la cara un extraño penitente que entraba en la zona iluminada, viniendo del fondo negro del corredor. Marchaba de rodillas, agobiado por una cruz grande, tosca, de madera mal desbastada. La cabeza baja, coronado con una rama de espinas. Adelantaba una pierna penosamente y para mover la otra, ensayaba antes un equilibrio y arrastraba los zapatos al extremo de las pantorrillas desnudas, remangadas las ropas para hollar los ladrillos con la carne viva. Al estar cerca de mí, pude ver la cara dolida, adentrada la visión, compungida, la frente baja. Una barba pobre, crecida, le ensuciaba la faz. Largo me pareció el tiempo que necesitó aquel fantasma para medio perderse en la nueva sombra, corredor adelante.

En la sala se iba a dar fin a los rezos, faltando solamente las plegarias por la intención del Santo Padre, porque Dios conservara la fortaleza a los mártires, por la liberación de la Iglesia y por las benditas ánimas del purgatorio.

Luego, llegó la hora del cubrimiento. El sacerdote, con el almaizal al cuello, subió por la grada lateral hasta alcanzar la Custodia, que envolvió en la seda, contra su pecho. Después, en medio del altar, entre los cirios, sin cantos ni campanillas, dio la bendición con ella, de un lado al otro, tres veces, entre unas volutas de incienso que tiñeron y encendieron más el misticismo del ambiente; sobre las cabezas inclinadas de los fieles, en medio de un gran

silencio en que pude oír la voz del sacerdote que recitaba en tono bajo y firme el himno supremo del catolicismo, «*Tantum ergo sacramentum...*» y el arrastrar de los zapatos del hombre contrito del corredor.

Terminaba la Hora Santa. Los asistentes salieron de la capilla y en pequeños grupos graneados, después de los saludos, se fueron hacia la salida. Unas señoras rodeaban al sacerdote, hombre grueso, de aire meditativo, que se esforzaba por sonreír a las gentes que lo saludaban al despedirse. Se marchó por el caminillo, a la zaga de todos.

Nos quedamos solos con la madre superiora, quien desde los primeros momentos identificó a mi tío y mal disimulaba su sorpresa. Nos codujo, después de mi presentación, a su pieza de recibir, que era aquella única donde se veía una mortecina claridad. Alguien apagaba las velas de la capilla, y la casa, a poco, parecía desierta. Mi tío se fue directo a su asunto:

—Vengo —dijo a la monja—, a recoger un anillo que mi ahijada dejó en su poder cuando se clausuró el colegio. Le ruego disculpar a Abigaíl, que no pudo venir personalmente...

La madre superiora nos había ofrecido asiento en un canapé de madera y nos escuchaba desde su silla de tule ordinario. En la pieza había un ropero negro, algunas sillas, un lavabo de peltre, una alfombrilla de ixtle sobre el pavimento de duela ancha. En el testero, una lamparilla de aceite, colocada al pie de una imagen de San Sebastián, alumbraba apenas. Al parpadeo de la flama, la cara del mártir parecía revivir y su busto parecía contorsionarse, con la jara clavada en el pectoral, de cuya herida abierta manaba una gota gruesa de sangre por entre los dedos crispados de sus manos.

La madre vestía de negro, tocada la cabeza, cayéndole sobre los hombros y hasta la cintura los picos de sombra de un chal. Sobre el pecho plano llevaba su insignia, en un redondel de seda blanca, en que se destacaba un corazón de púrpura, llameante en hilos de oro que cubrían el pie de una cruz. No era mujer joven: blanca, con la palidez mate de la falta de sol. Su espalda

amplia, su cintura breve, sus pies bastos y sus miembros huesudos, casi afilados, le daban un aspecto de rudeza varonil. La boca era una línea larga, que se alzaba ligeramente por el lado izquierdo, y sólo sus ojos, tenazmente bajos, eran lo más bello y femenino de aquella devota, semimaestra y semimonja.

—¡Ah, sí! —exclamó.

Refirió luego parcamente el episodio del cierre del colegio y la dispersión de todos, tal como nos lo había contado Abigaíl, excusándose a lo último, por haber retenido la sortija de la joven, de quien hizo referencias en extremo cariñosas.

Y con la mayor sencillez se quitó de la mano izquierda un anillo que entregó a mi tío. Éste lo recogió con verdadera avidez y se puso a examinarlo a la débil luz de la pieza, mientras la monja alzaba ligeramente su labio enigmático.

Mi tío buscaba en el interior de la sortija, y luego, me la pasó a mí, que a su vez busqué por dentro del aro de oro la cruz y las letras chinas. Ahí estaban, y al devolverla con la creencia en la autenticidad, mi tío se la guardó en la bolsa del chaleco. Entonces cambió la entonación de su voz, para hacerla más severa, al dirigirse a la monja.

—Usted —le dijo—, sabe que esta sortija, propiedad de Abigaíl, estuvo en el dedo de una joven asesinada hace pocas noches en la calle Luis Moya y no le extrañará mi necesidad de obtener explicaciones, en protección de mi ahijada, a quien le había entregado su cuidado y educación.

La monja no levantó los párpados y la línea de sus labios se volvió más recta y más tenue. Mi tío concretó su interrogatorio:

—¿Esta sortija volvió a poder de usted antes o después del asesinato de Rosa Pinzón?

—Antes —dijo la monja, como en un soplo.

Mi tío pareció tranquilizarse un poco con aquel dato.

—¿Se la entregó ella misma? —volvió a preguntar.

—Sí —dijo la voz casi imperceptiblemente.

—Pero en la ciudad hay otras personas que conocen el anillo y que saben el empleo que le dio usted. ¿Cierto?

—Otra persona —repuso la madre, agitándose en su silla.

Entonces mi tío se detuvo, para calcular sus interrogatorios, como un juez de investigaciones.

—¿A Rosa le robaron documentos o dinero?

La monja, que tardaba en contestar, devorada por nuestras miradas, dijo al fin:

—Dinero...

—¿Cuánto? —exigió prontamente la voz seca de mi tío.

—Veinticinco mil pesos —le oímos apenas a la estatua negra que teníamos enfrente.

—¿Sabe usted quién fue el asesino?

—Sí —repuso ella, llenándonos de sorpresa.

—¿Sí? ¿Y no lo ha denunciado todavía?

La madre, que apenas nos había mirado, abrió los ojos para advertir a mi tío, en una mirada fugaz:

—Habría sido comprometedor para Abigaíl y para usted... Pero los criminales han sido juzgados.

—¿Los criminales...?

—Sí, porque fueron dos —dijo, bajando aún más el tono de voz.

—¿Y han sido juzgados ya? ¿Por quién? —inquirió mi tío.

—¡Por Dios! —repuso sencillamente la mujer.

En aquel instante se oyó, viniendo por el corredor, el rumor de arrastre que ya conocía del hombre de la penitencia y pasó poco a poco, de rodillas, sobre el enladrillado. Guardamos silencio hasta que franqueó bien la franja de luz y se perdió el rumor de su marcha. Mi tío, que reflexionaba, bajó la mirada a la mesa, puso las manos al vientre, y añadió:

—Dios nos juzgará a todos algún día. Pero yo necesito, ahora, proteger a mi ahijada contra cualquier complicación injusta en este asunto en que se ha abusado de la confianza, tanto de Abigaíl como de la mía, y le ruego que me dé claramente los detalles que me interesan en este enredo inexplicable.

Entonces la monja enlazó sus manos, abatida la frente y con frase lenta y voz queda, se explicó:

—No se ha abusado, señor Fernández. Fue Manuel, el hermano de Abigaíl, quien envió a Rosa en comisión a esta ciudad, ante una conocida. Como no pude presentarla yo misma, por la persecución de la policía, le di la sortija como seña, a indicación del mismo Manuel y por dos ocasiones...

Aquella revelación arrojó mucha luz al asunto que nos pareció de suma gravedad. Y mi tío se dolió del serio peligro en que se ponía a Abigaíl, desde luego, en el caso de que la policía descubriera aquellos manejos, al proseguir la investigación del drama de la calle Luis Moya.

La monja contestó indirectamente, al seguir su relato:

—Los que intervinieron en ese crimen fueron dos hombres. Uno de ellos, desdichado a quien tentó la codicia, sorprendió el domicilio de Rosa e informó al asesino, que vino desde Jalisco en persecución de la enviada y conocido de ella. El primero ha sido tocado por la gracia de Dios y ha confesado su participación y, en cuanto al otro, vuelto a la provincia e internado en los campamentos, ha sido juzgado por traición y condenado a muerte...

La línea de los labios de la monja se había levantado a la izquierda y me pareció que entre las cejas negras, le apareció de repente el relámpago de una arruga onda.

Nosotros quedamos desconcertados un momento, y mi tío, a quien sobre todo preocupaba la tranquilidad de su ahijada, preguntó:

—¿De modo que Abigaíl y nosotros, podemos estar tranquilos por ese lado? ¿Ha visto usted en el diario de la noche la revelación de la sortija y la denuncia del asesinato como un hecho político de una conjura?

—Ningún peligro, a mi juicio —dijo la madre—. Y en cuanto al anónimo del periódico, lo he enviado yo misma...

Nuestra sorpresa subió de punto y la monja, impasible, bajó los ojos impenetrables, cruzadas las manos hacia la manga del hábito, prosiguió:

—Lo hice para avisar a algunas personas, a quienes interesa guardar precauciones y para desviar la atención de la policía. La policía nunca cree en la verdad que se le pone ante sus ojos, al alcance de la mano.

La madre, en aquel instante, me pareció un siniestro personaje de intriga, de astucia, de fanatismo y crimen, como en las viejas leyendas.

Concluyó tranquilamente:

—Por lo demás, esta sortija, de la cual no hay semejante en México, queda en las manos de usted, tan segura como lo estaba entre las mías; y usted, señor Fernández, estoy cierta de que no ha de ir a contar a nadie las revelaciones que ahora sabe, por haberse interesado en indagarlas...

Fue ello como una estocada que dio en el blanco, pues mi tío se levantó con viveza de su asiento.

—No contaré nada, puede usted estar cierta de ello. Pero deseo advertirle que toda relación entre mi casa y usted queda terminada desde ahora. Yo le entregué a mi ahijada para su educación en un ambiente cristiano y no para complicarla en conspiraciones y delitos. Le prohíbo toda relación con Abigaíl. Adiós.

La mujer, de pie, bajos los ojos indescifrables, guardó silencio al extender la mano. La lamparilla del mártir de la pared, dándole luz al perfil, pareció agitarle la faz blanca, mate, como de muerta.

Nosotros salimos rápidamente.

Como por instinto huimos de aquel lugar antipático hacia el centro de la barriada, casi sin hablarnos. Al llegar a una parada de los tranvías, nos metimos en uno que bajaba lleno de gente.

Dominaba en mis fuertes impresiones de la entrevista con la religiosa un

amargo sentimiento por haber encontrado el nombre de Manuel, el hermano de Abigail, mezclado en la revuelta religiosa, como auxiliar, por lo menos, de las huestes rebeldes de Jalisco. Por lo poco que yo sabía hasta entonces, Manuel cultivaba una finca mediana y traficaba con partidas de ganado desde la tierra caliente hasta el mercado de Guadalajara. Y me entregaba a conjeturas diversas, presionado en mi asiento por un señor que leía, puestos los lentes, un diario de la noche.

Manuel, mozo de más de veinte años, se habría visto constreñido a servir a los insurrectos a fin de obtener la benevolencia para sus necesarias actividades. O sería un fanático de tantos, como los campesinos del rumbo, rudo, sensibles a las sugerencias religiosas como única forma de espiritualidad en su medio agreste y solitario, carentes de otras formas de cultura superior. Será él, entonces, uno de los muchos intermediarios de que se decía que transportaban mensajes, dinero y armas, quien ayudado en sus viajes periódicos por las organizaciones secretas de Guadalajara, habría acabado por complicar a Rosa, tal vez su novia, solidaria de su secreto, abnegada e ingenua muchacha que así prodigaba las pruebas de un alto sentimiento de amor.

Esto me desazonaba seriamente. «Por ventura —me decía en mi interior—, cualquier peligro inmediato estaba eliminado.» La astuta madre superiora, al denunciar con su anónimo el crimen de la calle Luis Moya, como un dato de la revuelta misma, habría logrado imponer prudencia a todos: a la familia de Rosa, a Manuel, a los cómplices de la metrópoli. Precauciones y silencio.

En esta línea de ideas me vino luego el pensamiento sobre los asesinos de Rosa. Uno de ellos, calificado como traidor, había sido ejecutado en los campos rebeldes, según decía la monja. Y el otro, el «tocado de la gracia de Dios», arrepentido, denunciador de sí mismo y de su cómplice, había sido perdonado por los ministros de la religión. ¡Lejanos y alucinantes extremos de un mismo suceso! Como un relámpago cruzó mi mente la sospecha de

que yo mismo había tenido a mi vista a uno de los dos protagonistas, en la sombra ominosa de aquel penitente, que arrastraba por la casa de la monja aquella cruz pavorosa, arrepentido... El otro, vuelto a Guadalajara en la seguridad del misterio que rodeó su crimen, habría sido perseguido en cacería terrible por la ciudad provinciana, secuestrado tal vez, como había ejemplos por aquellos días, y llevado a las zonas rebeldes, a las goteras mismas de la capital, en muchas ocasiones.

Mientras bajábamos por la Ribera de San Cosme me preguntaba confundido: ¿de manera que un hombre, delincuente calificado, puede llegar a alcanzar la tranquilidad de su espíritu con sólo confesarse a un sacerdote, prometer la enmienda y cumplir una penitencia determinada?, ¿y los códigos?, ¿y la vindicta social?, ¿y la ejemplaridad?, ¿puede una sociedad religiosa, cualquiera que sea, erigir sus tribunales frente a los judiciales del país y adjudicarse los delitos para manejarlos como actos de conciencia y fallarlos como transgresiones únicamente a la ley de Dios? ¿Qué es, por lo tanto, «la gracia de Dios»? Cuando nos apeamos en la esquina de nuestra calle, cambiamos breves apreciaciones de la aventura de aquella noche y externé algunas de las reflexiones que me embargaban en aquel punto acerca del penitente de la casa de la monja.

—Fantasías —me dijo mi tío—, esas prácticas de penitencia son habituales en tiempos de Cuaresma, como ahora.

Pero en la puerta, cuando aguardábamos a que nos abriera Elena, que apareció entre las maderas, medrosa y queriendo reconocernos previamente, mi tío me dijo:

—¡Quién sabe! Eso de la «gracia de Dios» es una fórmula consagrada de la mística católica. Se atribuye al Espíritu Santo y se interpreta, por lo general, como un impulso interior hacia el perfeccionamiento propio. A veces descende como un rayo sobre un predestinado y, a veces, fluye lentamente como de un manantial del corazón. Sólo un pecado no se perdona, dice San

Pablo, y es la resistencia al Espíritu Santo; es decir, la meditada rebelión contra el llamado de Dios.

Ya por dentro, subiendo la escalinata del recibidor, mi tío agregó, con tono más ligero:

—Pero los analistas modernos del alma te dirán que todo ello solamente son grados de histerismo, insanias latentes, explosiones repentinas o calorías tranquilas de una carga ancestral, llegada a su tiempo a través del aluvión de la herencia...

Y todavía, cuando se quitaba el sombrero, el filósofo que mi tío llevaba dentro murmuró un comentario final:

—Lo cierto es que hoy, hemos visto el raro caso de una monja, mística profesional, metida en verdaderos delitos, y el caso de un gran pecador, tal vez criminal, marchando por el camino de la mortificación corporal, que es, para las gentes plebeyas, rudas, un medio de la perfección del alma. Ambos sujetos se creen bajo la acción de la «Gracia de Dios». Y es eso que la historia se halla en el cruce de dos sendas terribles: la que conduce al cielo y la que lleva al infierno y créeme: en aquel cruzamiento, como bajo el árbol central de la vida toda, se acumula lo que de más activo y sugerente tiene la humanidad: los héroes, los artistas, los bandidos y los santos... porque no cabe duda que el hombre fue hecho del limo de la tierra.

En cuanto estuvimos en la biblioteca, mi tío fue al teléfono para comunicarse con su notario, el abogado González, y con Abigaíl, a quien dio cita para el cine en la esquina de la Alameda. Mientras Timoteo la conducía desde la calle Durango, nos pusimos a examinar la sortija recuperada.

Nos la pasábamos el uno al otro. Mi tío se buscó una lupa, para apreciar todos los detalles, que registramos con cuidado. Era realmente una joya singular. Para mi tío no se trataba de una serpiente, sino de una estilización del dragón oriental, y lo burdo del trabajo comprobaba una antigüedad respetable. A mi vez, creí descubrir restos de un esmalte azul, por todo lo escamado

del aro, y ambos estuvimos de acuerdo en que la alhaja fue objeto de reparaciones en la montura del zafiro, el cual, primitivamente, debió de haber estado en la boca misma del pequeño monstruo. Ese zafiro era una piedra hermosísima. Aún a la luz de las lámparas, tan poco favorables para la noble piedra que afrontaba la realidad del día, conservaba su alma entera, su vida mansa, penetrada de una transparencia de cielo profundo. Por el interior estaba el misterio. Grabado en un hueco, se mantenía todavía clara una cruz latina, sobre la barra del hacha de las dos primeras capitulares con que la Iglesia católica abría el signo de CHRISTO. Y a cada lado había letras chinas o japonesas, como pequeñas cumbres de rayas, como enjaulados de casitas, como esquemas de carabelas minúsculas.

—Algún día he de preguntar a un oriental lo que dice aquí —dijo mi tío después de algunas opiniones que ambos juzgamos arbitrarias—. De lo que hoy estoy seguro es de la leyenda que nos relató Abigaíl. Yo mismo la he oído por los pueblos de la costa. Muchos dicen haber visto esa peana de oro y se cuenta que los más audaces bandidos de las revoluciones no se han atrevido a tocar aquella ofrenda de los náufragos. En cuanto a la familia de Abigaíl, es de antiquísima ascendencia por aquellos rumbos. Recuerda que fue el de Valle de Banderas, proveniente de Santiago de Compostela, el primer núcleo de colonización sería después de la conquista de México y Michoacán. Nuño de Guzmán y Alvarado, aunque fracasaron en sus planes de competencia con Cortés, atrajeron hacia allá y por allá se quedó, a un grupo de españoles que no desapareció, sino que siguió desarrollándose con la inmigración, porque aquellos lugres fueron la base estratégica militar y religiosa de la conquista de todas las provincias ricas del noroeste, hasta las Californias. De aquellas familias, que por lo regular se han mantenido estrictamente puras de sangre, descende Abigaíl, y por ello notarás la limpieza de su tipo, sólo adaptado al medio del trópico con esa viveza de fantasía y ese donaire en el movimiento que dan a los blancos la exuberante tierra caliente y la pequeña gota de ma-

laria que nunca falta. Ramírez —concluyó mi tío—, descende de antiguos propietarios con alternativas de fortuna, y es, sin duda, directo sucesor de ese Teodomiro Ordaz que pagó a la pareja de peregrinos diez onzas de oro por esta sortija.

Volvimos a examinar la misteriosa joya, y como afuera, en el recibidor, en el reloj sonaron las nueve, mi tío recordó su cita con Abigaíl y se dispuso a salir. Antes, tomó entre sus dedos el anillo, como si fuera una alimaña peligrosa, y me dijo:

—Más importante que descifrar estas letras, sería conocer a la dama de México que entregó veinticinco mil pesos a la sola presentación de este anillo —dijo mientras fue detrás de su escritorio a abrir en el muro su caja de caudales, que se disimulaba por detrás de un óleo de mi propio tío representado en su juventud.

Salimos.

Mi tío ahora iba satisfecho, creo que un poco orgulloso de sí mismo, después de aquella jornada en que me impresionó su talento, su energía y sus claras ideas sobre las cosas y las gentes. En la esquina de la Lotería, me despedí para entrar en la redacción y mi tío, por saludo, me dijo:

—Vamos a ver a Chaplin. Abigaíl se muere de risa con él. Y guarda silencio de todo, la monja nos tiene enredados, casi de cómplices, en este mal negocio.

En el diario, me enteré que aquella noche había exceso de ilustraciones por algunas actividades deportivas, y por razones del ajuste, me dejaban solamente un cuarto de columna para mi sección. Esto me pareció de perlas.

Y como el secretario ya estaba en su rincón, me llevó hacia él un deseo irrefrenable de comentar la información que había dado Villafaña en su diario de aquella tarde. El secretario, como era su modo, me recibió con un gruñido afable, sin levantar la vista de su cuartilla, a la cual ponía un cuidadoso encabezado con su lapicero de plata.

—Esta información de Villafaña —le dije en síntesis de las pocas palabras que me permitió decirle—, me parece una fantasía policiaca. En la inspección no creen en tantas conspiraciones...

Él levantó los ojos con viveza para decirme:

—No se embrolle. En el periodismo, lo novelesco con un poco de verdad ya es la noticia, la buena noticia. Registren bien eso de los complots...

Y se fue a su maquineta sin oírme más, sin esperanza de que me oyera más, aunque le dispararan a su oído los cinco tiros de un revólver.

Pronto llené mi cuarto de columna, con algunas banalidades de lo ocurrido en las demarcaciones y, al final, fumando el cigarrillo de descanso, di vuelta en mi imaginación a todos los sucesos de aquel día, que hubieran bastado para las páginas enteras y para hacer la reputación de un reportero. «Todo quedará en silencio —pensaba— y, acerca de los complots, es preciso ver a Villafaña...»

IV

Aquella tarde de mayo, mi tío, que no pudo acompañarnos, nos recomendó prolongar el paseo porque nos reservaba una sorpresa.

—Vamos por la ciudad —me pidió Abigail—, en el campo ha de haber corrientes de aire.

Registró en las bolsas del coche para buscar sus indefectibles lápices y su block de dibujo y se vino junto a mí, al lado del volante.

Rodeé el auto por Madero y nos dimos a visitar los sitios de nuestros paseos habituales. En la Plaza España hicimos un alto. El jardín estaba invadido por parejas de enamorados: en los bancos, donde conversaban dándose frente, casi pegadas las cabezas; en los caminillos, por los que iban lentos, adosados los hombros, y bajo los umbrosos arbustos, donde los traicionaba la sonrisa, aleteándoles el beso entre los labios.

Abigaíl me pidió salir de ahí.

En el jardín de San Martín, bajo la pérgola roja, hallamos en nuestro banco preferido a un matrimonio joven y la señora, hermosa de sana, esperaba un advenimiento. Un reguero de chicos, a quienes apuntaba la temprana pubertad, se perseguían por todos lados, enrojecidos y jadeantes.

Abigaíl me invitó a proseguir nuestro camino.

En el bosque de Chapultepec, en la fuente de Don Quijote, tampoco hallamos nuestro sitio libre. Un par de novios leía un libro, ella rodeada por el macilento brazo del estudiante. Ni advirtieron nuestra presencia.

Abigaíl me tiró de la manga.

—¡Llévame lejos! —me pidió, suplicando.

Dimos una carrera hacia Las Lomas, en silencio, removiéndose ella a mi lado, tocada en los nervios por la vigorosa primavera en crisis aquella tarde, con el morir de la luz y con la tragedia de la polvareda de Texcoco, como amenazadora tormenta de sangre.

Fuimos a parar a un lindero extremo frente al arroyo, en cuyas laderas descansaban sosegadamente unas familias.

Abigaíl buscó sus lápices y su papel, y desde un refugio contra el viento, se afanaba por hallar objetivos para sus trazos. La sedujo, primero, el pico de un tejado en proyección con una masa verde, más lejana, y un muro que enyesaban unos albañiles. Hacía apuntes rápidos, seguros, repentinos, mirando al campo y atenta a la plática.

Había heredado aquella manía de trabajo de la hermana Elvira, su maestra de dibujo, quien enseñaba a las muchachas del colegio la perspectiva en toda ocasión y en todas partes. En nuestras giras en auto, Abigaíl me obligaba a detenerme de pronto para admirar una curva de la carretera para llevarse en su cuaderno el dolido caer de un tronco viejo sobre un precipicio, para hacer extraños cálculos de dimensión y distancia ante un jacal gris, flanqueado de ahuejotes estirados sobre un plantío escarlata de amapolas. En una mara-

ña, para ella clara, se llevaba de aquí y de allá alguna impresión de arte, una frase hecha de la naturaleza, según le había enseñado la maestra.

La hermana Elvira había regresado a España al clausurarse el colegio en Tacubaya. Era propiamente una maestra de escuela, que antes había estado entre las monjas de Santo Domingo de la Anunciata, sin llegar a formalizar voto alguno. De ella me hablaba Abigaíl como de una mujer hermosa, callada, trabajadora, de más de 35 años, y yo, para embellecerla más, en mi simpatía, le acomodaba alguna tragedia del corazón, que encuadraba en los rasgos que me contó de la vida y del alma de la hermana. Por sus consejos, Abigaíl dio de mano ciertas inclinaciones monjiles que le habían brotado entre los quince y los dieciséis años. Y por el pincel admirable de la hermana, Abigaíl se había convertido en la Virgen del Amor Hermoso, una pintura de María bajo tal advocación, que la artista hizo para un pueblo remoto y en la cual se fueron las manos, las facciones todas de Abigaíl, que sirvió de modelo, exceptuando, sin embargo, los labios, porque la artista los juzgó demasiado humanos, por no decir sensuales. En otros cuadros fueron también otras muchachas, como María Luisa, la preferida de la maestra, quien sirvió de modelo para un San Miguel Arcángel. El dinero, medio paga, medio limosna, se iba calladito a España, a la mamá viejecita, quizás al niño huérfano...

—¿Qué sabes de ella? —le pregunté aquella tarde, al recordarla.

—Vive en los alrededores de Madrid, y se acuerda mucho de México y de nosotras. Le ha escrito a María Luisa.

—Dime —la interrogué—, ¿dizque al tomar el velo pensabas llamarte sor María de la Crucifixión? Mi tío me contó eso. ¿Por qué de la crucifixión?

—Todo eso pasó ya —me dijo pronto, enrojeciendo, replegándose a su trabajo—. Mi padrino me puso de media interna y se me quitó la idea muy pronto.

—¿Del todo?

—Absolutamente —afirmó sonriendo y mirándome a los ojos.

Cuando después, alejándonos del carro, tomamos por las calles solas, flanqueadas de palacetes, íbamos los dos silenciosos. Nos dañaba el espíritu aquel cielo manchado de falso cobre que parecía purulento, con un crepúsculo a desgarrones de nubes lejanas, por entre los cuales el cielo caía en trapos sucios, tendidos sobre abismos, a la luz de un sol cobarde, como enfermo, sobre la raya negra de los montes.

Creo que por ello nos sentíamos místicos, buscando íntimos rescoldos de los recuerdos de familia. Caminando lentamente le contaba mi niñez, y me detenía no sé por qué, en la confidencia de mis sentimientos religiosos, que nunca fueron muy fervientes.

Mi madre y yo vivimos en una aldea lejana y a mi padre, por historias de familia, no le veíamos frecuentemente. Nos asistían parientes y criados. En el pueblecillo dominaban los indios que veneraban, en la época de las lluvias, a la Virgen de Amilpa, diminuto iconillo que iba de casa en casa por turnos de semanas, recibiendo cultos directos, sin sacerdotes ni ceremonias. Era la patrona de las buenas cosechas y se recibía a la entrada de los villitorios, con cañas de milpa adornadas con rosas... Así recorría la comarca, como una diosa pagana, del hombro de un indio al hombro de otro, dentro de un nicho pequeño cubierto con rejilla de alambre y un paño encarnado.

Mi madre, una madrugada, me despertó y me vistió de prisa. Me tomó de la mano y me llevó por callejas solitarias, lejos, bajo la luna que palidecía, hasta una casa de zacate con jardín que olía intensamente a algo que no puedo comparar con ningún otro aroma. En la sala, regada de pino y laurel, había gente arrodillada. Las velas se agotaban sobre candeleros de barro, y la imagen del tamaño de dos gemas brillaba en lo alto como un juguete. Mi madre me puso de rodillas a su lado y se hundió en un largo silencio. Murió a poco y la recuerdo siempre en su muda oración de aquella madrugada. Ahora conozco las penas que tuvo y adivino lo que pidió, en su desamparo, a la santa de los indios...

Volvimos a lo alto de Las Lomas, poco a poco, más íntimamente unidos. Todo el valle, al encenderse las luces de la ciudad, floreció en fuego, y el cielo violáceo se volvía oscuro. Con las luces creció el aroma campestre, que dominó la noche.

También Abigaíl guardaba recuerdos de la vida sencilla de la aldea, pero también a ella su infancia le había dejado una tez de amargura. Surgía entre los dos, frente a los dos, el destino misterioso y del secreto de nuestro espíritu ascendía un impulso que nos estrechaba en sentimientos de mutua ternura.

Al lado del coche, aún nos conteníamos, paladeando ese raro placer de la queja cuando ha de ser oída.

De pronto, impensada, me subió del fondo de mi alma la pregunta:

—¿Y tú me quieres, Abigaíl?

—¡Mucho! —me dijo acercándose a mí.

—¿Para toda la vida?

—¡Para toda la vida! —me respondió, con sus ojos en los míos.

Entonces, mi brazo rodeó su cintura y mis labios cayeron en los suyos que se abrieron al primer beso, como flor nueva y primera de su juventud.

Bajamos de Las Lomas curados de toda melancolía, en charla feliz, ya dentro del ritmo de la primavera que nos rodeaba esplendorosa.

Se acordó de la recomendación de su padrino y quiso visitar a Anita, otra amiga del colegio, y fui a hacer una larga parada frente a una casa del barrio de Juárez. Aún calculamos una vuelta por Madero, donde nuestro carro entró como en una caja de luces, y regresamos al Eliseo, haciéndonos la reiterada pregunta, «¿qué será la sorpresa de hoy?»

Entré en la biblioteca y ella remontó la escalera y a poco cuando yo me ensimismaba en mi felicidad, la oí llamarme desde la puerta del salón:

—¡Chist, Chucho... Ven!

Me fui hacia allá y caí entre los brazos de mi abuelo Jesús, que había llegado de Guadalajara, deteniéndose en Querétaro por sus negocios. Mi tío

agitaba en el aire, victoriosamente, una carta de Ramírez, la esperada carta de su antiguo administrador, por la que le confiaba los destinos todos de Abigaíl, como si fuera el mismo padre de ella.

En el comedor, los dos sexagenarios prolongaron la sobremesa con recuerdos de días remotos y planes para el futuro, en los cuales entrábamos principalmente Abigaíl y yo. Mi tío se proponía abrir de nuevo los salones de su casa. Recibir, hacer vida social. Su existencia vacía quería llenarla al menos de banalidades, como los otros, y para que nosotros fuéramos el centro de sus relaciones mundanas.

—Me envejece más la soledad —le decía a mi abuelo—, que estos muchachos nos alegren los últimos años y nos sostengan con la esperanza de ver sobrinos y biznietos.

Y se reía como un muchacho, sonoramente, iluminándosele la cara marchita.

En la calle, camino a la redacción, iba riéndome solo y frente a mi máquina, todavía en los labios, me percutían mis nervios, sonriéndome sin darme cuenta por qué.

En nuestras conversaciones de los días siguientes, en la biblioteca o en el jardín, mi abuelo Jesús fue informado con amplitud de los hechos en que, sin quererlo ni pensarlo, nos sentíamos envueltos. Hicimos diversas conjeturas tratando de localizar el centro secreto de donde suponíamos radiaba una acción revolucionaria contra el gobierno y a favor de los alzados en armas en Jalisco.

Se opinó hacia todas direcciones, partiendo del asesinato de Rosa Pinzón como hilo conductor de nuestras investigaciones. Y creo que siempre todos nos sentíamos bajo una angustia vaga y persistente, como si algún peligro nos amenazara por el solo motivo de la sortija, que parecía un dato esencial en el sumario de un crimen cometido y un elemento concurrente en una oculta conspiración contra el gobierno y aun en la guerra civil misma.

La joya fue sacada de su escondite y examinada repetidas veces, y como al fin pudo más mi curiosidad que las precauciones aconsejadas por los dos, un día propuse tratar de leer aquellos caracteres extraños que llenaban el anillo su interior, de uno y otro lado del conocido anagrama simbólico de Cristo. Me propuse llevar sencillamente la joya a una sedería que entonces estaba en la calle Madero, de japoneses o de chinos, en donde solía comprar sus guantes Abigaíl. Y así, como en una pregunta inocente, pedir la traducción de aquel renglón misterioso del anillo. Mi abuelo Jesús que deseaba regalar un parasol a Abigaíl, se ofreció a acompañarme.

Como a las cinco paseábamos lentamente por Madero. Mi abuelo era un hombre recio, pesado de cuerpo, que se sentía torpe entre tanta gente, por el reumatismo y los años.

Entramos en la tienda, que era diminuta, coloreada por todos lados con biombos, jarrones, lámparas raras, sedas, marfiles. Al fondo estaba un señor bajito, inmóvil, cruzado de brazos, tocado con un casquete de seda negra y vestido con una especie de batín mañanero también negro, que le llegaba hasta la cintura. El otro era un dependiente que vestía a la moda y era ágil, pequeñito también, de anteojos, todo sonrisas e inclinaciones, y hablaba español correctamente.

Cuando fue pagada nuestra cuenta, le mostré el anillo y le rogué que me descifrara el letrero del interior, se puso muy serio, dándole vueltas a la joya entre sus dedos, observándonos con fugaces destellos de sus ojitos oblicuos, que parecían llenarse de la astucia precavida de los orientales. Hasta me pareció que en rápido giro buscó la mirada del hombre del fondo, como para llamarle la atención, como para pedirle la venia de servir a los extranjeros en distinto asunto que el comercio de sedas. El patrón, o lo que fuera, permanecía impassible, cruzado de brazos, semicerrados los ojos gatunos.

Por fin, nos leyó:

Le hice repetirlo y, para no olvidarlo, lo escribimos, ayudándome él, en la factura misma de la cuenta del parasol. Cuando menos lo advertimos, el patrón mismo de la tienda, callado como una sombra, se había acercado y ya tenía en sus manos nuestra joya, examinándola con mal disimulada atención. Como no hablaba castellano, cambió con su dependiente algunas frases rápidas y ríspidas, como si ambos se tirotearan de nariz a nariz, con pedruscos invisibles.

El dependiente me preguntó:

—¿Dónde adquirió la joya?

Desconfiado pero deseoso a la vez de indagar más, le respondí engañándole:

—En un viaje al Oriente. Pagué mil pesos a un anticuario.

De nuevo, los dos nipones se pusieron a hablar en japonés, y el jefe, por medio de su dependiente, me ofreció en una sola frase y sin vacilaciones, 1 500 pesos por el anillo.

Mi abuelo Jesús me lanzó una mirada de advertencia, y yo respondí casi de inmediato:

—De ninguna manera. La he regalado a una persona.

Unas señoras entraron en la tienda y la escena se modificó totalmente. El patrón se fue al fondo de su tienda, detrás de su mostrador minúsculo, y el dependiente se deshacía en sonrisas y caravanas para los nuevos clientes. Nosotros salimos.

Después de una ligera merienda en Los Azulejos, palacio que deseaba mostrar a mi abuelo convertido en fonda de extranjeros, volvimos a casa, impacientes por contar a mi tío de traducción del sendero japonés.

Abigaíl hacía sus ejercicios de piano en el salón y nosotros nos reunimos en la biblioteca. En cuanto le contamos a mi tío lo ocurrido en la tienda de

Madero y cuando él mismo releyó la traducción en el ángulo de la factura del parasol, dijo, tratando de recordar:

—Masuda Takizada...1650. Hara. Mártir de Hara... Creo recordar algo de esto.

Se fue a un estante y bajó *La historia de Japón*, de Fokuda, y como erudito que fue siempre mi tío, pronto se orientó por el índice hacia dos o tres capítulos, que se puso a leernos y explicarnos.

Nos trasladó al remoto país del Sol Naciente, al año 1542 cuando lo descubrieron los portugueses y al de 1549 cuando los jesuitas, a su vez, iniciaron la evangelización, siguiendo los pasos de los comerciantes lusitanos. El navarro Francisco Javier, compañero fundador de Ignacio de Loyola, ponía por vez primera a la Compañía de Jesús en actividades formales en tierras distantes, nueve años después de haber sido autorizada la institución por el papa Paulo III.

El apóstol Francisco Javier, con el buen instinto del proselitista de tipo nuevo que había de caracterizar después a los jesuitas, inició sus actividades en los grandes centros de población, en los emporios de riquezas, en las ciudades meridionales de Osaka, Nagasaki y Sakai, más grandes que las más grandes ciudades europeas de su tiempo. Y tuvo éxitos enormes, sorprendentes, que parecieron milagrosos.

El país se encontraba en el periodo crítico de su formación política, en el eje divisorio de su edad media y de la edad nueva. Dividido durante siglos en principados feudales, éstos luchaban encarnizadamente unos con otros, con sus ejércitos, disputándose territorio, poder político, riquezas e influencias. Mal disciplinados al trono, en donde el emperador, como figura decorativa, lograba sostenerse gracias a un equilibrio precario entre los combatientes y a una tradición casi extinta de divinidad que formaba parte de la religión popular, oprimida, a su vez, por el budismo, la religión de los chinos, que fue impuesta en Japón, junto con el lenguaje, desde el año 700 de nuestra era.

El clero budista, de origen, inspiración filosófica y métodos de enseñanza chinos, entraba en lucha con energía en favor de unos o de otros de los príncipes. Sus conventos eran a la vez fortalezas, sus apóstoles eran guerreros a veces, y su influencia oficial y social caía como una ayuda celestial o como un castigo divino, según se tratara de amigos o de enemigos. También recibía algunos golpes: conventos saqueados, sacerdotes degollados, riquezas confiscadas. Como en toda guerra, el sintoísmo, religión enemiga del budismo de los chinos, favorecía a ciertos príncipes del sur, poco poderosos al principio pero más fuertes cada día, a medida que crecía el comercio nacional con el extranjero europeo.

Mi tío, metiendo sus dedos flacos por entre las hojas del libro, leyendo aquí y allá, parecía sacar de entre el papel el rumor de las guerras de los japoneses feudales, unos contra otros, con leyes del honor como en Europa, con caballeros a su servicio, los samuráis, con privilegios, con aventuras, seguramente con sus Quijotes y sus Sanchos Panzas, a la manera propia, que quedarían perdidos para nosotros por el aislamiento de dos siglos y medio en que se encerró la hoy robusta nación.

Llegó el tiempo en que el feudalismo había de ceder el puesto al estado unificado, lo mismo que en Europa. El paso de una etapa a la otra fue en Japón relativamente breve, pero dramática. Tres grandes señores de horca y cuchillo limpiaron la atmósfera caótica de la nación y echaron los cimientos del estado moderno: Nobunaga, Hideyoshi y Tokugawa. Grandes caciques de las regiones, dueños en conjunto de la tercera parte del territorio nacional, con pueblos y ejércitos propios y con tributos y cobros a voluntad en sus vastos dominios. Llamados «seigunes», o comandantes de las tropas del emperador, en realidad mandaban sus propias tropas que eran superiores a las imperiales, y llegaron a suplantarse por medio de una recia dictadura militar, al poder divino del mikado, que fue una sombra enclaustrada en las ochenta cámaras de su palacio de Kioto, durante 250 años.

Aquella hegemonía costó mucha sangre. Fue durante esa lucha de castillo feudal contra castillo feudal cuando llegó a Japón el catolicismo del padre Francisco Javier. El budismo se amparó en algunos de los príncipes y otros, por táctica de guerra o por convicción, alzaron el pendón cristiano. Mucha de la nobleza, aliados en bando, se bautizaron y grandes masas de las poblaciones, especialmente del sur, abrazaron el catolicismo. El propio Nobunaga, después dictador militar, favoreció a la nueva religión por odio al budismo, cuyo poderoso clero favorecía a sus enemigos. Osaka y Sakai, focos de riquezas y de vida intelectual, dieron grandes contingentes de cristianos y Nagasaki fue casi en su totalidad una ciudad católica. En las provincias del sur se llegó a contar hasta 150 000 cristianos de los convertidos por los apóstoles de Francisco Javier. De tales éxitos se habló por todo el mundo y se despertaron celos contra los portugueses en Holanda e Inglaterra, que habían de ser, luego, los competidores en Japón, así como España que dominó el puesto de Portugal cuarenta años más tarde.

Pero la ocasional coalición de católicos y sintoístas contra el budismo político duró solamente unas décadas. Consumada la victoria de los príncipes más fuertes y sometidos a la disciplina los de la pequeña nobleza, el clero budista volvió a adueñarse de la posición dominante, aliándose al nuevo poder, convertido en religión oficial y en auxiliar de los dictadores sobre el hombro del emperador mismo.

Entonces, empezó la represión contra el catolicismo. El mismo Oda Nobunaga abrió la campaña contra el cristianismo en 1610. Ya en 1614 fue prohibida, por decreto del gobierno militar, la religión católica. Fue el periodo de los mártires clásicos, en que le tocó su parte, por cierto, a un mexicano, el jesuita Felipe, ido allá en compañía de otros sacerdotes, en la mala hora del nacionalismo japonés contra religión, idioma, comercio, gente y todo lo de extranjeros. Empezó también la época de las insurrecciones. Los feudales vencidos: los fanáticos sintoístas oprimidos por el clero budista que subía al

poder más insolente que nunca y los católicos puestos fuera de la ley por el dictador, formaron un bloque de intereses concordantes y se alzaron en un movimiento que duró desde 1617 a 1637. Lucha terrible, de vida o muerte para el Estado en formación, que creaba su soberanía eliminando excedencia de su propio seno.

—Es aquí —dijo mi tío—, donde aparece Masuda Takizada, posiblemente el mismo del que habla la sortija de Abigaíl. La más imponente de aquellas sublevaciones ocurrió en la provincia de Simambara, al sur, acaudillada por Takizada, príncipe feudal de la región, enemigo tradicional de la familia del jefe del nuevo gobierno, y sin duda alguna, católico, o afecto a los cristianos.

Takizada se alzó con los nobles, sus aliados, con sus tropas propias y con una masa de católicos del distrito. Encabezó un ejército de 30 000 hombres y, después de dar muerte al gobernador local, se fortificó en el castillo de Hara, en donde resistió un rudo sitio de tres meses. El gobierno central, para rendir al tenaz cabecilla católico, hubo de concentrar 100 000 combatientes sobre la provincia de Simambara y hasta necesitó la ayuda de los holandeses protestantes con sus cañones y sus secretos odios al jesuitismo europeo y a los progresos españoles en el rico Japón. La fortaleza se rindió, tomando el vencedor solamente cien prisioneros, porque el resto de la defensa fue pasado por las armas.

Mi tío cerró cuidadosamente su libro y metió en silencio sus anteojos en la caja de cuero. Luego prosiguió reflexionando:

—Este terrible episodio de la historia japonesa que cierra su edad media ocurrió hacia el año 1635. Y como la sortija de Abigaíl tiene la fecha de 1650, es de suponerse que se trata de una identificación hecha posteriormente sobre la joya, como propiedad que fue del príncipe Takizada, el jefe rebelde de los jesuitas del Japón. Posiblemente ese anillo, después de la muerte de su dueño, pasó a los vencedores como parte del botín y debió ser muy aprecia-

do. Después, pasaría a las familias dominantes, entre ellas a los comerciantes nacionales, que llegaron a ser hombres de fabulosas riquezas y espíritu cultivado en las artes. Sospecho que esta joya andaría luego por China, llevada allá por los comerciantes, únicos que durante aquel periodo de dos siglos podían salir del territorio, y ello con formalidades casi insuperables. De China y no de otra parte, pudo venir a México este anillo, porque Japón se enclaustró de tal manera en sus cuatro mares, que ni los mismos japoneses podían salir de su país, ni había autorización para construir embarcaciones mayores que las de pescadores de reducido cabotaje. Los expulsados o los comerciantes debieron llevar a los católicos de la otra orilla este anillo, que debió tenerse en aquella época como una verdadera reliquia de mártir, tal como lo deja entender la leyenda. Esta misma leyenda es un dato de identificación del tiempo, porque en la historia moderna japonesa Masuda está muy lejos de ser considerado como mártir cristiano. Sólo los católicos restantes en Japón, que vivieron precariamente durante siglos, hasta el grado de que apenas quedan rastros de aquellos primitivos discípulos de Francisco Javier, sólo ellos pudieron estimar esta joya como una prenda religiosa, y a su dueño, como un mártir por la causa universal del hombre cristiano.

Como se ahondaba en sus reflexiones mi tío, dando vueltas por el recinto, me atreví a dar un sesgo a sus pensamientos, preguntándole:

—¿Y cree usted, tío, que la madre superiora conozca estos antecedentes de la sortija? ¿O la otra persona que también la ha tenido en sus manos?

—Me parece indudable —repuso mi tío—. La lectura en estos caracteres es fácil para cualquier chino o japonés medianamente culto, a quien se le hubiere preguntado tal como lo has hecho tú, aún por simple curiosidad. La escritura japonesa empezó a distinguirse de la china desde el siglo octavo, pero esta distinción es poco profunda, pues solamente facilita la expresión cursiva para un occidental, leer en chino antiguo o el japonés de entonces, es más o menos como para nosotros leer en el castellano antiguo del pa-

dre Feijoo. En cuanto al episodio de Masuda Takizada, es tan original y tan destacado en la historia de Japón, que tal nombre, unido al del castillo de Hara, ha bastado para recordar el hecho, aún para mí, poco experto en cosas japonesas, y sólo por la lectura, hace tiempo, de la encarnizada lucha de los católicos japoneses, comparable con la defensa de los judíos contra los romanos en Jerusalén. Los conspiradores que haya en México, sean quienes sean, no estiman esta joya como un anillo original solamente, inconfundible, bueno para servir de señas infalsificables y recoger por medio de enviados, dinero y órdenes. Tiene que haber además un sentido religioso que estimula el fanatismo y que, por tanto, da muy grave seriedad a la organización de conspiradores que debe haber oculta bajo estos signos peligrosos.

Como se hizo una nueva pausa, fue mi abuelo quien entonces preguntó:
—¿Y cómo juzga usted que esta joya pudo llegar a México?

—En eso pensaba —le respondió—. Japón no tuvo tráfico directo con América antes de 1854, ni con otra nación, aún de las vecinas como China y Rusia. Pero los europeos desalojados de Japón seguían sus negocios en China, en las Filipinas, en las Malayas. España, la dominadora de los mares, hacía que sus naos partieran de Manila o de Cantón hacia las costas de México, para subir por Acapulco ricas mercaderías que luego iban en parte hasta España, en vez de tomar la ruta holandesa de la India y África. Una de esas naves periódicas del lejano oriente trajo a bordo a una pareja, dueña de esta joya religiosa. A cambio de ella, Teodomiro Ordaz, ese lejanísimo abuelo de Abigaíl, le entregó diez onzas de oro para contribuir a la fabricación del monumental exvoto a la Virgen de Talpa. Pero, ¿en qué época fue? Eso ya no importa. Las leyendas no tienen fecha. Las gentes, según su cultura, fijan un año u otro cualquiera, pero la narración, en su fondo intencional, vive tan fresca como un episodio de ayer mientras dura la fe que le dio origen.

Mi abuelo Jesús, que conocía mucho la parte oeste del estado de Jalisco, hizo consideraciones acerca de la leyenda de los naufragos y de la peana de la

Virgen de Talpa, leyenda extendida por toda la costa, desde Guerrero hasta California. Según él, aún los indios pieles rojas del lado yanqui hablaban de la Virgen de Talpa y, antiguamente, venían en peregrinación en una de las tres ocasiones del año en que se le hacen fiestas en su santuario.

—Es claro —repuso mi tío Justo—. Si los planes de colonización de Nuño de Guzmán y de Alvarado hubieran tenido éxito, la Virgen de Talpa sería en la actualidad competidora de la Virgen de Guadalupe. Las apariciones de las imágenes en México entraron en el plan de la conquista de un modo especialísimo. Se realizaron casi todas en el siglo xvi, coincidiendo con la época hermosa de la pintura en España. Eran en realidad, presentaciones ingeniosas, o apariciones artísticas ante la raza americana, pero obedecían a un plan general que es posible comprobar ahora. Aparecieron sobre las rutas de comercio, en los puntos de necesaria concentración de gentes por razones de una industria futura o de una labor de aquel tiempo. Fueron las señales de zonas evangélicas, las fronteras entre un dominio espiritual y otro, pero en relación con la obra suprema de estrategia de dominar a tan vasto país con pocos soldados y malas vías de comunicación. Por ejemplo, la Virgen de Talpa —prosiguió mi tío—, concentró en un lugar medio desierto, pero poético y eminentemente sano a mucha gente y fijó residencia de muchos pueblos, alrededor de un centro regional de trabajo y de una fuerte de riqueza minera que, aún ahora, no está ni agotada ni siquiera explorada por completo. Además, todo el milagro especial de la Virgen de Talpa es la salud para todos los miserables de las tierras calientes, a lo largo de las costas del Pacífico, generalmente atacados de malaria benigna. Para tales enfermedades, la sola peregrinación a pie, por entre montañas, hacia el vallecito seco y sano de Talpa, es suficiente medicina y tan efectiva que se toma como milagrosa. Los conquistadores émulos de Cortés veían claro el futuro, y quizá, poco tardó para que se viera la razón de sus cálculos. Con la vista en el comercio de Asia, que en aquel tiempo era la meta de todos los planes, los puertos de Peñas y San Blas

debieron ser el atracadero de las naos de China, y no Acapulco. Desde Peñas y San Blas, ahorrando muchos miles de millas, el comercio con Asia pudo haber atravesado América y salir por Tampico a Europa, distribuyéndose en México, desde Guadalajara y las ciudades del Bajío, que habrían sido en la actualidad el verdadero centro de la riqueza y el típico lugar de la nacionalidad iberoamericana, la cual no existe ahora, dispersos como quedaron los grupos españoles. Pero el futuro —concluyó mi tío Justo— dará la razón, en mucha parte a Alvarado, a Nuño de Guzmán y a la Virgen de Talpa. Una carretera de Puerto de Peñas a Tampico, de diez horas de viaje, puede concurrir a ligar a las dos futuras cabezas de la economía y de la vida de Estados Unidos: San Francisco y Nueva York. Y quizás el mismo comercio asiático, el japonés, el del más grande imperio marítimo que verá el siglo, refluirá por este camino hacia América del Norte. Por ahora —añadió sonriendo—, sólo tenemos este anillo de Abigaíl, maléfico signo de relación entre la guerra de los jesuitas en Simambara y la guerra de los cristeros en México. Porque se trata de la misma cosa: el católico batallador del tiempo de Loyola metió al rebelde contra el Estado, disputando el poder político sin detenerse en los medios.

Ahí, mi abuelo Jesús, católico de buena fe, se manifestó un poco nervioso, y empezó a descruzar su pierna reumática, por lo que mi tío en atención a su huésped y sin duda por su deseo de evitar discusiones de que ambos querían huir, hizo una retirada oportuna.

—En fin —dijo—, lo que nos importa es que no se nos mezcle en esto. Desde mi entrevista con la monja no duermo tranquilo. Hay por lo menos, otra persona que conoce este anillo y de él se ha servido como señas para enviar dinero a los alzados en armas. Y si tales manejos son descubiertos...

Abigaíl entraba en la biblioteca y se cortó la conversación. Llevaba un traje alto de gasa. Sonriendo, llena de felicidad, por todo y por todos, abiertos sus hermosos ojos interrogantes por la severa plática en que nos hallaba entretenidos.

Mi abuelo fue hacia ella para decirle:

—Hablamos de tu sortija. Es una verdadera reliquia. ¿Por qué no la llevas puesta?

—No me viene, abuelito. Además —agregó ruborizándose un poco—, la costumbre de la familia es llevarla solamente una vez, el día del matrimonio.

—Entonces pronto será ello, hija mía —le repuso mi abuelo poniéndole la mano sobre la cabeza, en un ademán que le fue familiar conmigo mientras estuve chico.

Mi tío guardó la joya en el escondite del muro y salimos al salón. Ella y yo nos acercamos al piano y nos entretuvimos en una plática de enamorados, que ni ella ni yo sabríamos decir el tema. Hablaban nuestros corazones, ya tan cercanos, ligados por afecto tan tierno y tan hondo que sentíamos y decíamos igual, el uno para el otro, en el género único de plática que tiene el amor. Pero a veces seguía oyendo al tío y al abuelo en su rincón, con sus consideraciones filosóficas en voz baja, acerca de la guerra religiosa de México. Ya conocía las ideas de los dos.

Mi abuelo era católico ferviente. Hacendado venido a menos por los repartos de tierras de su finca que el gobierno hizo a dos pueblos. Conocedor del trabajo, de los negocios y de las gentes del campo. Honrado a carta cabal. De gran prestigio en Jalisco como hombre de honor y de palabra, sus opiniones sobre la guerra civil del clero y del gobierno eran las del medio ambiente entre la gente de su clases. Para él, las desgracias de México, de hoy y de antes, provienen de los intelectuales hambrientos de todos los tiempos, sintetizados en la clase de los abogados. Antes decía «los licenciados liberales», ahora había aguzado el término, les llamaba «los charlatanes comunistas». Para él, el comunista era un hombre «leído», sin Dios ni ley; ávido de gobernar y de robar en el gobierno, constante hablador, haragán, embaucador inveterado de los trabajadores, «regimentador» sin conciencia de las masas, escritor de

planes revolucionarios, formador de partidos mentirosos en las promesas políticas. En suma, el abogado mexicano... ¡He ahí el enemigo! Llegaron los conquistadores y la tierra se repartió entre indios, militares y frailes. Pero vino el abogado español y metió la discordia entre clero de conventos y clero de parroquias, para quedarse con las tierras de los religiosos.

Para ellos se hizo la independencia. Luego surgió el abogado mestizo, que hizo la Reforma para quedarse con las tierras del clero parroquial y las del abogado español. Finalmente, en la revolución del año diez, apareció el abogado indio, que decretó las leyes agrarias para robarse las tierras de los dos abogados anteriores, llamados reaccionarios, criollos, Caballeros de Colón, etcétera. Todo era cuestión de abogados, entre abogados, para los abogados, mientras hubiera terreno sobrante en el país. La religión nada tenía que ver con ello, sino como pretexto para una rapiña de abogados, que ya duraba cuatro siglos...

En cuanto a mi tío, hombre más culto, más refinado, estimaba la lucha religiosa como una forma sintética pero equivocada de la política nacional y normal de México. Para él, el solo crecimiento de la población era la causa de una necesaria revisión de la propiedad y era el motivo de un relajamiento en la fuerza moral del clero católico, que se rezagaba en el ritmo de los hechos ineludibles. La clase media gobernante, más sensible al viento de la historia, se dejaba llevar por las medidas supremas ante la resistencia y se venía, de este modo, a plantear problemas de economía social, bajo lemas de apelación a sentimientos, que bien podían haber permanecido separados. Y ello, desde tiempo atrás, siguiendo una tradición errónea de batalla.

Cuando Elena vino a anunciarnos la cena, los dos hombres aún seguían opinando, y al llegar a la mesa remataban una idea acerca de la historia mexicana, a la cual alguno de ellos habría apelado. Mi tío parecía un poco excitado y al sentarse, todavía soltó una parrafada contra la historia y los historiadores de México.

—Hay anales, relatos, lo que se quiera —dijo, rotundamente—, pero no tenemos historiadores mexicanos. En la escuela se enseñan los hechos nuestros con el espíritu español, del colonizador. De cuatro siglos no se ha hecho la acumulación de datos y la anunciación de causas de nuestra vida nacional. Somos como un hombre maduro que no recuerda el ayer, ni prevé nada para el mañana. Por culpa de nuestros historiadores, que copian lo que dijo el mejor fraile del año 1500. Y lo que dijo el mejor fraile de entonces, acerca de los indios, por ejemplo, es lo que dice el mejor explorador inglés acerca de los negros de las colonias inglesas de África: que los que no son caníbales, apenas son gentes y que está bien la bandera inglesa sobre las cabezas de aquellas multitudes, compradoras futuras de las mercancías de la metrópoli.

Pero, a poco, se calmó mi tío y dejó la palabra a Abigaíl. La mesa de la casa siempre fue exquisita. De fina mantelería, de cristales soberbios, de cuchillería de plata cincelada. Abigaíl había ordenado flores en el vaso central y la vista se nos alegró a todos frente al pollo, cocinado por Tomasa a la manera tapatía.

Abigaíl hizo el gusto de la plática, delicadamente, como toda una señora. Regó de gracia y tolerancia la hora. Para mi abuelo, contó una donosa entrevista con una tapicera, que parecía reverenciar ciertos colores fúnebres en los divanes.

A las nueve me despedí para irme a la redacción. Pero en la puerta de la calle me detuve un poco para escuchar a Abigaíl, que insinuaba una canción, entreteniéndome la velada de los dos amables viejos. Del prelude, en arabescos giros como lo piden las canciones del Bajío, brotó, como una rosa, la voz apasionada, bajita, de Abigaíl: «Corazón, sueño contigo...»

Una tarde, a principios de junio, me decidí a buscar al compañero Villafaña para intercambiar impresiones acerca del ambiente de terrorismo que se iba haciendo en el país. Las elecciones generales se preparaban en desorden. La guerra civil tocaba extremos odiosos en la agresión y en las represalias. Los decires sobre complotos arreciaban, y el secretario de redacción me preguntaba con frecuencia si había logrado poner en limpio algún dato de aquéllos. Yo mismo, para completar mis personales investigaciones, necesitaba penetrar lo más íntimamente posible en los centros de agitación revolucionaria por otros medios que las informaciones oficiales de la policía.

Y fui a buscar a Villafaña, quien me dispensaba estimación y a quien yo profesaba la simpatía, mezclada con respeto, del periodista nuevo por el de larga experiencia.

Villafaña sería para mí, siempre, el modelo y el ejemplo del escritor diarista típico según los rumbos, las funciones y los recursos de la actual industria del periodismo. De los cerebros jóvenes, vivaces, activos, alertas, que reclaman las modernas prensas para no pararse. Ligerero, ubicuo para entrarse, cargado de material por todas las cajas de radio que viven con la boca abierta, esperando decir algo nuevo a cada instante. Astuto, mañoso para tratar a las personas. Campechano, hasta tratar de tú a todo el mundo. De buen humor inalterable, ajeno a esa fatigada melancolía de los hombres de pluma. Por dentro, la dureza sólida de un escepticismo absoluto y la sensibilidad un tanto atrofiada en cuanto al valor de los sucesos a fuerza de manejarlos, de medirlos por el gusto ajeno y de clasificarlos para el ajuste material de las planas y el tamaño de los encabezados. Para Villafaña, los acontecimientos eran frases que ocupaban espacio, lugar y clasificación. Se sustituía al lector y de fuera para adentro del periódico evaluaba el interés de cada escrito. No era el vulgar compilador de notas, sino un perdiguero fino que olfateaba en la emoción del público, en el lapso de veinticuatro

horas, para zigzaguear a los lados de una pista, hasta levantar del nido la novedad que va a ocurrir y echarla a volar, atrapándola con agilidad en el aire, haciéndola noticia.

Llevaba diez años de servicios como reportero y se lo disputaban las empresas. Antes había iniciado estudios universitarios y tuvo que dejarlos por falta de recursos y, según decía, por ciertas aventuras de faldas. Bajito, flaco, rozando apenas la treintena, con los dientes estropeados y una nariz picuda, la inconfundible nariz de Villafaña, recta, que parecía llevar la dirección de su esqueleto. Su arte supremo era la entrevista sutil, entre las doce y la una, en el último minuto de la edición. A un político en auge, a un gobernador recién llegado, a un secretario particular, a un amigo de personajes, a un espía disimulado, a un cabezota de puerta franca en las oficinas, a un mozo. A todos los sabía interrogar por su método infalible de preguntar a contrapelo, por medio de las respuestas, adjudicando a los otros las preguntas, y traduciendo luego, como por una clave de las pasiones humanas, el verdadero sentir de las gentes. Se aprovechaba de los exabruptos del pasional, de las reticencias del hipócrita, de los malabarismos del sagaz, de las mentiras francas del hombre del éxito, de la ponzoña del despechado y de las ingenuidades del novicio. Se iba volando a la redacción a hacer media columnilla de declaraciones, de decires, de suposiciones, de probabilidades, de rumores, de opiniones auténticas y falsas, de fantaseos verosímiles. A éste le colgaba un epíteto halagador, al otro, le dedicaba una frase, como sin quererlo, al de más allá lo olvidaba con un silencio directo, como un castigo. Al día siguiente, vuelta a sus metideros, y a cosechar de nuevo en sus propios sembradíos de diálogos, en su fermentada almáciga de cabildeos y chismorreos de la cosa pública. Se reía de todo, con todos y de todo. ¡Era el popular Villafaña!

A las cinco de la tarde, cuando por la calle se vendía la edición, él se metía en el bar de Segismundo a hacer carambolas y a beber, a traguitos, uno de los múltiples brebajes del tendero español.

Me lo hallé allá, en mangas de camisa, y por un rato me formé en la partida hasta que pude invitarlo a tomar en un rincón apartado de la cantina.

Le expuse con llaneza mis dificultades de notición inexperto ante las exigencias de mi jefe y en relación con los focos de conspiración que se suponían existentes en la capital, y especialmente con los rumores de un posible atentado contra el general Obregón.

Y Villafaña, con su espíritu de buen compañero, común, por cierto, en mayor o menor grado en todos los periodistas de México, aún entre bandos contrarios, me dijo, simulando gravedad:

—Hermano: los complots para atentados personales a políticos son de dos clases: los simulados y los efectivos. Los primeros son descubiertos a tiempo y fracasan, abogan o se realizan en una medida prevista. Son útiles para provocar ciertas reacciones necesarias. Los efectivos son descubiertos sólo en un porcentaje limitado y, naturalmente, se conocen solamente *a posteriori*, por sus efectos irreparables. Los rumores de un atentado contra Obregón no son artificiosos, pues revelan la instintiva impresión de mucha gente de que un crimen de tal naturaleza es posible en las actuales circunstancias, en que, por un lado, los fanáticos religiosos en franca derrota en los campos rebeldes podrían apelar a medios supremos. Por el otro lado, los enemigos políticos del general, que desde puestos oficiales bien pueden coincidir indirectamente con los anteriores y en un tris en que dos fuerzas de distinto origen se cruzan en un punto, se apoyan momentáneamente hacia una acción común. En tales casos, entre todas las partes, suele aparecer un factor activo que hace detonar el hecho de latente posibilidad.

—¿Y tú crees —le pregunté— en la existencia de alguna organización secreta de complotistas? ¿Recuerdas la denuncia aquella, anónima, cuando estudiábamos el asesinato de Rosa Pinzón?

Villafaña, que había hecho que se nos sirvieran unos vasos verdes de ginebra y vermú, ligados por gotas de menta y zumo de limón, miró por todos

lados antes de contestarme y bebió un sorbo del líquido aquel. En el salón de adentro sonaban las bolas de marfil y en la cantina unos cuantos parroquianos, sobre las mesillas, bebían su cerveza filosófica.

—En confianza de amigos y bajo la fe de tu reserva —me dijo—, te voy a contar un caso sorprendente, útil a tu carrera de reportero pero que no has de utilizarlo en el periódico. Al día siguiente de que le envié a la policía el escrito anónimo en que se denunciaba la existencia de una sortija, propiedad de Rosa, y en que se insinuaba el carácter político del asesinato, me fui a ver al empleado de la inspección que trataba aquel asunto. ¿Qué piensas que hizo? Delante de mí, rompió en cuatro pedazos el papel y lo arrojó al cesto, mientras me decía que se volvería loco si se pusiera a hacer caso de todas las denuncias como aquélla. Me tragué mi disgusto y me puse de parte del polizone, pero en un descuido me apoderé de los pedazos del papel y me los guardé en el bolsillo. Porque el valor del anónimo creció enormemente para mí al oírle decir que no era el único papel que había recibido con denuncias parecidas. Porque no existe la profesión de anonimista. Después en casa, me puse a examinar con atención el documento. Era un trozo de papel como de media cuartilla, fino, extranjero, del que se usa en la alta burocracia. La escritura a máquina, revelaba el tipo de una Royal, de modelo un poco antiguo, bien conservado como de quien la ha usado pocas veces; bien nivelada, con un solo detalle casi imperceptible, en la letra «g», un poco desalineada hacia arriba. No pude sacar en limpio más, y hasta me cuidé de exagerar, a la manera de los imitadores de Sherlock Holmes, las inducciones, con tan pocos elementos de suposición. Para nosotros, conocer una máquina de escribir, en cuanto a marca, año del modelo y uso más o menos intenso, es cosa vulgar. Obtuve únicamente la impresión de que persona de alguna seriedad, había escrito aquel papel que conservé en mi cartera algunos días. Quiso la casualidad que unas semanas después viniera aquí mismo, a este bar, a verme el redactor de sociales del diario *Zeta*, el compañero Cagliostro, a rogarme que

lo fuera a sustituir en una fiesta, a donde no podía ir por tener una cita urgente, de vida o muerte, según la calificó, con su novia. Tan apenado andaba en vista de que la crónica de tal evento social era de las que no podían dejar de publicarse, que me determiné a ayudarle. Me dio los datos y me entregó la invitación enviada al diario, la cual, al pie, tenía una crónica. Mi sorpresa fue indecible al reconocer la letra de la máquina del anónimo, y al comprobarla, disimuladamente, en la «g» desnivelada, de la palabra «haga», en todo semejante a la «g» de la palabra «gobierno» de la denuncia que llevé a la policía. Y acepté con mayor interés sustituir en sus funciones, como en caso frecuente, al compañero Cagliostro. Allá me encontré con una casa lujosa, en el centro de la colonia Roma, en donde vivía un alto empleado del gobierno con su esposa, distinguida dama. Una hija que cumplía años era el motivo de la fiesta. Para que escribiera la lista de los asistentes, me dieron unos apuntes y me llevaron a una salita, especie de escritorio doméstico, en donde vi con mis propios ojos la máquina Royal y tenté con mis dedos, utilizándolo, el papel fino, extranjero, de la denuncia anónima que yo conocía, y leí el marbete de un encumbrado cargo en la administración pública. ¿Qué te parece?

—A ti, ¿qué te parece? —le pregunté a mi vez, para disimular mi emoción.

Él prosiguió, cuidándose más que nadie lo oyera:

—Se trata de un alto empleado del gobierno, prominente abogado que se estima como consejero de influencia en gobernación. Su denuncia anónima de la pista novelesca de un complot contra el gobierno, despreciada tan rotundamente por el funcionario policial, pudo haber sido una simple trampa burocrática, porque a poco, el empleado de policía fue removido de su puesto, sustituyéndolo otro sujeto, amigo íntimo del abogado del que te hablo. Tú mismo conoces este cambio habido en la inspección. Lo curioso es que el nuevo funcionario niega valor a la denuncia que le remití al antecesor. Con mayor energía aún hoy me ha aconsejado, indirectamente, que olvide el

asunto de Rosa Pinzón, caducado, sellado ya, al parecer, con el olvido de los casos misteriosos de imposible esclarecimiento.

Después de una breve pausa, continuó Villafaña:

—Yo me guardo aquellos papeles con la instintiva impresión de que son parte de un suceso que va a venir o que se está realizando, y busco por todas partes un dato cualquiera de relación. A lo mejor, no hay nada más. Los reporteros somos a veces como los traperos que recorren los patios de vecindad, removiendo en los botes de desechos. Se encuentran con algo que brilla, entre cachivaches y basuras, y sienten la emoción del hallazgo valioso. A poco observan que guardaban un vidrio inútil, un guijarro cualquiera, y lo tiran al suelo. Pero, ¿quién puede quitarles la emoción grata que han tenido por unos días, por un momento? Los noticieros, hermano, sentimos también la estética del suceso, la cual arranca del desinteresado placer de prever un hecho o de saberlo solos o de tener entre las manos a un hombre... Pero, a lo mejor, mis apreciaciones son erradas y mi noticia en formación es un miserable tepalcate... Por ahora, sigo con atención a esa familia, a su casa, sus relaciones, sus antecedentes, casi como un policía, y únicamente por el impulso primitivo en favor de la pobre Rosa Pinzón.

—¿No puedes decir los nombres de esas gentes? —le pregunté, al observar el cuidado con que eludía concretar sus señas.

Villafaña sonrió:

—Nunca levantes tu machete contra el caballo de espadas —dijo alegremente—, porque te haría declaraciones un noticiero que anda tras ellas por oficio. Además, no puedo afirmar nada en ese asunto. Si se trata de sólo una intriga entre burócratas, el hecho no tiene importancia, y si se trata realmente en un caso de conspiración conocido por altos funcionarios relacionados con la guerra civil de los fanáticos, la policía ha de revelarlo más tarde y te bastará seguir con la vista a los funcionarios de la inspección.

A poco prosiguió:

—Lo que yo he querido hacer con esta revelación, es darte una idea de los senderos de las investigaciones como las que te confían en tu diario. Quiero probarte que los empleados del gobierno son la fuente más importante de noticias de la vida nuestra. Ahí las hallas en pro y en contra del mismo gobierno. Los partidarios y las oposiciones viven juntos y trabajan lado a lado. Los defensores y los conspiradores. De las oficinas altas, bajo el pensamiento del poder público se difunde luego, desde las cantinas, las peluquerías, los baños, la plaza de toros, el campo de futbol, las antesalas del cine y hasta desde las almohadas de las muchachas alegres de los barrios. Cuando los 150 000 empleados públicos de la capital han contado una cosa a las 500 000 personas con quienes están en contacto inmediato, la ciudad aparece saturada de algún pensamiento, el cual se da forma entre todos, y acabamos por redondearlo nosotros, los periodistas, que le ponemos nombre, le damos alma, le imponemos moral o lo asesinamos prontamente en el silencio de las convenciones, los prejuicios, las conveniencias o las limitaciones de nuestra redacción. Lo que damos al público, de vuelta es la opinión pública, retaceada, tarada, desnatada por nosotros, que manejamos el termómetro de la emoción de las masas.

Y concluyó, después de apurar su vaso verde:

—Busca en el mismo gobierno la pista del complot contra el gobierno. Los empleados en masa, son... eso, una masa de sirvientes. Pero el empleado público, como especie de animal en lucha por la vida es un bicho malo... se humilla, adula, reverencia, engaña, conspira, traiciona. Patea hacia abajo y lame hacia arriba. Vive observando al lado, baja la cabeza listo a embestir, ¡es un bicho malo!

Nos levantamos porque él sacó su reloj y me habló de una visita que tenía que hacer a unos parientes llegados de Veracruz, y en la calle le di las gracias por sus valiosas indicaciones. Yo me fui rápidamente a la casa del Eliseo. Mi abuelo preparaba su viaje a Guadalajara, por breves días, para regresar y

asistir al acto social que preparaba mi tío. Pero aún pude llevar a los dos a la biblioteca y referirles mi conversación con Villafaña.

Mi tío tomó la palabra para hacer una totalización de los datos del periodista:

—A tu amigo le faltó saber lo que sabemos nosotros de la madre superiora. Fue esta monja quien escribió, en casa de esa dama misteriosa, la denuncia al diario, mencionando por primera vez la sortija japonesa y atribuyendo carácter político al asesinato de Rosa Pinzón. Esa dama es la única que conoce el anillo y, sin duda, la misma que reúne fondos para los alzados en armas y los remite por conductos identificados previamente, de un modo o de otro, y el caso que conocemos, por medio de la sortija de Abigail, utilizada por la madre superiora a indicaciones de Manuel, quien no podría apelar a otro signo para él más conocido cuando envió a su propia novia en misión tan arriesgada a esta capital. La policía daría parte de la denuncia al propio marido de la dama de la colonia Roma y él, en caso de no ser cómplice, de todos modos tuvo que compartir con su mujer la impresión que le produjo la noticia dada en el diario. Se ve que se trata de una mujer atrevida, audaz y de sutileza digna de un personaje de novela.

Mi abuelo intervino:

—En ese caso —dijo—, resultaría que gente del mismo gobierno está fomentando la revuelta contra el gobierno. Esto ratifica la idea que hay en Jalisco de que la guerra religiosa es ayudada por algunos militares, quienes entregan armas a los rebeldes, abandonándolas en el campo, y los pertrechan, descuidando a sabiendas los almacenes de municipales. ¿Con qué finalidad? Con el refinado salvajismo de ensanchar el marco de la lucha, para darle proporciones de grandes maniobras y conquistar una estúpida gloria de vencedores. ¡Y tenía que andar un abogado en ello! ¡Ya salió el eterno abogado! —concluyó mi abuelo en tono de desprecio, de asco, por el misterioso empleado de la alta secretaría del que había hablado Villafaña.

Mi tío agregó:

—Es posible eso. Pero el caso de esa dama es aún más terrible. Se trata del hogar mexicano de un intelectual político. El hombre, encumbrado en la administración, con tren de vida costosa, casado con una dama católica. Aquél sirve a un gobierno liberal, radicalista; ella sirve al sacerdote, al confesor, o a sus convicciones, a sus sentimientos, a lo que juzga el sagrado dominio de su conciencia religiosa. ¿Están de acuerdo?, ¿están en lucha? He ahí la incógnita, el drama tremendo de la intelectualidad pobre y ambiciosa de nuestro país.

Por fuera sentimos a Abigaíl que hacía preparar la maleta y el abrigo de mi abuelo y a poco, guiando yo el coche, partimos los cuatro a la estación.

De regreso, como la noche era tibia, de cielo limpio, mi tío propuso un recorrido por la colonia Roma. Yo lo veía, en el espejillo delantero, meditativo y brillaba en el fondo del coche, a cada momento, el punto rojo de su cigarrillo.

De pronto preguntó a Abigaíl:

—¿Quién de tus antiguas compañeras de colegio vive en este barrio?

—Viven tres —respondió Abigaíl—: Rita Ponce, Lola Cadena y María Luisa. Anita vive más allá, en Juárez.

—¿María Luisa —intervine—, es la misma preferida de tu maestra de pintura, la hermana Elvira, a quien sirvió de modelo para un San Miguel Arcángel?

— Es ella —respondió Abigaíl.

Mi tío guardó silencio por un rato. A poco insistió:

—¿Cuál de ellas tiene padre abogado?

—María Luisa —dijo Abigaíl.

Mi tío guardó un silencio aún más largo. El punto rojo de su cigarrillo siguió brillando algunos instantes. A poco me recomendó tomar por la calle Córdova y en cierta casa le vi echar un vistazo rápido, disimulado, a una fa-

chada por detrás de un jardín de verja verde, de árboles altos. Abigaíl ratificó inocentemente:

—Aquí vive María Luisa.

Mi tío sin hacer comentario pidió volver a la casa del Eliseo. Y en el salón, al despedirme, me oprimió la mano de modo significativo, y con los ojos me dijo claramente que la dama de los 25 000 pesos dados a Rosa Pinzón ya no era un misterio para nosotros.

VI

Fue el 10 de julio cuando mi tío dio una recepción en su casa, de seis a ocho, para anunciar mi noviazgo con Abigaíl y crearnos un pie de relaciones sociales. Mi tío, según he dicho, había llevado una vida de relativo retraimiento, pero su nombre y su fortuna lo ligaban naturalmente a los mejores círculos metropolitanos. Se le estimaba socio de dos o tres clubes extranjeros y visitaba a reducido número de amigos selectos en cuyas casas tenía ocasión de hacer nuevos conocimientos. De su notario, el abogado González, era asiduo contertulio y era en la casa de éste en donde se entregaba a sus distracciones favoritas: las cartas y el ajedrez.

Para la reunión envió una nota a la prensa y preparamos la casa para una asistencia como de cincuenta personas. Un restaurante conocido se encargó del servicio y Abigaíl y yo al frente de la servidumbre nos dedicamos a poner en limpio la casa. De mis amigos solamente invité a Villafaña, quien al fin no pudo asistir, y a uno de mis compañeros de prácticas en el hospital.

Pasadas las siete, según es la costumbre, la asistencia empezó a hacerse nutrida. Llegaban abogados, médicos, empleados del gobierno y de la banca, rentistas, el gerente del diario donde yo trabajaba, negociantes, antiguos escritores del porfirismo, un exdiplomático dedicado a asuntos históricos, algunos paisanos de Jalisco. Damas con sus hijas. Dos de las condiscípulas

de Abigaíl y algunos jóvenes de los centros deportivos donde solíamos asistir. Llegaron cestas de flores de distintas procedencias, y entre aquéllas, una de la madre superiora que nos sumió en recuerdos desagradables y que no pudimos expulsar del salón por no despertar sospechas contra la antigua directora del colegio.

Se hizo pronto un grato conjunto homogéneo, de buen tono, de cordialidad y mantenida animación. Se llenaron el salón y la sala de al lado de la biblioteca que tenía balcones hacia el jardín interior. Los trajes de las damas, en la estación avanzada y en la tarde tibia lucían por su colorido y ligereza, y la moda de entonces, de líneas de altura, pelo corto y sombreros ajustados, borraba linderos de edades, juntándolas hacia una zona central de juventud. Abigaíl y yo intercambiamos muchas sonrisas por felicitaciones.

De los últimos llegó el abogado González, acompañado de su esposa, doña Mencha Cárdenas, de una dama y su hija. Reciente conquista de la familia González, la dama y su hija nos fueron presentadas a mi abuelo y a mí, y resultaron ser María Luisa, la condiscípula de Abigaíl, y su madre, la señora «x», esposa del alto burócrata de gobernación que nos había preocupado días antes. Mi tío parecía tener referencias de ellos, pero creo que no los conocía personalmente.

Los mozos servían en bandejas de plata lucientes vasos de naranjada y limonadas. A poco, entremezclaron los cócteles de un viejo oporto, en cristales anchos para las damas y en cartuchos altos para los hombres, una ginebra varonil, tocado de vermú y esfumado de toques de limón y granadina.

Mis ideas del instante, que no eran ningunas, como le ocurre al héroe de cualquier fiesta, se fueron despertando ante la señora «x», la madre de María Luisa, cuyas relaciones con la monja de la calle Bolitario nos parecía un dato establecido firmemente. Mayor interés puse en ella desde que mi tío, en un disimulado instante, me dijo al pasar:

—¡Ahí tienes a la mujer del misterio!

¡La mujer del misterio...! ¡Verdaderamente lo era! Mujer muy bella, joven aún, blanca, esbelta, de ojos grandes y oscuros, bien trajeada y sobriamente alhajada. De subyugadora elegancia en el andar, en el reír, en el hablar.

La seguía con el rabo del ojo por todos lados. Me pareció una hábil salo-nera. Paso a paso, de un grupo al otro, había atravesado el salón, saludando, siendo saludada, conversando un instante aquí, soltando una palabra más allá, pasando una verdadera revista entre frentes inclinadas, ante sonrisas de simpatía, ante miradas de manifiesta envidia. Al final de un estratégico recorrido había arrastrado a lo mejor del salón y se formó un grupo pequeño, selecto, a su alrededor, y en él se dio a conversar con el placer de sólo quienes saben hacerlo. Allá le vi sus dientes parejos, sanos, brillantes. Le oí su risa zalamera, sarcástica, incitante, negativa, admirativa, ponderativa, despectiva. Tenía todos los matices del decir y parecía hablar con la sola gama riquísima de sus tonos. Su traje, sencillo de corte y fino de estofa, le daba un no sé qué de viril, por los alforzones verticales, en juego con la seda del sombrero estilizado levísimamente de casco de aviador, por encima de una blusa verde opaco, casi muerto, entre cuyas líneas altas, pendiente del cuello, brillaba como una condecoración diminuta una cruz de coral. En el dedo, la sortija del matrimonio, sola y sencilla, pero en la muñeca, por entre el pelaje de un zorro azul, le chispeaba una pulsera de diamantes, a la orilla del guante avellana.

Cerca de la puerta que daba al comedor, a sitio en que dominaba el salón, se había llevado al exdiplomático, al gerente de mi diario, a un cambista conocido y hasta a mi abuelo Jesús. Podría ver a quienes llegaban, a los que entraban a la sala de al lado y cuantos se iban acercando al comedor yo mismo sentí el impulso de entrar en su círculo para verla y oírla más de cerca.

El exdiplomático, de bigote cano, lentes y calva lustrosa, llevaba la palabra y refería sobre la adquisición afortunada en el Monte de Piedad de un reloj antiguo de sala de estilo exquisito, que parecía conocer también la señora «X».

—¡Precioso! —repitió el buscador de rarezas y antiguallas, ponderando en redondo, con el índice y el pulgar de la izquierda, que se abrían y se cerraban frente a las caras de todos—. No se trata de un reloj vulgar, de los que suenan las horas en el sentido literal y mecánico de contarlas como en las casas de negocios. Tampoco las bosteza, lentas y apagadas, como en las oficinas del gobierno. Ni las canta, ladino y aprisa, como en las salitas cursis. No, mi reloj las anuncia, grave y elegantemente. Tienen una voz de mujer tan clara y bien timbrada, que podría afirmar que es de una mujer de treinta años...

—¿Cómo las de Balzac? —preguntó la señora «x»—. Entonces estoy cierta de que su reloj le engaña algunas veces... ¿Atrasa o adelanta?

—De todo, señora —dijo con malicia fina el exdiplomático meneándose, circunspecto, como un gallo viejo y alegre—. Es un verdadero reloj mujer, que me engaña y me divierte. Pero... ¡con qué aristocracia! Cuando lo oigo, entre mi alcoba y mi escritorio, en donde lo he puesto, me parece que me pide permiso para advertirme que el tiempo pasa y, a la vez, me parece que ruega coquetonamente no tomar en serio esta inveterada costumbre del tiempo de no pararse jamás...

—¿Y qué escribe ahora, licenciado? —preguntó la dama.

—Verá —contestó el interpelado, esponjándose más—, trabajo ahora en la reivindicación de Huitzilopochtli...

—¿De Huitzilopochtli?

—Sí, de ese calumniado dios azteca. Un trabajo nacionalista que hará época y escándalo, según lo espero. Demostraré que el feroz «Huichilobos» del que tanto hablaron los frailes españoles, era un estandarte militar, igual a las banderas de lienzo de cualquier civilización moderna y menos cruel, que éstas. Se le veneraba en los templos de toda preferencia los días dramáticos de la conquista, pero el dios principal de los aztecas fue otro, fue la diosa de las cosechas. Nuestros antepasados eran, ante todo, agraristas...

Ante aquella salida, todos entendieron una alusión sangrienta a la política oficial de los repartos de tierra y soltaron la risa, que pareció iluminar de júbilo al diplomático cesante.

La concurrencia, que afluía del salón al comedor, arrastró al grupito presidido por la calva del exdiplomático, quien a la vista de la mesa debió recordar sus antiguas funciones, porque se dispuso a hacer los honores al magnífico servicio.

La mesa presentaba una vista atrayente, con las fuentes de cristal, de porcelana y de plata, entre flores la vajilla fina, sobre un mantel blanquísimo, de labores mexicanas tejidas a mano. El restaurante y Tomasa, en un acertado acuerdo, habían llenado la mesa de bocadillos diminutos y ricos. Paletaditas de caviar en canalejas minúsculas de pan, emparedados de jamón como cuadrículados de ajedrez, anchoas enrolladas prendidas con un tridencillo, con la gota ácida de una aceituna en el centro, sardinas de un plateado graso varadas en bancos rojos de jitomate, croquetas en mosaicos marrones de papa dorada a fuego lento, bocaditos de pollo bajo la transparencia de un tanto así de gelatina, higadillos de pasta succulenta untada a tabletitas de harina dorada, pastelillos multiformes encerrando un dedal de crema o de salsa, un brioche de yema, un mentir de picante, de dulce, de esencia de yerbas o de sabores apetitosos. Las encaladillas tapatías polveadas de harina, frágiles como de papel de seda; las enchiladas de lujo, con escolta de lechuga y su dotación de rodajas de rábano; las empanadas colimotas —especialidad de Tomasa— de coco, de hinchado vientrecillo de color solferino. No era un comer, sino un delicioso probar, un gustar delicado con palillos, alfileres o la punta misma de los dedos...

Luego vino la champaña y, como si se esperara el acto central, la ceremonia del momento, todos tenían la copa en la mano y fue haciéndose a poco un grave silencio.

Mi tío Justo y mi abuelo Jesús se miraron de un lado al otro de la mesa

y nos buscaron a Abigaíl y a mí que teníamos, también, nuestra copa levantada.

Ni discurso, ni frases comunes. Los dos viejos levantaron su copa, señalaron hacia nuestro lado, e invitaron a beber a la concurrencia y se bebió. Estalló un aplauso cerrado y Abigaíl se puso un poco colorada. Fue todo. Siguió una charla general, la charla de la champaña que es diferente de todas las otras. Un aleteo vivo de frases, como de mil mariposas sueltas, un tableteo de suavidad vibrante que duraría diez minutos.

Después, la gente empezó a dispersarse, ganando la sala de al lado, la biblioteca o volviendo al salón. El jardín, con la bella noche que caía, tentó a la mayoría con los praditos verdes cortados a la inglesa, con la fuente oblonga del centro donde un narciso de mármol se miraba en el agua quieta, y con el rincón del fondo con el profundo hueco en la espuma de fuego de la bugambilia.

Muchos bajaron a la arenilla roja y pasaron lentamente, fumando cigarrillos a la luz de los faroles.

Empezaron a despedirse y las gentes más versadas se escabullían silenciosamente, para no alterar la fiesta. Está por demás decir que yo en aquella hora, para mí memorable, me olvidé de todo y de todos, caída mi alma en uno de los transportes en que hay amor, gratitud, vanidad, las galas que viste el espíritu para sentirse feliz. Cuando volví al salón, mi tío despedía a los últimos invitados y, ya solos, nos refugiamos en la biblioteca, sitio familiar y grato para nuestras impresiones que nos respetaba la misma Abigaíl.

Empezábamos nuestro comentario del éxito de la fiesta, cuando se oyó, fuera de la puertecilla del recibidor a los mozos del restaurante que se disponían a partir. Mi tío, en otro tiempo, acostumbró siempre darles una gratificación y para hacerlo aquella vez, interrumpió la plática y se fue detrás de su escritorio a abrir en el muro su escondite.

De allá se volvió, casi al instante, muy desconcertado.

—¡No está aquí! —nos dijo mostrando una cajita de cedro, en donde había monedas y billetes de banco.

—¡El anillo! —nos aclaró en voz baja—, se lo han llevado... ¡Y ha sido hoy mismo!

Volviéndose al sitio buscó y rebuscó de pie sobre una silla, metiendo la cabeza en el hueco rectangular, encendiendo fósforos. Luego, se apresuró a pagar a los mozos y volvió cerrando la puerta por dentro, así como la de al lado, hacia la sala.

Rodeamos los tres el escritorio y nos dimos a buscar huellas, indicios del hurto que nos dejó pasmados.

—Lo guardaba en esta cajita y mis dedos se habían acostumbrado a tocarlo siempre, cuando buscaba dinero —explicaba mi tío.

Examinamos bien la caja del escondite.

No era ni mucho menos un cofre moderno de seguridad. Se trataba de un cofre de láminas de hierro empotrado sencillamente en el muro espeso, en un hueco abierto muchos años antes. La puerta se disimulaba con el retrato de mi tío, en sustitución de otro que hubo antes, del anterior propietario de la finca. Se cerraba automáticamente, de golpe y para abrirlo se descorría un cerrojillo interior, mediante un mecanismo eléctrico muy primitivo, cuyo botón se oprimía entre las maderas del marco de la ventana, como a medio metro de distancia.

—Toda la seguridad de esta caja —dijo mi tío—, consistía en no abrirla delante de extraños. Por sí misma no vale nada y su aparato interno es tan sencillo, que yo mismo le he hecho las reparaciones cuando ha sido necesario. En la caja no guardo sino papeles de poca importancia y el dinero de empleo inmediato. Estoy cierto de que, fuera de mi familia, nadie sospechaba la existencia de este escondite ingenuo, por detrás de este retrato. Los antiguos propietarios...

Ahí se detuvo mi tío, para reflexionar. Después, con firmeza, concluyó:

—Los antiguos propietarios nunca dieron tampoco importancia a esta caja y, además, están fuera de la capital desde hace más de diez años. Viven en el extranjero.

Creo que los tres en aquel mismo instante derivamos una sospecha común hacia alguno de nuestros huéspedes de hacía media hora, pero mi tío fue quien la concretó brutalmente:

—¡Fue ella...! ¡Ni criados ni mozos...! ¡Ella!

Mi tío y yo, sabíamos que «ella» quería decir la señora «X».

—¡Ella! —repetía mi tío moviéndose de un lado a otro—. Tiene interés en borrar un indicio de un hecho pasado... ¡O para otros fines que no acierto! Hasta sonsacando a Abigaíl, que desconoce los dramas en que ha andado esa sortija. ¡Voy a comprobarlo enseguida...!

En el salón, hablando los tres con Abigaíl mi tío pudo efectivamente llevar la conversación por senderos naturales hacia su objetivo. Y supimos que había platicado de su joya en casa del abogado González, ante María Luisa, la hija de la dama terrible, revelando que mi tío guardaba personalmente la sortija.

Nos imaginamos el resto. La audaz señora se habría hecho invitar a la recepción por los González mismos con el premeditado fin de robar la alhaja. En un momento propicio habría llegado hasta la caja y descubierto hábil y rápidamente el sistema de la cerradura.

Aún pudimos estar los tres reunidos un momento, y mi tío preocupadísimo acabó por decirnos:

—¡Necesito recuperar esa sortija cueste lo que cueste! Iré a ver a la señora, al marido mismo, ¡a amenazarlos, a hacerles un escándalo!, ¡lo que sea...!

Pero después, más calmados, compusimos un plan que juzgamos más acertado y menos expuesto al fracaso, y es que por carecer de pruebas directas, temíamos hacer el ridículo ante una simple negativa de la señora «X».

Tres días después, a las seis de la tarde, Abigaíl, mi tío y yo, fuimos de visita a casa de la señora «x», quien recibía semanalmente, a devolverles su atención, como era natural...

Allá nos encontramos con el marido, con el exdiplomático y con otros visitantes de menor importancia. En pequeño grupo de intimidad María Luisa, con un joven pretendiente, excursionaba del piano al jardín. Abigaíl y yo, al reunirnos con ellos, fijamos un grupito en un ángulo del salón y desde allá seguía observando con disimulo a mi tío.

Bebía té o chocolate, sorbiendo lentamente. El marido, alto funcionario, lucía un tenor gris plomo muy elegante.

Primero, una señora, que era conocida por su manía de cambiar de casa, se quejó largamente de su nuevo domicilio en donde había corrientes de aire terribles y un vecindario nada recomendable. Su esposo empezó a resoplar, presintiendo una nueva mudanza, sabría Dios dónde, pues en diez años habían recorrido ya todos los barrios de México. El errante marido era jefe de sección de hacienda.

Luego, el exdiplomático mejoró el tema con relatos de sus viajes por el extranjero. Ya mentaba a Varsovia, después de cierta aventura jocunda en Madrid, cuando mi tío empezó a pasarse su pañuelo por la frente, en la estancia tibia, a donde entraban los últimos rayos del sol de julio. Acabó por ponerse de pie y por avanzar algunos pasos hacia afuera. A poco, otros salieron también en cuanto el exdiplomático acabó con la relación de Varsovia acerca de los deportes en la estación helada.

La escena de fuera se me escapó, entretenidos en la música que tocó Abigaíl a petición de su condiscípula, pero mi tío me contó después lo ocurrido entre la señora «x» y él, acodados ambos sobre la hermosa baranda del enlosado y perfumado corredor de la casa.

En breve instante de aislamiento y con un disimulo magnífico en que no se mencionó la alhaja, ni la palabra «hurto», los dos se comprendieron por

medio de alusiones tan hábilmente dirigidas como discretamente entendidas. Quedó claro que la sortija había pasado a manos seguras, «tan seguras como las de sus dueños, si dueños puede tener una reliquia santa»; que la misma sortija sería devuelta, en cuanto «no fuera peligrosa para nadie», y que el autor o autores de la sustracción, «era» o «eran» conocidos, y «debía» o «debían» permanecer en silencio «hoy y para siempre».

Había sido aquello como un trato, consumado entre sonrisas y al final la dama ofreció a todos en el salón una copita de licor, que fue acompañada por una mirada ardiente de admonición como para sellar un compromiso.

Mi tío quedó vencido. Así me lo dijo en la escalerilla de la casa, antes de despedirme.

—¡Qué mujer! —fue su expresión final, alzando los brazos por sobre su cabeza blanca con resignación e impotencia.

VII

A la llegada del general Obregón a México, ya como presidente electo, Villafaña y yo estuvimos desde temprano en la estación Colonia. Nos llevaba de seguro una misma excitada curiosidad de noticieros. Juntos a bordo de un cochecillo que yo manejaba recorrimos las calles adyacentes y después a pie nos metimos por los andenes y los patios. El ojo ejercitado de Villafaña descubrió un gran camión a un lado y me profetizó que en él iban a conducir al general, señalándome, desde luego y con exactitud, el itinerario que iba a seguirse. Después nos dimos a recorrer los grupos, saludando a los innumerables conocidos del periodista.

Yo le notaba la inquisidora mirada con que observaba los núcleos de gente que iban llegando y que tomaron su sitio según las órdenes de los organizadores. Acabé por preguntarle:

—¿Buscas a alguien?

—Sí —me dijo sin mirarme—. Busco al asesino...

Repetidas veces antes habíamos expresado los dos la opinión de que un atentado contra la vida del general era muy posible al llegar a la ciudad, y comentábamos la usual falta de precauciones de la policía en favor de los altos funcionarios. La respuesta de Villafaña en aquel instante me volvió a la conciencia de que yo también participaba de aquel temor, y hasta creí tener mejores motivos que el periodista para juzgar amenazada la vida del radicalista caudillo sonorenses.

A poco, dije a mi compañero:

—¿Y de qué tipo supones al asesino?

Se volvió para contestarme, sin vacilar:

—El hecho, si ocurriera, sería dentro del temperamento mexicano: a balazos y a quemarropa desde la primera fila. Por consiguiente, busco a un exaltado partidario, con un revólver oculto bajo el chaleco... Pero no lo veo, todas esas caras me son conocidas, de partidarios vulgares, empleados o de campesinos fieles, que se dejarían matar por Obregón. ¿Y tú? —me preguntó.

—Yo —le dije—, creería en el atentado del tipo sindicalista. Una blusa en lo alto de algún muro o ventana, hinchados los bolsillos con dos bombas: «¡Tras!, ¡tras!» Al terrorista le agrada el estruendo, la humareda, la destrucción en amplia zona y la confusión para esconder el crimen en la muchedumbre. Pero, ¡claro! —agregué—, también podría ser una mujer...

—También podría ser —repitió Villafaña—. A Obregón lo odian sobre todo las mujeres de más allá de los cuarenta años. En compensación, quienes más lo admiran como guerrero son las mujeres de más acá de los cuarenta. Pero a la mujer asesina le apasionan los venenos, los dramas de alcoba, de sutiles intrigas, de cuidadosa preparación de la retirada. Son como los intelectuales refinados y los eclesiásticos.

Conversando en aquel tono, nos íbamos retirando poco a poco hacia el jardín, rechazados por olas de gente que llegaban con estandartes y música.

Cuando al lado de mi coche seguíamos una desviación de la plática que, de los venenos había pasado a los Borgia, y de ahí a la equivocada santidad de San Francisco de Borja; ambos nos quedamos perplejos a la vista de un automóvil que bajaba la calle, traspasando la multitud con dificultad, a golpes de bocina.

Era un coche como de sitio, con una franja roja desteñida, de portezuela a portezuela hacia atrás. El cochero, cuyo perfil me pareció haber visto en alguna ocasión, se llevó mi mirada y Villafaña me dijo haber visto una dama enlutada en el interior. Y el automóvil resultó ser el mismo que ya por dos veces había encontrado al atardecer, parado a la puerta de la misteriosa dama en cuya casa se escribió el anónimo del asesinato de Rosa Pinzón.

—Sigamos ese coche —me pidió Villafaña.

Ambos saltamos a mi *voiturette* y nos dimos a perseguir el coche de la franja encarnada, el cual se orientó hacia Reforma... Pero no pudimos darle alcance por los agentes de tránsito que en la esquina nos cerraron el paso. Y volvimos a nuestro sitio, en silencio, cada uno con sus pensamientos.

Para mí, la madre superiora con el penitente de la calle Bolitario como chofer, había pasado por la estación por casualidad. Pero su presencia me resultaba de mal gusto, impropia y desagradable, en el instante de la llegada del general Obregón, contra el cual, sin duda, tenía la monja rencores religiosos.

Villafaña acabó por decir:

—Ese coche pudo muy bien haber traído a un asesino.

Su obsesión era absoluta, y le llevó a dar vueltas nuevamente por entre los grupos, observando las caras, murmurando frases ininteligibles y riñendo contra la tiranía de los organizadores, que preparaban por lo visto un ancho cinturón de hombres de confianza para rodear al presidente electo.

La espera se prolongaba y para llenar el tiempo hablamos sobre temas diversos. Recuerdo que nos ocupamos largamente de las sociedades secretas, de terroristas, a sugestión mía, pretendiendo obtener del periodista los

mayores datos que tuviera sobre el asunto en cuanto a la vida política oculta de México, de tan perturbado espíritu público por aquellos días.

—Por lo general —decía Villafaña—, las sociedades secretas activas no se forman en un día sino en periodos, a veces largos, de la vida nacional. Suponen un mal persistente y grave, y significan una selección lenta de temperamentos, de energía, de disciplina, de astucia, de resolución y de sacrificios. Como ejemplo valdría el terrorismo ruso contra el zarismo, creado por los intelectuales judíos en defensa de su raza perseguida sin misericordia durante una centuria. Tan enérgicas fuerzas agrupó aquel periodo de la lucha del hebreo contra el imperio, que aquellos organismos de encauzadas inteligencias duraron como caldo de cultivo para la revolución bolchevique, que no fue en su fondo de impulsión, sino una venganza contra la clase social que sostenía al zarismo. En México, para hallar ejemplo de sociedades secretas activas y revolucionarias, es preciso ir hasta los años inmediatamente anteriores a la independencia. Actualmente —prosiguió—, en el país no hay todavía estímulo suficiente para esta clase de organizaciones subterráneas y de acción. La persecución religiosa es a medias por cuanto se refiere sólo los eclesiásticos, y todo el mundo supone que se trata de un episodio temporal. Ni el gobierno lucha contra la religión, ni los alzados en armas son fervorosos católicos. Más bien es una lucha, de tantas que conocemos, en disputa del poder público. Claro —agregaba el periodista, retocando sus razonamientos—, claro que hay una agresión del poder a las libertades públicas, como se está acostumbrado a entender las públicas libertades. Y las masas, divorciadas de su gobierno, han entrado en el secreteo nacional de su descontento. Pero ese secreto no es una sociedad secreta, tipo de organización por excelencia. Yo —concluyó el escritor—, no temo la agresión de un religioso fanatizado, sino la de un político audaz, venido de los campos de lucha o de algún otro lado, sabedor de las múltiples oportunidades que ofrecen al atentado nuestros funcionarios, que se entregan a la popularidad con una

excedida confianza, con fanfarronerías, casi desafiando a los locos de todas clases y a sus propios enemigos.

A poco hablábamos del jesuitismo como núcleo de acción en el clero romano y Villafaña comentó ideas que yo había oído exponer a mi tío:

—¡Los jesuitas ganarán, al fin, la partida! —dijo—. Las versiones históricas ordinarias en México, en cuanto a las luchas con el clero, son muy erróneas. Tienes, por ejemplo, el caso de la Reforma. Generalmente se cree que fue una lucha contra el clero católico con fundamento en detalles o en ciertos excesos del Partido Liberal triunfante. La verdad es que la Reforma fue preparada por intelectuales salidos de los seminarios y favoreció, en el hecho capital de la supresión de las comunidades religiosas, al clero diocesano en contra de su competidor tradicional, el clero de los conventos. La Reforma unificó al sacerdocio, fortaleció la autoridad parroquial base del poder episcopal y permitió definir las jurisdicciones territoriales. De la Reforma para acá se multiplicaron los obispados. El clero católico en México nunca fue más feliz que de Juárez a Porfirio Díaz y precisamente a consecuencia de la guerra de Reforma. En la actualidad ocurre otro episodio parecido: la revolución iniciada el año diez ha chocado de frente con el clero diocesano, retardado en sus teorías de derecho público eclesiástico. De ello se aprovechará el jesuitismo, el cual sabe transar, hallar fórmulas conciliatorias, adaptarse. El jesuita moderno —concluyó—, vengará al fraile del convento de antes de la Reforma. Ganarán en influencia social y en dominio sobre la conciencia religiosa de México.

Al fin arribó el caudillo. Desde lejos pudimos verlo en el camión rodeado por un grupito selecto. Abajo, en derredor, otra mancha de trajes de burócratas y después, de lado a lado de la calle, un mar de cotones blancos y de sombreros de palma.

Villafaña comentaba mientras seguía con la vista la bulliciosa demostración:

—Toda esta multitud es de campesinos, venidos de los estados inmediatos. La burocracia de la capital no vino. ¡Sin embargo es la burocracia la que necesita estar bien con el triunfador, con el próximo dueño de los destinos del hogar de medio millón de personas...! Luego, aquí hay gato encerrado... O no es libre la burocracia o ha sido desairada. En uno y otro caso, la política presente es irregular. ¡Entre el gobierno actual y próximo de Obregón, está ocurriendo alguna cosa!

El 17 de julio, día en que el general Obregón fue asesinado en el parquecillo de un restaurante de San Ángel, Villafaña y yo, como al filo del mediodía, nos habíamos encontrado en la Inspección General durante la diaria búsqueda de novedades. El reportero andaba aquella vez urgido de tiempo y de material de sensación. Bajó aprisa la escalerilla del patio y me alcanzó dándome palmadas en el hombro.

—¡Va dar la una y no tengo casi nada! —me dijo—. En el partido no hay un político, un diputado, un empleado, ni un alma viviente. Y en las oficinas, un silencio absoluto. Tú, ¿no tienes algo por ahí?

—Sólo un choque de camiones en el camino de Xochimilco y un desplome de arenas en las minas de Tacubaya... —le dije, sonriendo.

—¡Ah! —me gritó con asco— ¡Vamos a gobernación! Ahí tengo un puesto de espionaje.

Y me arrastró a mi coche para que lo llevara Bucareli abajo.

Desde que llegó Obregón a la ciudad, Villafaña había agitado el tema del futuro gabinete y ya desde tres días antes había dado una lista, que corregía y reformaba constantemente, transmitiendo opiniones y pareceres por lo general apócrifos.

Aquella labor había puesto nerviosa a la gente de los círculos políticos que temían al reportero por su desenfado en abordar a las personas y en atribuirles frases y dichos, a veces inoportunos o comprometedores. Pero para él

todo era su diario y su indefectible media columnilla sensacional, que debía entregar a más tardar a la una.

De gobernación salió radiante, trazando garabatos en su manoseado librito de *reporter*. Se había enterado que al general Obregón se le daba un banquete en el restaurante La Bombilla, por las Cámaras, que asistía allá postergando otras muy altas invitaciones, y que al banquete, de carácter político como primer contacto con su mayoría parlamentaria, había decidido a asistir sólo momentos antes. De ahí la ausencia de personajes del partido.

De gobernación fuimos a la redacción donde trabajaba Villafaña y como a la una y media ya corríamos por la calzada de los Insurgentes, rumbo a San Ángel, a donde creímos conveniente acudir en busca de material para el día siguiente. Villafaña seguía con la creencia de que en aquella reunión algo se diría, se sabría o se podría conjeturar sobre la lista de los futuros secretarios de Estado. Pero a la altura de cierto bar de un español conocido, a Villafaña se le abrió el apetito y sobre todo le asaltó una sed insufrible y hubimos de hacer un alto para tomar un aperitivo y unos tacos. Como quiera se nos fue una hora más.

Luego seguimos calzada abajo. Yo guiaba mi cochecito y ya cerca del poblado, con la rápida mirada del chofer que desde la distancia está acostumbrada a seguir al carruaje que viene a mi encuentro y a observar su interior, me percaté de que el automóvil de la franja encarnada, visto unos días antes en la estación Colonia, subía a todo correr hacia la ciudad.

Lo guiaba una mujer. Una mujer que, no pude engañarme, era la dama «X» que estuvo en mi casa, que robó la sortija de Abigaíl, que escribió o vio escribir el anónimo del asesinato de Rosa Pinzón. Volví la vista y el coche era el mismo: de apariencia vulgar, con una franja roja desteñida atrás.

La dama del interior hubiera llamado la atención de cualquiera por llevar al cuello, a mediodía, una piel de zorro, muy en contraste con el sombrero claro de verano. Y estuve cierto de haberla identificado por su hermoso per-

fil, inmóvil sobre el volante, fijos los ojos en un punto, la máquina a máxima velocidad.

—¿Viste? —le pregunté al instante a mi compañero.

Éste, medio aturdido por su aperitivo, había vuelto la vista a través del cristal de atrás y, al percibir la franja encarnada, exclamó:

—¡Es el coche que me trae loco! ¿Quién lo manejaba y qué hace por acá?

Yo me reservé todo informe al comprobar que había ganado al ágil periodista otro secreto de los que tenían o podrían tener relación con asuntos de la casa de mi tío.

Cuando llegábamos al restaurante La Bombilla, el tremendo drama político había terminado. Medio vimos a un grupo de diputados y senadores que metían a empellones a un hombre en uno de los autos que llenaban la calle. Otro grupo mayor, unos políticos pálidos como difuntos, colocaban el cadáver del general Obregón en otro coche.

En un minuto todo aquel centenar de carruajes desapareció del lugar, como si hubieran huído, quedando la calle y las casas en un silencio trágico. Nosotros, que habíamos observado desde el auto, nos decidimos a bajar y a preguntar cualquier cosa a un policía, único que guardaba la puerta y que parecía haber perdido el juicio.

A nuestra pregunta sobre qué había ocurrido allí, el hombre volvió por todos lados la cabeza, y cuando empezaba a abrir la boca, huyó hacia el restaurante, como si de pronto hubiera despertado a algún recuerdo urgente.

Entonces, nosotros instintivamente nos refugiamos en mi carruaje y nos dirigimos hacia la ciudad, en una fuga desaforada, como si se nos hubiera dicho que iba a comenzar el fin del mundo precisamente por los suburbios de San Ángel. A huir, huir, detrás de los otros coches, que también huían, calzada arriba, hollando la cinta de asfalto, compitiendo por ir más veloces, nadie sabía a dónde.

En profundo silencio los dos, yo no tenía pensamiento alguno. Guiando, en carrera de sonámbulo sólo veía a los lados de mi coche, las cabezas negras, grises, ocre de los otros autos, resoplando los motores, en ronquidos de impaciencia de ímpetu, de frenesí. Como cabezas de monstruos, con un cuerno luciente en lo alto, una uña, un garfio humeante, alguno se disparaba, abriendo paso y a su lugar metía la cabeza otro, que me parecía más horrible. Se apartaban y, de repente, se juntaban todos como si fueran a cascar mi *voiturette* como una nuez. De pronto, apareció en mi imaginación el carruaje de la franja roja, con un perfil de mujer hermosa sobre el volante, envuelto el cuello con la piel de un zorro azul. Me pareció que iba ahí, cerca, delante de nosotros, y que era a ella a la que perseguíamos ya desde hacía horas por desconocidos senderos, lejos, en un delirio de velocidad.

Hasta que en alguna parte la escena cambió en un segundo, porque nos quedamos solos, disperso el forzado cortejo por las calles laterales de la colonia Roma. Me detuve y dije a Villafaña mis primeras palabras:

—¿A dónde vamos?

—¿Cómo a dónde? —me replicó el periodista—. A mi redacción, todavía tengo tiempo de ordenar cambios en la primera plana.

Y sacaba su reloj para calcular.

Me avergonzó un poco la sangre fría de aquel reportero, que no olvidaba los intereses de un diario en los momentos más graves y resolví, también, pasar luego por mi diario, a trabajar la noticia de aquel formidable suceso.

Dejé a Villafaña en la puerta de su redacción, y dijo sentenciosamente:

—En sólo una hora, de las doce a la una, el criminal fue avisado del banquete al general. No olvides este dato. Y donde primero se supo la noticia del banquete fue en gobernación, por medio de la policía política. Y tú, has visto un coche sospechoso regresar por la calzada de San Ángel. Di en el periódico lo que te parezca y te permitan, ¿eh?, pero tú y yo estamos a medio camino de un secreto terrible.

Y se metió corriendo.

En mi diario había poca gente a aquella hora, pero luego llegaron varios empleados y los jefes empezaron a telefonar buscando datos y detalles.

Entonces advertí que no tenía ningún dato o detalle preciso. Sólo el hecho en un aplastante brutalidad. ¿Quién era el asesino? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde era? ¿Cómo había realizado su crimen? Nada de esto sabía. Sentado a mi máquina, no pude escribir un solo renglón. Tampoco el teléfono, que sonaba a cada instante, me permitía ordenar mis pensamientos.

Fue el público, en realidad, quien con sus llamadas telefónicas me dio el fondo de la información destinada a una edición extraordinaria que se ordenó tirar al momento.

El público preguntaba:

—¿Se sabe el nombre del asesino? —inferí que se trataba de un hombre desconocido.

—¿No dijo nada el general antes de morir? —«¡Ah!», pensaba, «el general ha muerto y estuvo gravísimo desde el instante de la agresión».

Cuando llegó la información oficial, única que se permitió a la prensa, en pocas líneas mi relato no discordaba sino en la forma de la redacción. También la policía se concretaba a decir que el presidente electo había sido agredido a balazos mientras comía, rodeado de sus amigos en el restaurante La Bombilla, y que el asesino era un hombre desconocido, que guardaba absoluto silencio pero que sería elemento de una enérgica averiguación para descubrir a los cómplices que se suponía tenía.

Corrí a la calle del Eliseo, en donde mi tío me esperaba lleno de sobresalto. Cuando le referí cuanto sabía, insistiendo en el encuentro de la dama «x» y en la velada sospecha de Villafaña, mi tío afirmó:

—Se trata de un crimen político, organizado por fanáticos clericales, ayudados por gente que está en el gobierno. La monja del Bolitario no es ajena a esto y la señora «x» ha ayudado de manera principal. ¡Quiera Dios que

la policía no vaya a extender la responsabilidad hasta nosotros, por la forzada relación que el anillo nos ha dado con esa gente!

Luego me ordenó que no perdiera detalles de la averiguación y, en el mismo instante, se puso a escribir a mi abuelo Jesús, llamándole con urgencia. En cuanto a Abigail, convenimos en continuar manteniéndola ajena a aquellos asuntos, considerando la relación indirecta que la fatalidad les daba con nosotros.

Junto con otros reporteros me instalé en la Inspección de Policía toda aquella tarde y hasta muy entrada la noche, sin abandonar por un momento mi puesto en la caza de novedades.

Vi el desfile de los más altos personajes de la política y del gobierno, que entraron a interrogar, solos o acompañados de los funcionarios policíacos, al asesino. Supe de los recursos, los más extraordinarios de que se echó mano para arrancarle alguna palabra al detenido. Un secreto absoluto rodeó, en las primeras horas, todas estas diligencias, pero pudo saberse que el criminal se mantenía absolutamente hermético, al grado de no haber abierto la boca para decir una palabra.

Algunos de los pocos que entraron en el trágico sótano salían indignados, otros, hablaban con desprecio de aquel loco, piltrafa humana que no representaba personalidad definida. Todos volvían de adentro con el ceño de la amenaza y algunos se limpiaban con desesperación los ojos enrojecidos.

Al día siguiente continuaba el mismo misterio desesperante y las actividades policíacas ocupaban a todos los agentes y se extendían a toda la república.

Sólo al tercer día los periodistas pudimos penetrar en el separeo y asistir a las diligencias. Para entonces, la policía había identificado al criminal, guiándose —se dijo—, por las iniciales de un pañuelo. Resultaba ser José de León Toral, del interior, católico, de relaciones con una abadesa queretana y con otro grupo de fanáticos violadores de los reglamentos del culto.

La impresión que tuve al ver por primera vez al preso, al levantar la cara, sentado en un banco en la esquina de un sótano mal alumbrado, fue para mí una emoción extraordinaria. Me pareció ver el perfil y la mirada abstraída, como ausente, del hombre que muchas veces había pasado cerca de mí en la casa de Bolitario, doblado de espaldas, cargando una gran cruz de madera. ¿Era el mismo hombre que había ayudado al robo a Rosa Pinzón? ¿El que tocado por la «gracia de Dios» había sido perdonado, después de tan ruda penitencia? ¿El mismo que en otra ocasión me pareció ver como chofer de la monja, guiando el coche en las inmediaciones de la estación Colonia? Cuando intenté indagar en este sentido y le hice al reo preguntas alusivas, creí notar un leve estremecimiento de aquel hombre rudo, sin embargo, su mirada me pareció la de un ser tan abatido, que me abstuve de nuevas interpelaciones.

Durante esos mismos primeros ocho días la prensa nos sorprendió a todos en la calle Eliseo, cuando una mañana dio la noticia del viaje del prominente abogado «x», uno de los consejeros de gobernación, esposo de la misteriosa dama del camino de San Ángel, padre de María Luisa. Se marchaba junto con su esposa e hija a Estados Unidos, por razones de salud de la muchacha. A instancias de mi tío, también por aquellos días, fuimos a excursionar, una tarde, por la calle Bolitario. Ahí encontramos, al lado de la casa número 100 a aquella familia pobre que cuidaba la puerta del conventillo clandestino. Pero la señora, que ya abrazaba un niño de pecho, nos dijo que la madre superiora había salido de México, a España, y que ignoraba absolutamente la fecha de su regreso.

Estas dos fugas alarmaron tanto a mi tío que resolvió a su vez salir del país, previa consulta con mi abuelo Jesús. No pude disuadirlos porque apelaron a razones de seguridad para todos, desde luego para Abigaíl. Además, mi tío necesitaba consultar a médicos extranjeros sobre sus dolencias y convenía para mi novia un viaje de estudios por las capitales principales de Europa.

El notario González arregló los pasaportes y una noche partieron, llevándose a Elena, la recamarera, como única compañera.

Mi novia me escribió largas y sentidas cartas los primeros días. Después, su estilo fue más calmado. Más adelante, se hizo pintoresco, describiéndome sus impresiones. Al fin, largos meses después, se alumbraron sus letras con la esperanza del regreso. Yo seguí con la imaginación y con el dedo sobre un mapamundi a aquella querida pareja de un viejo y una jovencita. De Madrid a París, a Berlín, a Roma, a Atenas, a Jerusalén. Luego, al Cairo, a Lisboa, a Londres.

De Londres me llegó un cable anunciándome el regreso. Era la noche misma del día en que fue fusilado León Toral.

Justamente ese día me había ocurrido una aventura extraordinaria, que hace casi inverosímil esta narración.

VIII

A la ejecución de José León Toral asistimos solamente tres representantes de los grandes diarios mexicanos, dos enviados de una agencia de noticias de Estados Unidos y un grupo reducido de políticos y de altos empleados del gobierno. Durante muchas horas de la madrugada de aquel día no pude cerrar los ojos, intentando representarme la escena de un fusilamiento al que nunca había asistido y dando vueltas a todos los sucesos que habían culminado con el asesinato del general Obregón. Y a la hora suprema, en el lugar del suplicio, como un sonámbulo vi las sombras de Toral y del sacerdote acercarse al muro y oí las voces de mando y la descarga fatal.

Me pareció, como a otros, que el reo en el último segundo de su vida lanzó un grito ahogado que a algunos les sonó como el grito rebelde de los insurrectos, «¡Viva Cristo Rey!» Pero otros oyeron solamente una voz cualquiera, estallido histérico del desesperado. Los asistentes salimos de la penitenciaría

en silencio entregados cada quien a sus propias reflexiones. Me encaminaba a mi automóvil cuando me percaté de que era seguido por uno de los reporteros de Estados Unidos, que antes nos había sido presentado por el director del penal bajo el nombre de «míster Perkins». Era un hombre joven, de barba castaña, que la usaba crecida en la parte baja de la cara. De ojos negros y tez semejante a la de muchos mestizos en la que domina, sin embargo, el tipo del blanco. Vestía a la yanqui y podía tomársele como texano o arizoniano, o en fin como algún estadounidense del extremo oeste en donde abundan tipos semilatinos.

Hablaba correctamente el español y era el único a quien se le permitió tomar fotografía del suceso de la mañana, como ayudante del reportero de la gran agencia de noticias.

Me insinuó claramente que deseaba un lugar en mi auto para volver a la ciudad y me apresuré a ofrecérselo a mi lado. Y después de algunas banalidades, a los pocos minutos de marcha, inició una conversación extraordinaria.

—¡Cómo es imperfecta la justicia humana y cómo se le engaña tan fácilmente! —exclamó—, todo el mundo sabrá esta noche que José León Toral, asesino del presidente Obregón, fue fusilado. Sin embargo, León Toral no fue el asesino del general Obregón...

Me volví rápidamente, temeroso de encontrarme con un extraviado mental. Mi compañero miraba al frente, con aire de reflexión:

—¿Por qué no se da una vuelta por alguna calzada —dijo—, para referirle este caso asombroso de error judicial e histórico que acaba de ocurrir en México?

Entonces, me pareció que mi desconocido acompañante deseaba ante todo un paseo por la ciudad, nueva quizá para él, y me propuse complacerle, orientando el motor hacia Villa Madero y fijándome mentalmente un itinerario por Azcapotzalco y Tacuba para volver a mi casa de Bucareli.

Y lo dejé hablar:

—A retaguardia de los campamentos que tenían los alzados contra el gobierno, entre la zona de Jalisco llamada de Los Altos y el cañón de Juchipila en Zacatecas se hallaban cuatro oficiales que convalecían de sus heridas —empezó a contarme mi misterioso colega—. Hablaban con frecuencia de los reveses que sufrían los fanáticos por todas partes y comentando las escenas de crueldad que habían visto contra pueblos inermes y contra las masas de combatientes, generalmente mal armados; uno de aquellos oficiales, el más exaltado, opinó que la lucha podía abreviarse mediante el asesinato sistemático de los principales jefes del ejército nacional y aún de los más altos funcionarios del gobierno, y que el frente estratégico de la lucha religiosa debía levantarse, de preferencia, en las ciudades y no en los campos... Planeaba procedimientos y encontraba fácil la victoria moral y material del clero perseguido con sólo el sacrificio de uno o más hombres valientes. «¿Valientes?», habían observado los otros, «¡aquí estamos nosotros, dispuestos a todo!». Así se formó, con cuatro oficiales cristeros, lo que se llamó la Sociedad de la Cruz de Sangre, porque cada uno de aquellos conjurados se hizo grabar en el antebrazo, con la punta de su propia bayoneta, una cruz, sobre la que los otros tres amigos iban poniendo los labios, en dramática ceremonia que presenciaron ellos solos en mitad del campo, al tiempo que prestaron el juramento de cambiar su vida por la de un enemigo prominente. Un día, se formularon los planes y se echaron las suertes.

A un teniente joven, llamado Félix Doderó, le tocó el asesinato del general Obregón, bajo el número uno de la rifa siniestra.

—Al coronel del regimiento —prosiguió Perkins—, un campesino del rumbo, más osado en la lucha y enérgico en el mando que culto, le pareció todo aquello cosas de muchachos. Pero luego lo contó al general, quien hizo que los oficiales le fueran presentados. Les explicó que el honor militar no permitía el asesinato como recurso de guerra y que el teniente Doderó, para que pudiera cumplir su juramento de honor, necesitaba dejar las filas del

ejército rebelde. Así se hizo, pero una vez libre el teniente de los deberes de soldado, el mismo general lo llamó aparte, cierta noche de abril, y después de asegurarse de la firmeza de sus propósitos, acabó por ayudarlos y por darle un guía para que pudiera llegar hasta Guadalajara.

Por la Calzada a la Villa, el desconocido periodista me había contado lo que en síntesis dejó dicho, y yo le oía, al principio, con incredulidad. Luego creció mi interés y a poco moderé la marcha del auto, escuchando, absorto, tan extraña narración.

El hombre a mi lado prosiguió marcando las frases, como si hubieran sido estudiadas antes y con acento afirmativo, como para grabármelas bien, en ciertos paisajes.

—El guía que hizo entrar en Guadalajara a Félix Doderó, era un joven tratante de ganado que recorría los caminos entre la costa y la capital tapatía.

Sospeché que tal guía podía haber sido Manuel Ramírez, el hermano de Abigaíl, pero acostumbrado a una instintiva desconfianza me abstuve de interrumpir a mi huésped de asiento, contentándome con expresarle mi asombro y curiosidad.

—El modo de identificarse de Doderó con el guía fue la palabra «zardi», que el general le había recomendado como eficaz para obtener ayuda en los casos apurados. Zardi, según el general rebelde, era la contracción de las palabras «zarza ardiente», con las cuales se designaba la fraternidad ocasional de los católicos mexicanos que se había organizado desde 1926. Comprendía esta asociación política, secreta y de oposición activa al gobierno, muy prominentes católicos, los jefes de todas las hermandades y asociaciones religiosas de todo el país, a los jesuitas, autores de la organización; a ciertos obispos, a elementos del mismo gobierno, tales como militares antiguos, políticos de los estados, funcionarios de las secretarías, diplomáticos en servicio y retirados, diputados y senadores. Una red de espías y de agentes intermediarios

mantendrían comunicaciones entre unos y otros y un centro directivo, que primero estuvo en México y luego se pasó a Estados Unidos, llevaba el control de todo el movimiento, encaminado a preparar una insurrección popular contra la Constitución de 1917.

Cuando pasada Villa Madero, doblé hacia Azcapotzalco, por los campos de alfalfa, más allá de unos establos, mi coche marchaba lento y acabó por detenerse, sin darme cuenta de ello, abstraído por el estupendo relato del reportero yanqui. Hasta le había hecho preguntas, incrédulo ante ciertos pasajes de su fantástica narración. Él me había contestado pacientemente a todo, dándome detalles y asegurándome la verdad de sus afirmaciones.

—En México —prosiguió mi misterioso acompañante—, Dodero se hospedó primero en un hotelito cualquiera, luego fue a una casa de huéspedes de la calle Guatemala y, al fin, cuando ya entró en relación con los correligionarios, se instaló en la calle Bolitario, en donde vivía una monja, antigua maestra de escuela. Ahí formuló los planes del atentado al general Obregón, y de tal casa salió el 17 de julio a espiar al general por la antigua avenida Jalisco. Entre una y dos de la tarde de aquel día, un coche fue a buscar a Dodero a tal calle y lo condujo directamente a San Ángel, al restaurante en donde Obregón asistía a un banquete que le daban sus partidarios.

—Dígame —interrumpí en aquel punto—, usted parece conocer los detalles de tal hecho... ¿No fue conducido ese oficial Dodero, de la avenida Jalisco a San Ángel, en un coche con una franja roja, que era guiado por una mujer?

—Exactamente —me dijo mi interlocutor, sin parecer dar gran importancia a este detalle ni al hecho de que yo supiera algo de aquel asunto. Esto último me chocó, al grado de que casi me ofendió.

—Dodero no era dibujante, ni cosa por el estilo —prosiguió—. Pero por el plan arreglado, llevaba unas caricaturas hechas, un block de papel y una caja de lápices. Se mezcló con los invitados que llegaban y el arte supremo

consistió en la sangre fría necesaria para andar por ahí, simulándose periodista o dibujante. Hacía como que tomaba datos, que esbozaba croquis, se disponía sus lápices y sus papeles. Nadie lo interrogó ni lo molestó para nada. A cierta hora —siguió diciendo el extraño sujeto con ligero temblor en la voz—, cuando el banquete había empezado y se abrían las primeras botellas, Dodero se fue por detrás de una especie de biombo, adornado de flores, que se había puesto a espaldas de Obregón y de sus principales amigos en el centro de la mesa. Fue a dos cosas: a soltar el muelle del seguro del revólver que llevaba en el pecho y a ponerse en el dedo izquierdo un anillo que le habían dado como talismán, especie de reliquia a la que se atribuía virtudes milagrosas.

Me sentí aterrorizado con la mención de la sortija, como si el periodista hubiera sido un juez de instrucción y yo, parte acusada. Sentí secos los labios y difícil la voz. Mister Perkins no reparó en ello y como un poco abstraído, prosiguió:

—Lo que ocurrió entonces lo saben todos. Dodero volvió al lado del general, y mientras le mostraba una caricatura le descargó la pistola. El general murió instantáneamente y lo singular fue que por algunos segundos, solamente los comensales inmediatos se dieron cuenta del drama. A los extremos de la mesa la charla se apagó sólo instantes después, pero una reacción violenta se produjo en un segundo. Mientras un grupo se abalanzó hacia Obregón, que había caído de bruces sobre la mesa, otro, en el frenesí de la ira, cayó sobre Dodero. Sin duda que no iban armados, pues no lo hicieron sino a golpes de puño, sirviendo, en cambio, de protección contra los de atrás, que empuñaban sus revólveres y pretendían aniquilar en el acto al anarquista. Félix Dodero, bajo la lluvia de golpes, sobre todo en la espalda, oyó de pronto que uno de los agresores, el más furioso en pegarle, acercándosele al oído le dijo «zardi», al tiempo que deslizaba su mano hacia la de Dodero y le sacaba el anillo de su dedo izquierdo. Luego aquel hombre, al-

zándose y dominando con su voz al grupo de los políticos, reclamó la vida de Doderó, a fin de iniciar averiguaciones y descubrir a los cómplices, autores intelectuales y coautores del atentado. Así se salvó, casi por milagro el oficial rebelde en aquella ocasión. Después —continuó— fue llevado a la Inspección de Policía. Fue nuevamente golpeado, maltratado de mil formas, interrogado con habilidad y energía. Pero el oficial no abrió la boca y nadie le oyó siquiera el timbre de voz. Desfilaron ante él desde las tres de la tarde hasta las cuatro de la mañana, altos funcionarios, políticos, policías, detectives especiales, espías. Nadie conoció a aquel hombre, todavía joven, de apariencia vulgar, que se sostenía estoico, baja la cabeza, hecho un ovillo su cuerpo, en un rincón, primero de las oficinas y de uno de los sótanos, después. A las cuatro de la mañana —prosiguió su relato mister Perkins—, todo el público se había ido y los agentes y empleados de la Inspección General dormían o se habían retirado también. Fue entonces cuando ocurrió el hecho increíble: un alto empleado, acompañado de un hombre que podría confundirse con un agente auxiliar, penetraron, sin luz, en el sótano de la inspección donde estaba el reo. A poco, salió acompañado también de un hombre que podría haberse tomado como su ayudante. Pero este acompañante ya no era el mismo. Adentro, en breves momentos, se había hecho un cambio de ropas y una sustitución de personas. ¿Quién quedó en lugar de Félix Doderó? José León Toral, un hombre joven también, de vulgar aspecto, premeditadamente parecido a Doderó. Era sirviente, jardinero y chofer de un colegio católico en Tacubaya, cuya directora era la monja de la calle Bolívar, de la colonia de Santa María de la Ribera, donde varias semanas estuvo alojado el oficial rebelde Félix Doderó. José León Toral, de temperamento enfermizo, era un fanático místico y estaba bajo la influencia absoluta de la monja, particularmente desde que estuvo complicado en el asesinato de Rosa Pinzón, una joven auxiliar de los rebeldes, la novia del mismo Manuel Ramírez que acompañó a Doderó desde los campos de lucha hasta las garitas de Guadalajara.

Toral, cuyo vicio principal era la embriaguez, había ayudado al asesino, un traidor de los católicos, que siguió a Rosa a México hasta Bolitario en su primera entrevista con la madre superiora. Arrepentido, confesó su crimen y se le perdonó a condición de muy rigurosas penitencias. Éstas le tocaron las facultades mentales y cayó en un delirio de santidad que lo llevaba a anhelar el martirio. Llegado el instante aceptó conscientemente morir en vez de Félix Doderó y hacer su papel hasta el fin. Papel que consistió, ante todo, en guardar silencio. Así lo hizo tres días y cuando lo estrecharon mucho los interrogatorios, se declaró autor voluntario y único del asesinato del presidente Obregón y le atribuyó motivos de carácter religioso. Este Toral, que había aprendido algunas nociones de dibujo en el colegio de Tacubaya de la hermana Elvira, que allá enseñaba tal asignatura, se pasaba el tiempo dibujando torpes copias de santos y ello afirmaba más de la identidad con el agresor de La Bombilla.

Permanecíamos aún detenidos en medio del campo cuando el reportero yanqui que relató lo anterior, sacó su reloj para decirme:

—Le suplico que salgamos, tengo un tiempo muy limitado hoy. ¿Qué opina usted —prosiguió—, de esta revelación que le he hecho?

Al soltar la marcha, le dije:

—Me ha referido usted lo más inverosímil que he oído nunca. Pero le confieso que su cuento o lo que sea, está bastante bien tramado.

Ya en marcha, me preguntó:

—¿Qué parte le parece más increíble?

—Todo es asombroso —respondí—, pero eso de la sustitución de Doderó por Toral en la Inspección de Policía me parece tan fuerte que francamente no lo creo.

—Reflexione —me dijo—, en que aquel alto empleado de policía había sido puesto por influencia de la misma asociación de la zarza ardiente, y en cuanto a la dificultad del cambio de hombres ante el público, no fue tan

grande. A Félix Dodero lo examinaron, golpeado en las narices y ensangrentado, muchas personas que sólo una vez fueron a verlo y no volvieron nunca más. Estas personas, por la psicología del momento, no trataron de fijarse en la identidad del sujeto, sino ante todo, buscaban saber de los cómplices, de los autores intelectuales, de los hombres que se suponían detrás del agresor. No hubo, además, médico que tomara la filiación del reo. Ni la prensa tomó retratos, ni hubo reporteros habituados a tratar los graves sucesos con sangre fría. Hubo una conmoción general, un secreto hermético, una pasión por herir no al preso sino al oculto enemigo político, una torpeza tan grande como inexplicable. Al día siguiente, el alto jefe policiaco y los otros policías pudieron encontrar al mismo mudo personaje, con ropas sangrientas, mal peinado, echo ovillo en un rincón, mudo absoluto. En la camisa, ya que hubo una metódica exploración, le hallaron las iniciales de su hombre y en su pañuelo fueron confirmadas: José León Toral, el que ha muerto esta mañana.

Íbamos ya por la calzada de Azcapotzalco y míster Perkins me pidió seguir por Tacubaya y Chapultepec para ganar rumbo a Reforma y entrar pronto en la ciudad, argumentando su falta de tiempo. Le complací y manio-
bré para tomar el camino indicado. Cuando salíamos al campo nuevamente, le dije:

—Y del anillo, ¿qué sabe usted?

—¡Ah! —dijo el misterioso reportero— el anillo, una prenda finísima, de anticuarios, volvió a los jefes de la asociación, fue a Estados Unidos, de allá volvió a México posiblemente.

—¿Y de Félix Dodero? —insistí nuevamente.

—Dodero —respondió el periodista—, regresó tranquilamente a los campamentos rebeldes. Después de la muerte de Obregón, como usted sabe, se hizo un arreglo entre el clero y el gobierno. Hubo pláticas, se firmó una especie de convenio. Los sacerdotes desterrados volvieron, los obispos ocultos salieron a la calle. Los católicos en armas las depusieron, los campamentos en

Los Altos fueron desmantelados, Dodero se expatrió a Estados Unidos. Por allá se metió a tipógrafo, oficio que conocía desde su juventud; luego entró en la prensa católica e hizo carrera, hasta llegar a Nueva York, a las oficinas centrales del gran periodismo. No tengo que decirle que fue ayudado por los jesuitas estadounidenses en su ascendente fortuna.

Ya en Reforma, aturdido como yo iba por aquella narración, le dije al azar, por decir algo, sin duda:

—De modo que la palabra misteriosa era, ¿zardi?

—Era, dice usted bien —replicó el noticiero—, porque ahora ya no tiene valor alguno, y se puede divulgar por todas partes. La sociedad de La Cruz de Sangre sólo contó con cuatro oficiales y la Asociación Nacional de Católicos Mexicanos de la Zarza Ardiente fue disuelta expresamente por los dignatarios del clero, quienes radicaron el centro activo en Estados Unidos bajo otros planes y otras tendencias. Sólo en virtud de estos motivos —siguió diciendo—, puedo yo revelarle estos hechos que, al parecer, nadie conoce en México.

Entonces, cerca de la estatua de Colón, creí poder adentrarme en la personalidad de mi interlocutor y le dije:

—¿Cómo pudo usted penetrar en secretos de México que los mexicanos mismos ignoramos completamente?

—En primer lugar —me respondió, sin embarazo alguno—, yo soy un periodista y los periodistas sabemos más que el vulgo; además, tengo amistad con miembros del clero mexicano en Estados Unidos y, sobre todo, conozco mucho a Félix Dodero...

—¿Y por qué no publica lo que me ha contado? Sería ello una obra de la mayor sensación —le insinué.

—Porque nadie creería nada de eso —me respondió vivamente—, por lo tanto, no se puede divulgar como historia. Como novela no me seduce el tema, pues mi oficio es otro. Esto hará fortuna dentro de poco como leyenda, esa media luz que hay entre lo real y lo posible.

Ya estábamos en la avenida Juárez cuando mi extravagante personaje me dijo:

—Me hace favor de dejarme a la entrada de Francisco I. Madero, pues tengo prisa por encontrar a mi compañero. Nuestro camión sale dentro de media hora.

En efecto, al llegar a Guardiola me detuve en la acera y mister Perkins se dispuso a salir. Sea premeditadamente o por azar, al abrir él mismo con su mano derecha la portezuela, al hacer girar el picaporte, se le subió tanto el puño de la camisa que pude verle mientras él detenía el movimiento para decirme otro adiós, el nacimiento de la muñeca, en donde con toda claridad le vi las cicatrices de dos rayas firmes en forma de cruz. Luego, ya cerrada la portezuela del gran coche de mi tío, aún metió casi la cabeza para decirme:

—No lo olvide: ¡zardi!

Y se fue, ligero. El agente de tránsito me obligó a proseguir y no pude comprobar si entraba al hotel o si se volvió hacia la esquina inmediata.

Cuando yo doblaba la calle para ir a Eliseo a dejar el carruaje, iba realmente trastornado por la aventura que acababa de ocurrirme, y descubrí con el rabo del ojo un objeto que me pareció que había olvidado mi acompañante hacía un instante. Era una cajita como de joya, envuelta en papel blanco y atada con un resorte ordinario. Al tomarla, leí con asombro: «Al señor Jesús Fernández Cortina, para entregar a la señorita Abigail Ramírez».

Mi curiosidad fue tal, que sobre el volante y sin detenerme abrí la caja, en ella me encontré la sortija japonesa de Abigail que anduvo en mano de Takizada y de Félix Dodero. Y más me llené de estupefacción cuando vi, en el papel que venía dentro, la misma leyenda aunque esta otra tenía una firma: la de Félix Dodero.

Tuve la idea, cuando estuve en la biblioteca de mi tío y había ocultado la joya detrás de unos libros, de llamar a Villafaña y participarle mis impresiones, que parecían querer ahogarme.

Pero a tiempo reflexioné que en toda aquella historia, que felizmente se iba haciendo vieja, habíamos andado mezclados nosotros. Abigaíl desde luego. Además, me acordé de la primera vez que hablé con mi tío en aquella misma estancia, en aquellas mismas sillas rojas: «Ármate de desconfianza», «*Homo homini lupus*», «Tu secreto es tu capital y a veces, tu seguridad».

Y pensé en guardar silencio.

Ello no me impidió tomar el teléfono para inquirir en el hotel principal de la calle Madero si estaba aún míster Perkins, con quien me pareció que debía hablar de nuevo, sintiendo la necesidad de hacerle muchas preguntas que me habían brotado como cosa urgente después de su adiós. Estaba seguro de que tal hombre era el mismísimo Dodero, el asesino de Obregón. Me informaron que míster Perkins, junto con su jefe, el otro periodista, haría cinco minutos que habían tomado el avión, en viaje directo a San Antonio, Texas.

—¡Bah! —dije colgando la bocina—, pensaré que he soñado...

La noche de aquel día, como ya lo dije, me llegó el cablegrama de mi tío en que me anunciaba su inmediato viaje de regreso. Mis pensamientos, con esta noticia, tomaron un giro diverso.

Mi abuelo Jesús vino de Guadalajara y juntos fuimos a recibir a los viajeros.

¿Qué he de decir de mi prometida Abigaíl, sino que volvía más hermosa que nunca, más enamorada de mí, más parcial para su país?

En realidad, ni un día nos habíamos sentido muy alejados, tal era la nutrida correspondencia que recibía de ella. Regresaba más formalizada su belleza por el crecimiento y a la vez más ligera, de una elegancia y una gracia más vivaz, contagiadas en los grandes centros de Europa, ayudadas por el vestir de los supremos talleres de las grandes ciudades. Trajo copias de pinturas desde Milán y Madrid, música de Alemania e Italia y una colección de porcelanas antiguas que se encontró en París.

Elena volvía hecha una *miss* morena, mascullando idiomas y cargada de tierras y otras reliquias de Jerusalén, Lourdes, de la Cueva de Manresa a donde mi tío quiso ir en devoción a Ignacio de Loyola, que admiraba a pesar de sus volterianismos.

Mi tío más bien traía proyectos. Traía la cabeza llena. Su viaje por Europa le sugirió mil ideas acerca de lo que a México le falta para su pleno florecimiento. En particular, venía con planes agrícolas, de cultivos nuevos con métodos modernos. Se había comprado instrumentos de ingeniería y, pasados los primeros momentos de saludos y expresiones usuales en los allegados, ya se había puesto a desarrollar ante mi abuelo los proyectos que había meditado. Pensaba volver a Jalisco, tranquilo como estaba el país, para recomenzar su trabajo de campo. Ya le proponía una sociedad, en las tierras que le habían quedado después de los repartos a dos pueblos ordenados por el gobierno. Pensaba hacer una concienzuda exploración en busca de agua y, además, meditaba transformar laderas, agostaderos y pedregales en bosques, y aún había arreglado agencias y corresponsales para las semillas o estacados iniciales. Su salud era mejor, tanto por el viaje mismo por climas sanos como por haber tomado ciertas aguas en el sur de Alemania. Había ganado peso, buen humor y su cara, antes marchita, se iluminaba con el resplandor del entusiasmo interior por sus futuros trabajos.

Cuando tuve que repetir los últimos datos del caso de León Toral y la increíble historia del reportero americano, mi tío se echó a reír; en especial en la sustitución de José de León Toral por el oficial rebelde Félix Doderó.

A poco, reflexionando nos dijo:

—Lo probable es que se trate de crear una leyenda, de difundirla, de amenguar la derrota sufrida por los fanáticos y mantener como una amenaza la sugestión del poder clerical. Puede entenderse eso de que vive el asesino de Obregón, como la simbólica declaración de que el atentado puede realizarse de nuevo, en parecidas circunstancias.

La misma joya de Abigaíl, la sortija de su remoto abuelo, el encomendero Ordaz, pareció despertarle poco interés, menos del que yo suponía. Resueltamente su viaje, al ampliarle los horizontes materiales y morales, le había empequeñecido los temas de hogar que antes nos apasionaban, nos alucinaban, casi.

Vio la sortija, le dio vueltas, sonrió al recordar cómo la había robado la dama «x» —a quien volvió a ver y tratar en Venecia— y acabó por dejarla sobre la mesa para decirnos:

—He contado a Abigaíl durante el viaje las hazañas de su anillo japonés. Variándole un poco ciertos paisajes, terminó por tomarle mala voluntad a su tradicional sortija de la ceremonia del matrimonio, y cuando estuvo a punto, le regalé en Ámsterdam un anillo de brillantes. Creo que ganó mucho en el cambio.

Mi matrimonio con Abigaíl se efectuó dos meses después. A la semana siguiente de mi examen de médico.



Mtro. Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Mtro. Roberto López Lara
Secretario General de Gobierno

Dra. Myriam Vachez Plagnol
Secretaria de Cultura

Dr. Tomás Eduardo Orendain Verduzco
Director General de Patrimonio Cultural

Lic. Samuel Gómez Luna Cortés
Director de Publicaciones e Investigaciones Estéticas

La sortija
del enco-
mendero

Se terminó de imprimir y encuadernar en octubre de 2014
en los talleres Pandora, S. A. de C. V., Caña 3657, colonia La Nogalera,
44100 Guadalajara, Jalisco, México.

Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Diseño editorial y de cubierta: Avelino Sordo Vilchis ~ *Guardas:* una probable reconstrucción en caracteres japoneses de la inscripción que contenía la sortija, a partir de la traducción del encargado de la tienda ~ *Cuidado del texto:* Encarni López González, Samuel Gómez Luna Cortés, ASV ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~ Guadalajara, Jalisco, México, octubre de 2014.

El asesinato de una hermosa joven desconocida en el cuarto de una vecindad de la ciudad de México, es el punto de partida de una investigación, primero periodística y muy pronto personal, que conducirá al joven narrador de la novela y a su tío, don Jesús Fernández Cortina, a develar poco a poco y con la más absoluta perplejidad, una compleja conspiración para asesinar al presidente electo, Álvaro Obregón.

La peculiar sortija de origen oriental que una vez perteneció al encomendero Ordaz —y que con el tiempo se convirtió en herencia familiar de Abigaíl Ramírez, prometida del joven periodista y estudiante de medicina que protagoniza la novela—, es la pieza clave en la conspiración que unió a quienes parecía imposible que pudieran asociarse: jerarcas de la Iglesia, militares cristeros, laicos y altos funcionarios públicos.

Basilio Vadillo (1885-1935), nuestro gran educador, escribió esta novela de misterio poco antes de morir, que hasta la fecha había permanecido inédita.

JALISCO
GOBIERNO DEL ESTADO



BIENESTAR
MERECE ESTAR BIEN



Secretaría de Cultura
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

ISBN 978-607-734-017-1



9 786077 340171